EL LARGO CAMINO A CASA

POR POLONIA Y LAS REPÚBLICAS BÁLTICAS

Juan María Hoyas

A Chandra, que aceptó dejar su *ciénaga* y seguirnos a través de media Europa.

Fins que un dia […] es va decidir a emprendre un viatge tan llarg com calgués per veure si aconseguia que algú li enseyés…

Miquel Desclot, *La Cançó més Bonica del Món*

Esta obra está bajo una licencia de ***Creative Commons***. Usted es libre de c**opiar, distribuir y comunicar públicamente la obra** bajo las condiciones siguientes:

- **Reconocimiento.** Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- **No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- **Sin obras derivadas.** No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Este viaje consta de dos partes:

1. La espera
2. La partida

La primera: va del día 18 al 31 de julio, y relata nuestras andanzas por tierras peninsulares. Es la más personal y posiblemente la de menor interés desde el punto de vista viajero. Dicha parte permanecerá inédita hasta que lleve el relato al formato papel.

La segunda: es el viaje internacional propiamente dicho, con salida de Gerona el 1 de agosto y llegada a casa (con perdón de la concurrencia) el 2 de septiembre. En total, 10.370 kilómetros. Esto será lo que publicaré *online*. Como en la práctica no se trata de dos viajes sino de uno, tanto el cómputo de los días como el del kilometraje los haré desde el principio, esto es, desde casa.

Y nada más. Que disfrutéis acompañando nuestros pasos.

[…]

1 de agosto, día 15.

A las nueve de la mañana hace ya un calor de espanto, y tengo que conectar el enfriador, pese a que no me fío mucho del estado de las baterías, que deben de andar a estas alturas muy descargadas. Me acerco al super próximo y compro algunas de las cosas que necesitaremos en el viaje. Bego ha salido de Plasencia a las ocho de la mañana. Entre trasbordos y demoras echará doce horas en el viaje, y eso pese a coger el AVE entre Madrid y Barcelona. Doce horas era exactamente el tiempo que empleaba el rápido *Sierra de Gredos* entre Cáceres y Barcelona, sólo que a menos de la mitad de precio. Lo que son las cosas.

A la una el calor es insoportable. Echo gasoil y me voy para Gerona, donde encuentro sombra junto a un polideportivo municipal. Cuando voy a pasar el frigo de batería a gas compruebo que la chispa de encendido no salta: horror y pavor. Reviso los fusibles como un poseído hasta que descubro que la centralita está desconectada. Caso

resuelto: el enfriador ha tumbado definitivamente las baterías. Abro todo lo abrible y a sudar a mares.

Chandra sigue sin comer gran cosa. Le doy parte de mi arroz con mariscos y al rato lo vomita. Menos mal que su ama está al caer.

Río Ter

Como el sitio parece relativamente seguro, cierro la auto y nos vamos para el centro cruzando el Ter a través de una pasarela peatonal y de un parque en el que sólo hay plátanos, eso sí, gigantescos. Los riegan mediante pequeñas acequias por las que corre un agua cristalina. Trato de que Chandra beba en una, sin éxito: ella elige la charca de los patos, la del agua más verde, putrefacta y hedionda. En casa hace lo mismo, desprecia el agua de grifo que le ponemos en un cuenco y bebe siempre del diminuto estanque que tenemos en el jardín. De tan verde, más que agua aquello parece una infusión; por eso desde que tenemos a la perrita lo hemos bautizado como *la ciénaga,* en alusión a la película de *Shrek*.

Girona. Parc de la Devesa

Una vez localizado el banco y provistos de dinero en efectivo, volvemos a la auto y nos vamos a Carrefour a hacer el resto de la compra y a sellar la garantía de la cámara con la que, por cierto, estoy muy contento. Yendo para allá estoy a punto de meterme por un túnel que pasa bajo la antigua N-II con limitación de 2,1 metros. Tengo que dar un rodeo y llegar al hiper por otra calle; creo que un par de días más aquí y conocería Gerona como mi propia casa.

Más espera y más calor. A las 19:30 arranco y me voy para la estación de tren. De nuevo el TT hace de las suyas y me mete por una calle estrechísima donde casi quito las pegatinas a los coches. Entro en el parking de pago y nos vamos a la puerta de la estación.

Esperando a su ama

El tren de Barcelona llega puntual. La misma puerta que se tragó a Bego hace tres días la devuelve a mi realidad y a la de Chandra. Pienso que ésta creía factible dicha posibilidad, por reconocer el sitio y porque yo le nombré varias veces a su querida amita. La primera reacción de Chandra es fría: el síndrome del abandono conlleva un mecanismo de defensa que es la negación, y sólo poco a poco se permite aceptar que lo que está ocurriendo es real, que la felicidad perruna es posible. Cuando volvimos de Egipto le pasó lo mismo: se la llevamos a mis padres para que la cuidaran, y al vernos de nuevo les pedía incluso permiso para acercarse a nosotros. Sólo a la mañana siguiente, cuando descubrió que no nos habíamos ido, fue cuando realmente dio rienda suelta a su alegría.

Me pregunta Bego si nos quedaremos a dormir en Gerona, a lo que yo respondo tararí que te vi, que no permaneceremos aquí ni un minuto más de lo necesario, pues estoy harto de esperar y de este terrible calor húmedo; le comunico que a partir de este momento queda oficialmente secuestrada para ser conducida hacia el Norte, en busca de tierras más frescas, y empezar de este modo la segunda parte de esta historia, que es

LA PARTIDA

Camino de la frontera francesa sopla el viento con bastante fuerza. Hay una tormenta agarrada a los Pirineos que parece que va a descargar, pero se aguanta. Pasamos la Junquera oscureciendo. No hay mucho tráfico, sobre todo si lo comparamos con el que habrá mañana, pues está prohibida la circulación de camiones durante todo el día.

Pasado Perpiñán el viento arrecia de lo lindo. En la oscuridad se recorta la línea de luces que marca la costa. Este trayecto lo hicimos a la inversa hace un par de años, de vuelta del viaje que nos llevó a Viena, a los Dolomitas, a Praga y a Budapest. También nos recuerda que nos hallamos en *territorio comanche*. Aún recuerdo la impresión que nos causó Sète, con las autos estacionadas en las ruinas de un antiguo edificio portuario, tan pegadas entre sí que no cabía entre ellas un papel de fumar. Con los relatos de robos a autocaravanas, tanto en la costa francesa como en la autopista adyacente, se podría llenar una enciclopedia. Por eso el lugar de pernocta para hoy lo he escogido con un cuidado infinito. En realidad he escogido varios -todos hacia el interior y a por los menos 10 kilómetros de la autopista-, para dirigirnos a uno cuando ya estemos lo suficientemente cansados. Esto ocurre a la altura de Narbonne, cuyo perímetro urbano circunvalamos, desde donde nos dirigimos por una estrecha e irregular carretera hasta **Ouveillan,** donde estacionamos a la puerta de la cooperativa vinícola (N 43°17' 31'' E 2° 58' 14''). En el lugar aparece señalizada un área, pero la entrada es tan estrecha y oscura que no damos con ella hasta después de haber nivelado la auto, y entonces ya no nos movemos.

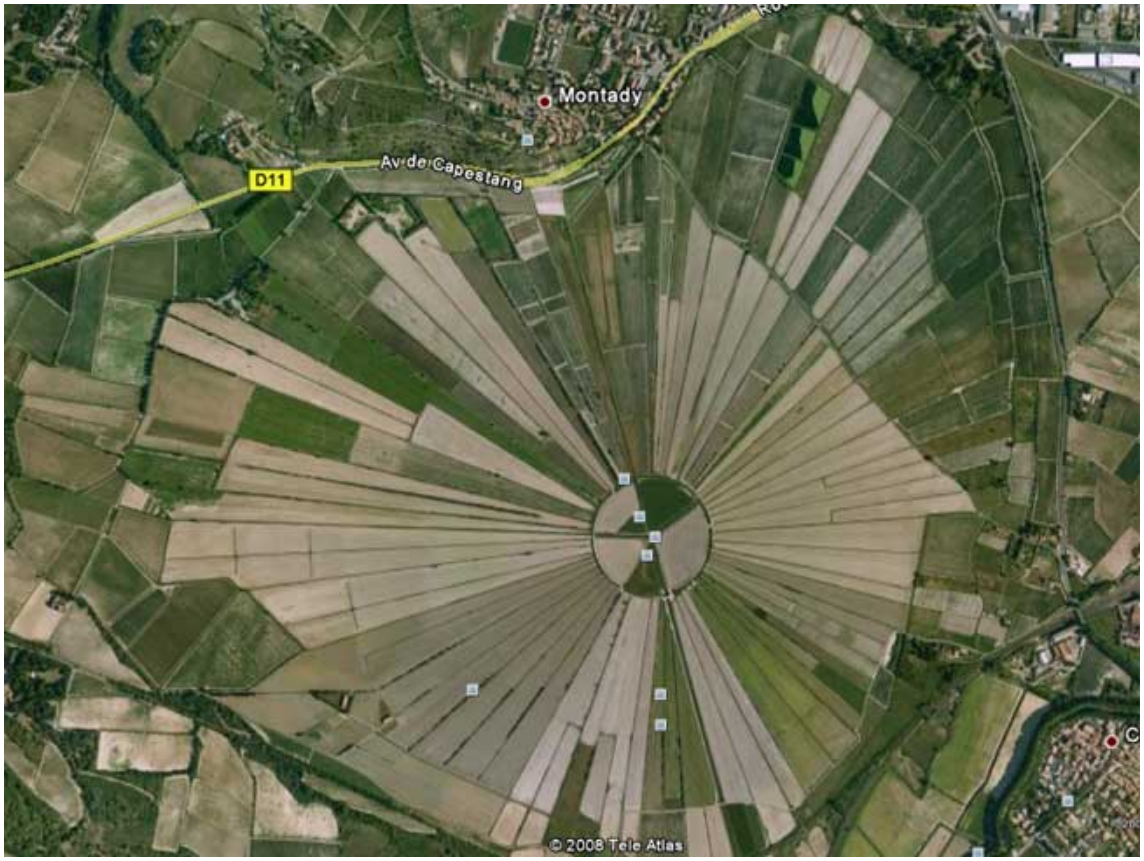
Justo a la entrada del área, en el jardín de una casa, hay varias parejas mayores haciendo una barbacoa. A medida que aumenta la ingesta de vino va subiendo el nivel de las risas, pero sobre la una y media recogen el chiringo y después, como dice Cervantes, *no hubo nada*.

Kilómetros etapa: 190

Kilómetros viaje: 1.775

2 de agosto, día 16.

Tras las labores higiénico-domésticas de rigor, reemprendemos camino hacia el Este, primero por la D5 y luego por la D11. Pasamos junto a **Enserune**, lugar excepcional que ya visitamos hace dos años en el que se combinan tres maravillas: la primera es el *oppidum* del siglo VI antes de Cristo. La segunda, el *Etang de Montady,* una laguna de 2, 5 kilómetros de diámetro que fue desecada en el siglo XIII y dotada de un curiosísimo sistema de drenaje (es como una bañera, el agua tiene salida por el centro). Así se ve desde el satélite:



La tercera es el *Canal du Midi,* que en el siglo XVII unió el Atlántico con el Mediterráneo:

http://es.wikipedia.org/wiki/Canal_du_Midi

Al topar con la montaña de Enserune no tuvieron otra opción que pasar por debajo. Obra, en fin, tan faraónica como la de la laguna.

http://www.flickr.com/photos/focalplane/2048335848/in/photostream/

Llegamos a Béziers y nos incorporamos a la A 9. Nos habíamos prometido medias muy felices, pero la densidad del tráfico es tal que nuestras expectativas quedan reducidas a nada: tardamos una hora en recorrer los primeros 20 kilómetros. La radio habla de colapso generalizado de toda la costa mediterránea. Cuando desesperados buscamos una vía de escape por carreteras secundarias –mejor eso que aquí, atascados y encima pagando- descubrimos que dos de cada tres vehículos se pelean por acceder a la primera salida y eso es, paradójicamente, lo que está generando el atasco. De modo que saltamos de la cola y empezamos, por fin, a tirar millas. Adelantamos a tres autocaravanas, dos de ellas con una mini-pegatina de AC Pasión. Como las cabinas de peaje nivelan la velocidad de todo cristo, nos pasan y después de Montpellier les vuelvo a adelantar.

El gran atasco

Tenemos ahora otro problema, y es el combustible. En las gasolineras francesas el litro de gasoil se está pagando a 1,50-1,54. En los super la venden hasta 15 céntimos

más barata, pero nuestras tarjetas de crédito no valen para el pago automático en esos surtidores; de manera que, como hoy es sábado, como no llenemos antes del cierre estamos aviados.

Por eso, al filo de la hora de comer nos salimos de la autopista en **Orange**. En el Carrefour de esta ciudad fue donde nos ocurrió lo que cuento más arriba, un domingo por la tarde. Hoy pasamos primero por el Intermarché, y para nuestra felicidad la caja está funcionando. Llenamos, y después toca compra y comidita, que hacemos en el mismo aparcamiento.

Tras la siesta reglamentaria, 200 kilómetros hasta **Lyon** que se hacen enseguida por el peaje, bordeando el Rhône y con el tráfico muy descongestionado ya. Como en el Tomtom tengo los pdi de los super franceses, en la circunvalación salimos en busca de otro Intermarché, pero éste sí que tiene el pagadero cerrado. El navegador me dirige entonces a un Carrefour, pero cuando llegamos al lugar señalado descubrimos que, sencillamente, no existe. Resignados, vamos de nuevo hacia la autopista y entonces nos topamos con una gasolinera abierta que vende su producto a 1,39. Voy a pagar con tarjeta, pero tras varios intentos el encargado confiesa q*ue no sabe utilizar el aparato muy bien* (¿!), así que abono en metálico.

Nos dirigimos hacia el Nordeste por la A 42, que más adelante se transforma en la A 40 y por último en la A 39. Como ayer, he utilizado la táctica de localizar varias áreas escalonadas en la ruta. Hasta **Poligny** quedan 170 kilómetros, distancia que consideramos factible. Llegamos al pueblo a la oscurecida. Tras un breve despiste, damos con el área, que en realidad es un punto de llenado y vaciado (gratuito) a la puerta del camping municipal. Aprovechamos para efectuar estas operaciones y luego entramos en el pueblo en busca de aparcamiento. Localizamos un amplio espacio de tierra (N 46º 50’ 03’’ E 5º 42’ 15’’). Hay otra auto. Nos quedamos.

Tras la cena nos vamos a dar una vuelta por el pueblo, que parece desierto. Tiene una calle central muy bonita, y sin sus habitantes parece un lugar encantado. Realmente éste es uno de esos momentos mágicos, impagables que compensan de todos los tráfagos y sinsabores del quehacer autocaravanista.

Poligny *la nuit*

Kilómetros etapa: 565

Kilómetros viaje: 2.340

3 de agosto, día 17.

Por la mañana descubrimos que estamos aparcados frente a la Ecole *Nationale d'Industrie Laitière*. Poligny tiene fama por sus quesos, y donde nos hallamos es precisamente donde se celebra la feria del ídem; por eso los pdi –mal ubicados- decían *Champ de la Foire*. Descubrimos in situ otra fuente y un WC, de manera que volvemos a llenar limpias y vaciamos negras. La fuente, como la de ayer, es antigua, de hierro forjado y no permite acoplar grifos, de modo que, como ayer, utilizamos la bomba de inmersión de 12 voltios que tanto juego nos va a dar este verano.

Por la N83 camino de **Besançon**. Cuando planificaba la ruta en casa no me di cuenta de que fue por aquí por donde llegamos de Alemania en el ya comentado viaje de 2006. Como discurre por un paisaje muy bonito y no cruza demasiados pueblos, es frecuentada por numerosas autocaravanas, a las que saludamos y por las que somos saludados. Fue precisamente en un pueblo de la zona -de cuyo nombre no consigo

acordarme-, donde conocimos a la veteranísima pareja de autocaravanistas valencianos que venían del Báltico y que se habían quedado pinchados por rotura de la junta de culata. Llevaban dos días negociando por teléfono con la compañía aseguradora, que se negaba a repatriar el vehículo porque, les decían, era muy viejo. Al final parece que lo consiguieron.

En Besançon nos metemos de nuevo en la autopista. Pasamos dos taquillas pagaderas hasta **Mulhouse**; luego cruzamos el Rhin y entramos en Alemania, donde te puedes olvidar de los onerosos peajes franceses, así como de la obsesión por los super y su gasoil barato.

Nuestro plan inicial era haber dormido en Friburgo, pero las cosas vienen como vienen, así que enfilamos por la A 5 en dirección Norte. Al principio hay poco tráfico, pero luego se va adensando. Qué suerte al menos de que hoy sea domingo y no circulen camiones. Comemos y descansamos en un aparcamiento a pie de carretera. Bego me releva al volante, y seguimos el curso del Rhin hasta **Karlsruhe**, y un poco más arriba nos desviamos por la A 6. Dejamos **Heilbronn** a un lado. A poco de pasar esta ciudad estamos a punto de equivocarnos por las obras que hay en el enlace de nuestra autopista con la A 81.

Verde Alemania

Atravesamos mucho bosque y tierras de cultivo. La conducción es más bien relajada, pero no deja de tener su punto de tensión, ya que bien mirado el nuestro es un vehículo raro: más rápido que los camiones, sí, pero más lento que los coches, y eso somete al conductor a una continua evaluación de si puede salir al carril izquierdo o no. Uno procura no entorpecer el tránsito en exceso, pero si no sales en el momento oportuno te arriesgas a quedarte atrapado tras un TIR por los siglos de los siglos.

Dímelo en todos los idiomas

Unos 35 kilómetros antes de Nürnberg está el pequeño pueblo de **Herrieden**. Aquí hay un área sin servicios (N 49º 13’ 55’ E 10º 29’ 46’’) en la que durmieron hace tres veranos una familia gallega amiga nuestra, y describían el pueblo como *muy bonito,* de modo que nos animamos a pernoctar. En el casco urbano nos cruzamos con otra autocaravana con todas las trazas de venir de adonde nosotros vamos. No nos da buena espina, porque pronto será de noche y por tanto hora de buscar acomodo. Cuando llegamos al parking encontramos la respuesta: es enorme, y asfaltado, y rodeado de grandes árboles, sólo que… 70 por ciento de los presentes no son autocaravanistas, sino asentados. Aparentemente gitanos que viven del negocio de la chatarra, la cual por

suerte no está esparcida sino cargada en pequeños camiones. Se alojan en unas *roulottes* enormes, distribuidas estratégicamente, y deben de contar con algún tipo de anuencia del ayuntamiento, porque tienen enganchada el agua y la luz. Para no ponernos a su lado, no nos queda otra que pegarnos a la carretera.

El *camping*

Mientras aparcamos, oscurece, pero aun así nos vamos a visitar el pueblo. Antes al cruzarlo comprobamos que estaba muy cuidado y que era muy bonito, pero ahora además descubrimos que si el parking es de los gitanos, el pueblo se halla tomado por la variante local del *chundasvinto*: coches que corren, derrapan, aceleran y toman las curvas como poseídos. Incluso alguno nos sigue en nuestro paseo, en plan controlador. Nos vamos muy tristes para casa reflexionando sobre cómo un sitio que debe de haber costado tantísimo conservar y restaurar -y que podría resultar idílico-, puede echarse a perder por una turba de indeseables. Creemos que el estropicio va más allá de lo estético: al establecer los *chundas* su ley, el sitio pierde su valor emblemático, y en su lugar lo que se respira es un ambiente de vileza difusa y barbarismo evidente. Más aun, nos sorprende que el Ayuntamiento no haya instalado ningún medio que limite la

velocidad (por no haber, no hay ni pasos de cebra) y les ponga las cosas un poco más difíciles a este hatajo de *buenos al volante*.

Kilómetros etapa: 556
Kilómetros viaje: 2.896

4 de agosto, día 18.

Amanece el tiempo revuelto. Sin problemas esta noche, nuestros *vecinos* se han portado bien. Eso sí, como estamos la lado de la carretera, a partir de las 6 nos despiertan los coches y las camionetas de quienes van a trabajar.

Volvemos de visita al pueblo, pero antes hemos de esperar a que amaine un fuerte chubasco que se nos echa encima en cuestión de minutos. Después de todo, Herrieden vale la pena sobre todo ahora, con los vampiros recogidos. El pueblo tiene un puente medieval precioso y una torre-arco que lo custodia. No existe ningún tipo de variante, de modo que todo el tráfico pasa por aquí, degradando inevitablemente el patrimonio. Vuelve a sorprendernos esta dejadez -que creíamos más propia de otros lares- en la avanzadísima Alemania. Durante el paseo hacemos escala en la farmacia en busca de una venda elástica, pues de tanto conducir se me ha resentido la torcedura de tobillo que me hice en la Garrotxa, y que creía curada.

La plaza

La iglesia

El sol

El autor

El arco-torre de marras, que de inmediato me hizo evocar la película *Die Brücke* (1959), en mi opinión una obra maestra.

http://segundaguerramundialenelcine.blogspot.com/2007/02/el-puente-die-brucke-1959.html
http://www.youtube.com/watch?v=8hSL__4_nX4

Volvemos a la auto y nos disponemos a arrancar. Antes he descubierto una toma de agua, no sé si puesta por el Ayuntamiento o por los *instalados*. Como hay un grifo libre, nos acercamos a llenar el depósito. Nadie nos dice nada.

Debido a mi lesión, hoy conduce Bego gran parte del tiempo. Rodeamos **Nürnberg** y enfilamos hacia el Norte por la A 9. Campos de cereales recién cosechados y bosquecillos de robles y abetos. Dejamos la carretera de Berlín y nos vamos hacia **Chemnitz** por al A 72. No hay muchas obras en la autopista, al menos si las comparamos con otros años, y el tráfico sigue siendo fluido. Sin embargo, nos ocurren un par de incidentes que nos hacen pensar.

Autopista hacia el Norte

Incidente 1: bajando una pendiente del 6 por ciento, por el carril derecho circula un Mercedes con una furgoneta pegada detrás. Justo cuando vamos a adelantar, la furgoneta se nos pone delante, a la altura del Mercedes, sin sobrepasarlo. Le damos con las luces y como quien oye llover. Después de un rato, cuando le parece oportuno, el furgonetero pisa el acelerador y se larga, lo mismo el Mercedes.

Incidente 2: en una fuerte subida con tres carriles, vamos por el central adelantando camiones. De repente, en el momento crítico, un turismo salta, se nos pone delante y se queda allí plantado. Como va más despacio que nosotros pasamos al tercer

carril y, cuando estamos a punto de sobrepasarlo, el tío cafre acelera y nos deja allí compuestos y si novia.

Ante estos comportamientos abiertamente provocadores, se formulan diversas hipótesis. Bego cree que ya estamos en territorio de la antigua Alemania del Este, y que sus habitantes aún no han superado el trauma por triplicado de la descomunistización, la reunificación y la entrada a saco del capitalismo. Yo opino más bien que es la resaca de la Eurocopa, que no nos perdonan el que se la birláramos en sus narices, y por eso el ver una matrícula española es suficiente para que algunos se salgan de sus casillas. Una tercera hipótesis, no enunciada aunque sí sugerida, es que gilipollas los hay en todas partes, y que en tantos kilómetros forzoso es toparse con alguno.

En el día de hoy habíamos pensado ir hasta Görlitz, en la frontera polaca, pero cambiamos de idea y decidimos hacer 100 kilómetros menos y pasar la noche en **Dresde**. Una vez en la ciudad, busco un aparcamiento que según el TT hay junto al río Elba, pero lo pasamos de largo. Pongo entonces en funcionamiento el plan B, eso es, localizar el área que hay en el centro de la ciudad. Lo hacemos así y no resulta muy difícil, pese a que conducir, ir pendiente del navegador, de los semáforos y especialmente de los tranvías –que nos producen un terror insuperable- requiere la plena colaboración de piloto y copiloto. Finalmente encontramos el área (N 51º 02’ 40’’ E 13º 44’ 36’’), que está dividida en dos partes, y prácticamente llena. Debe de haber unas treinta autocaravanas. Aparcamos en el penúltimo sitio.

Resulta encantador ver la autocaravana en una señal no asociada a una prohibición

El coste de la pernocta es de 14 aurelios –un pelín caro, a mi entender- que se pagan en el albergue municipal, no lejos de allí. La luz va aparte y además piden fianza, de modo que la descartamos. Tras ultimar todos los trámites, a las cuatro de la tarde podemos por fin comer.

Después nos vamos de visita a la ciudad. Para mí Dresde siempre ha sido sinónimo de destrucción, ya que entre el 13 y el 15 de febrero de 1945 aviones ingleses y estadounidenses bombardearon la ciudad y originaron una tormenta de fuego que redujo a la nada un área de 15 kilómetros cuadrados. El cómputo de víctimas varía según las fuentes, ya que unas hablan de 35.000 muertos, y otras en cambio lo elevan a 350.000. Sea como fuere, el nombre de Dresde ha quedado tristemente asociado a una de las peores matanzas de civiles de la historia.

http://es.wikipedia.org/wiki/Bombardeo_de_Dresde

Sin embargo, nada en la ciudad recuerda ahora aquellos fatídicos días. Sorprende encontrar edificios históricos en pie. Yo imagino que restaurarían lo más valioso y reconstruirían todo lo demás, aunque según Wikipedia el gobierno de la RDA dejó que

se cayeran bastantes monumentos importantes. Sin embargo, el paseo por la orilla del Elba con el sol poniente hace por sí solo que valga la pena haber parado en la ciudad. Además, la *Altstadt* (parte vieja) está cerrada a cal y canto para los coches, lo cual viene a ser un alivio después del soponcio de ayer.

Patinando a orillas del Elba

Río Elba

Viendo lo que queda, puede uno hacerse la idea de lo que fue la ciudad

Atardece en Dresde

Ya está oscuro cuando volvemos a la auto. Como el área se halla apartada de las vías principales, en una zona arbolada, pasamos una noche y un amanecer muy tranquilos, lo cual no deja de tener su guasa ya que el Herrieden de mis amores no llega a los ocho mil habitantes, mientras que Dresde supera holgadamente el medio millón.

Kilómetros etapa: 362

Kilómetros viaje: 3.258

5 de agosto, día 19.

Rathaus (ayuntamiento) de Dresde

Dresde. Volkspark

Área de Dresde

Al lado del área hay una maquinita de las que si echas euros te suministra agua y permite vaciar las negras, pero desde ayer no he visto ni una sola auto utilizándola, de manera que no nos arriesgamos. Y sin embargo nos vendría estupendamente coger agua, ya que no sabemos cómo andará el tema en Polonia. Camino a la autopista nos detenemos en una gasolinera, pero ni asomo de grifos. Pensamos que tal vez se han cansado de proporcionar agua a los autocaravanistas, de manera que decidimos seguir y buscar en una gasolinera menos concurrida. Probamos en la que hay cerca de la salida 83 de la autopista, junto a un pueblo llamado Ottendorf-Okrilla. Es la Total Hermsdorf, y está en Dresdner Strasse, 53 (N 51° 10' 29" E 13° 49' 30"). Mientras yo echo gasoil, Bego se acerca a preguntar si podemos coger agua. El dependiente, un chico joven, le dice que grifos en la gasolinera no hay (¿!), pero que a la vuelta tienen un servicio. Después de repostar nos vamos para allá. En el grifo del lavabo resulta del todo imposible acoplar una manguera, pero ya es prurito profesional el conseguir que no se resista ninguno, de manera que se me ocurre que, colocando un recipiente de plástico en el lavabo, con la inevitable bomba de 12v podría trasegar el agua. Para ello tengo que aparcar la auto justo a la puerta del baño. Estoy en plena maniobra cuando, alertada por el ruido, por la puerta de atrás de la gasolinera sale una mujer con cara de pocos amigos. Cuando se entera de lo que pretendemos pone peor cara aun y se niega tajantemente, como si le fuéramos a robar los muebles. Bego le explica que hemos pedido permiso al dependiente, y que además acabamos de repostar 95 euros de gasoil. La tipa se larga refunfuñando. Pero los seis litros por minuto de la bomba son incapaces de competir con la impaciencia y la mezquindad de la otra: debe de creer que dentro de la auto hay un agujero negro que va a absorber hasta la última gota de agua de su gasolinera, porque al cabo de un rato reaparece para conminarnos a que lo dejemos. Ganas me dan de arrancarle el lavabo de cuajo y por añadidura soltarle la mierda, pero tampoco es cuestión de rebajarse a su nivel. Así que nos vamos, pero acordándonos hasta del penúltimo de sus bisabuelos, el que limpiaba las cagarrinas a las cucarachas de Hitler.

Regresamos a la autopista bastante calientes. Con el cabreo, paramos en un área de descanso un poco más adelante y vacío el Thetford en los servicios, pese al perentorio cartel de *Chemisch verboten*. Que les den. Y si no, que pongan un desagüe.

Tras el acuático disgusto, avanzamos sin más novedad y, a poco de rebasar **Görlitz**, entramos, por primera vez en nuestra vidas, en

POLONIA

- Para saber por dónde nos andamos, he aquí unos datos orientativos:
- La superficie del país es de **312.685 km^2**
- Su población, **38,6 millones** de habitantes.
- La moneda oficial es el **Złoty** (1 € = 3,20 złotys)
- El precio del gasoil en agosto de 2008 era de **4,66 złotys** (1,46 €). Casi lo mismo que en Alemania.
- Su puesto mundial en el ránking de la renta per capita, corregido a la Paridad de Poder Adquisitivo (PPA) es el **número 51.**
- Luz de cruce en los vehículos: encendida las **24 horas.**

Polonia, al igual que las repúblicas bálticas, entró en el Espacio Schengen el año pasado, y se lo han tomado tan a pecho que en la aduana no hay ni una alma. Pero hasta aquí las buenas noticias: la autopista se acaba (la están construyendo) y entramos en un rosario de carreteras deformadas, baches, semáforos y atascos que te transportan de repente al Portugal de hace treinta años, o si no a un remoto lugar de la Cachemira india. No tengo ni idea de cuánto tardamos en cubrir estos 60 kilómetros, tal vez hora y media. Por el camino tenemos ocasión de imbricarnos íntimamente en los afanes cotidianos de los polacos y, de paso, aprendemos nuestras dos primeras palabras en el idioma local: *Kantor* (cambio de moneda) y *Uwaga* (precaución). La primera aparece sobre todo en las fronteras, pero la segunda nos hará compañía por todo el país.

Después de un tiempo que se nos antoja siglos, llegamos a la autopista A 4, que cuando esté terminada unirá Berlín con Cracovia. Comparada con lo que hemos atravesado, es el paraíso. Hay, además, poquísimo tráfico, fundamentalmente camiones. Me llaman muchísimo la atención unos paneles luminosos que marcan dos temperaturas: la primera es la del aire. La segunda es… ¡la del asfalto! Antes de pensar en venir a Polonia ya me habían contado que la mayor parte de las carreteras del país lucen una especie de rieles originados por los camiones. Ignoro cuáles son las

propiedades elásticas que hacen que el asfalto polaco se deforme así con el calor, pero me imagino cuál sería el resultado si se utilizara en países cálidos como España.

Por la autopista se vuela, y llegamos a **Wroclaw** sin novedad. Nada más entrar, paramos en una zona comercial. El principal propósito es comer y descansar antes de irnos a buscar el aparcamiento que traemos de referencia (hay que cruzar la ciudad de Sur a Norte, 13 kilómetros). El propósito secundario es buscar un cajero automático y sacar *złotys***.** Me he fijado que las oficinas de cambio te dan 3,14 złotys por cada euro, por lo que no resulta descabellado calcular una equivalencia de 0,30 euros, o 50 de las antiguas pesetas. El cajero lo encuentro en un *Tesco*, de forma que ya aprovecho para hacer algunas compras. Esta conocida marca británica me retrotrae al verano pasado, por la de veces que entramos a comprar en sus establecimientos cuando viajamos por la Gran Bretaña. Por cierto, éste es enormísimo: creo que el hiper más grande en el que he entrado nunca. Se difumina así la imagen tercermundista que me dio el país cuando entramos.

Ya comidos y repuestos, acometemos la tarea de la pernocta. Cruzar Wroclaw no resulta difícil, pero las deformidades y boquetes del adoquinado me hacen bendecir el día que se me ocurrió instalar la suspensión neumática. Finalmente llegamos al parking, que no es otra cosa que un terreno ligeramente vallado. Yo traía la reseña de otros autocaravanistas que han dormido aquí, pero el vigilante nos deriva a otro parking situado a 300 metros. (N 51° 7' 45" E 16° 59' 30") La impresión es desoladora, ya que el lugar es un poco almacén de construcción, otro poco chatarrería y otro poco muchas cosas, aunque por fortuna vemos que también guardan allí coches de autoescuela. El vigilante es de lo más amable: no tiene ni papa de inglés, alemán ni de cualquier otro idioma que no sea polaco. Por escrito nos da a entender que pasar la noche allí nos cuesta 30 zlotys (9,5 euros). No nos parece el mejor de los sitios, pero la aventura es la aventura.

Una vez puestos en confianza, nuestro hospedador se esmera y nos ofrece ducha y/o toilette, nos indica dónde está el super y dónde se puede coger un autobús para el centro. Le preguntamos si pondrán pegas a que suba Chandra, y nos responde que no. Llegados a la parada, descubrimos que los tickets se sacan en un expendedor automático que sólo funciona con monedas, las cuales no tenemos. Subimos al bus por la cara, esperemos que por esta vez no se cumpla la Ley de Murphy.

La línea 127, que es la que hemos tomado, pasa por el centro (más o menos, me ha dado a entender el conductor). Enciendo el gps y voy siguiendo el trayecto. Cuando

constato que empieza a desviarse, nos apeamos. Estamos en la plaza de Jana Pawla II, señor que supongo no necesita presentación.

Como ya estamos muy hacia el Este, el sol cae a plomo mucho antes de lo calculado y nos deja la ciudad a oscuras. Paseamos primero por el Rynek y luego vamos hacia la catedral. Wroclaw se llamó en su día Breslau, y fue una ciudad alemana que pasó a pertenecer a Polonia a partir de 1945, en concepto de botín de guerra y en contraprestación por los territorios polacos del Este que se apropió la URSS. La ciudad quedó bastante machacadita tras las hostilidades (se rindió después de Berlín), pero lo cierto es que la han dejado impecable: el casco viejo parece hallarse en mejores condiciones que el de Dresde. Aquí el río que custodia la ciudad es el Oder, que se divide en varios brazos y dibuja un dédalo de islas.

Atardecer en el Rynek

Nuestra primera noche en Polonia. No percibimos nada que nos produzca sensación de inseguridad. Desde casa, uno puede pensar que un país como éste, recién salido, como quien dice, del comunismo salvaje y abocado al no menos salvaje capitalismo sería una guarida de delincuentes, pero no es así. La gente pasea tranquila, se ven algunos mendigos y el personal es aficionado, como en Alemania, a tomarse las

cervecitas en los parques. Eso sí, entre los jóvenes se lleva mucho el rapado al cero, lo que les da un inquietante aire *skin*.

Wroclaw. Catedral

Nos ha gustado tanto la ciudad que nos resistimos a marcharnos sin verla con luz de día. Por eso determinamos buscar mañana un aparcamiento más céntrico y dedicarle, al menos, un par de horas.

Para la vuelta queremos comprar los billetes del autobús, se manera que cambiamos un billete de diez zlotys. Una vez en la parada, me enfrasco con la máquina expendedora y sus sencillísimas instrucciones en polaco. No llevo ni veinte segundos cuando el 127 dobla la esquina. Acuciante dilema: ser honrados, sacar los billetes y esperar al siguiente o subirse a éste a la brava. Nos subimos. Reconozco que ya es un poco tentar a la suerte pero total, son poco más de tres kilómetros; total, cuatro o cinco paradas; total, que ya hemos llegado y no nos hemos tenido que ver las caras con ningún revisor.

Para ir desde la parada al parking es preciso cruzar un descampado que de noche me imaginé terrorífico, pero lo cierto es que el barrio inspira total confianza. Y, sin embargo, en los días sucesivos observaremos una auténtica psicosis de inseguridad:

aparcamientos custodiados las 24 horas, proliferación de empresas de seguridad y vigilantes privados… Por curiosidad, a la vuelta recurro a la desapasionada estadística, y así descubro para mi asombro que en 2005 el índice de delincuencia en Polonia fue de 3.500 casos por cada 100.000 ciudadanos, mientras que en la vecina Alemania, por ejemplo, alcanzó la mucho menos tranquilizadora cifra de 8.000. Está claro, como siempre, que una cosa es la realidad y otra muy distinta la histeria social, espontánea u orquestada.

Cuando llegamos al parking-garaje-almacén nuestro vigilante nos recibe de lo más amable. Consigue hacernos entender que entre medianoche y 6 de la mañana deja suelto por el recinto un pastor alemán de aspecto bastante fiero, y que si por un casual necesitamos salir de la auto, que antes toquemos el claxon. Preguntamos por el la cuestión del pago y responde que no nos preocupemos, que el dinero se lo demos por la mañana a su compañero.

Cerramos todo lo cerrable y nos disponemos a disfrutar de un vigiladísimo sueño.

Kilómetros etapa: 272

Kilómetros viaje: 3.530

6 de agosto, día 20.

Amanece temprano por estos lares, y más en nuestro recinto pernoctil, porque aquí tiene también su sede una empresa relacionada con la construcción. Aparca una furgoneta a nuestro lado mismo y empiezan a cargar material con la radio a todo trapo. Al cabo de un rato se va. Menos mal, porque se habían puesto justo delante del grifo en el que nos proponemos recargar. Voy a realizar esta maniobra, y no bien me pongo al volante cuando se nos acerca el vigilante diurno, rapadete, más joven y más desabrido que quien nos hizo anoche las veces de anfitrión. Éste tampoco sabe ni una sola palabra en otro idioma que no sea el mundialmente conocido polaco. Por suerte, en medio del galimatías que me suelta creo reconocer la palabra *trzydzieści* (treinta), y deduzco que lo que quiere es cobrar. Por mímica le hago ver que no nos marchamos aún, que vamos a coger agua, pero parece que no se fiara. Por fin nos trae la llave del grifo (su colega anoche, amablemente, nos la había dejado en el alféizar de una ventana) y por fin se soluciona el asunto a satisfacción de todos.

Chocolate, vaya

Vamos para el centro. Ayer marqué con el TT un aparcamiento de lo más estratégico, pero no somos capaces de llegar hasta él poque topamos con una calle en obras. Encontramos otro, éste con caseta y vigilante, pero por gestos nos dice que no nos aceptan. Finalmente dejamos la auto en un descampado de aspecto ligeramente terrorífico, ya que los bloques de viviendas de los alrededores están que se caen a cachos. Sólo nos consuela ver que allí aparcan coches de lo más normalito, y que al otro lado de la calle hay una comisaría.

Plaza del Mercado

Visitamos ahora de día lo que ayer vimos de noche. Realmente, la Plaza del Mercado (Rynek) es fabulosa. En ella se expone una retrospectiva fotográfica que evoca el desolado paisaje que era este lugar al término de la guerra. Junto a ella está el *Mercado de las Flores*. Deben de ser aquí muy amantes de las mismas, porque me ha sorprendido descubrir la cantidad de gente que van por la calle con un ramo en la mano. También me llama la atención el aprecio que le profesan a una flor que nosotros no consideramos ornamental: el girasol.

Ayer y hoy

Paseando paseando damos con la Galería Dominikanska. Entramos buscando una librería que nos pueda vender un diccionario castellano-polaco que ponga fin a tanta incomprensión. Apenas lo usaremos durante estos días, pero –lo que son las cosas- nos rendirá un inesperado servicio cuando volvamos de Lituania.

Cerámica tamaño natural

Tutaj jestés

Bóveda de la Galería Dominikanska

Cerrando el itinerario circular que nos hemos trazado, llegamos de nuevo a la catedral. Según la guía, fue reconstruida por completo después de que saltara por los aires, ya que los alemanes habían instalado en ella un polvorín, aunque si no lo sabes da perfectamente el pego.

Después, con mucho calor y saltando de isla en isla a través de pasarelas, volvemos muy contentos a la auto: contentos de no haber cedido a la tentación de marchar nada más levantarnos. Nos damos cuenta ahora de que la zona en la que hemos estacionado es la que en peores condiciones se halla, en vivo contraste con el limpio, arreglado, resplandeciente centro histórico. Es como si, por algún motivo, el tiempo y la desidia se hubieran estancado en este lugar.

Río Oder y catedral

Nos vamos para Cracovia. Otra vez tenemos que recorrer los 13 kilómetros de trazado urbano lidiando con los baches, los atascos y las obras. En una ocasión en que me he equivocado de carril, al cambiar el semáforo Bego baja la ventanilla y avisa al resto de conductores: *Uwaga! Uwaga!* Parece que nuestro exiguo polaco rinde sus frutos.

El tranvía

De nuevo en ruta. Hasta Katowice la autopista está estupenda, construida o arreglada o fondos de la UE, y unas áreas de descanso asimismo estupendas, con los arbolitos recién plantados. A partir del conglomerado industrial de Gliwice-Katowice, sin embargo, la carretera empeora. No es que desaparezca la autopista, sino que se halla salpicada de continuas obras y carriles únicos que ralentizan la marcha. Como curiosidad diré que los dos únicos peajes que hemos visto en todo el país -6,5 zlotys (unos 2 euros) cada uno- los pasamos precisamente aquí.

Una vez en **Cracovia,** tenemos dos opciones de pernocta: la primera es un parking en pleno centro, en la calle Karmelicka. La segunda es el camping, unos 8 kilómetros hacia el Sur. Aunque es tentadora la idea de circunvalar la ciudad por la autopista, preferimos probar primero el parking, por aquello de la comodidad. Nunca lo hubiéramos hecho: el tráfico es de por sí bastante denso y, para colmo de males, justo antes de doblar hacia Karmelicka el navegador pierde todos los satélites y nos quedamos a oscuras. Las maldiciones tuvieron que oírse en Varsovia. Orientándome por intuición efectúo varios giros y recupero la calle de marras por su extremo Sur. Damos

con un parking, pero la entrada es muy estrecha, y el instinto autocaravanista me dice que nones.

Mañana descubriremos que el dichoso parking no existe, al menos ahora mismo, ya que lo han puesto patas arriba por obras o catas arqueológicas, no me quedó claro. Pero eso, claro, será mañana: en estos momentos nos sentimos bastante mosqueados, que es la forma fina de llamar a la desesperación y al cabreo. Vamos prácticamente a ciegas, ya que el TT ha decidido que las casas de Cracovia le dan alergia, y no pilla un satélite ni por recomendación. Vamos hacia el Sur, llevando como referencia el Sol y el mapilla de la guía. Estamos poniendo en práctica el plan B, es decir, tratar de dar con el camping. De camino hacemos un intento en otro aparcamiento. Preguntamos al vigilante si nos podemos quedar a dormir. Éste, de lo más amable –incluso chapurrea algo de inglés- llama por el móvil a su jefe, pero éste le dice que nanay. El buen hombre nos dirige hacia otro parking cercano, pero ya no tenemos ánimo. Y el poco que nos pudiera quedar se evapora en el monstruoso atasco que nos tragamos a la salida de Cracovia. Por fin aterrizamos en el camping (N 50º 00’ 56’’ E 19º 55’ 30’’) al borde de un ataque de nervios.

Tan hechos polvo estamos que decidimos dedicar lo que queda de tarde al relax. Nos han dado una parcela individual, así que hacemos lo que nunca hacemos, esto es, sacar sillas y mesa. De paso despliego el toldo, para que le dé el sol y se airee. Me parece que es la tercera vez que lo abro desde que tenemos la auto, y va para cuatro años. Al verse sorprendida, una araña enorme sale corriendo.

El camping está bien, por lo menos para nosotros que no buscamos sitios muy sofisticados. Nos cuesta 46 zlotys (15 euros) por día. El agua para la auto se paga aparte y cuesta 5 zlotys. Por lo visto, no permiten cogerla de los fregaderos Lo mejor –aparte de que la recepcionista habla inglés- es que admiten perros y no cobran por ello. Lo peor, las duchas: tras mucho buscarlas, descubro que sólo hay dos o tres por cada sexo, y eso para todo el camping. De modo que opto por mi baño privado, que para eso lo he traído de casa.

Casi todos los que se alojan en el camping, curiosamente, son franceses. Los hay caravanistas, autocaravanistas y simples tiendistas. Confieso que le tengo cogido tirria a los camping entre otros motivos por el hacinamiento y el escándalo, pero eso es en España. Aquí, a las diez de la noche está todo el mundo recogido, y no se oye más que el distante chirrido del tranvía.

Kilómetros etapa: 284

Kilómetros viaje: 3.814

7 de agosto, día 21.

Tras las tareas matutinas de rigor, nos vamos para Cracovia centro. La terminal del tranvía está a tiro de piedra del camping. Cogemos el número 8 ya que, al parecer, es el que nos deja más cerca de la *Stare Miasto*, que es como se dice en polaco ciudad antigua. Tampoco aquí tenemos problema para viajar con Chandra.

El tranvía nº 8

Nos apeamos en la esquina del Wawel, al inicio de la calle Santa Gertrudis, y la recorremos por su parque adyacente hasta entrar en el casco antiguo por Dominikanska. Por cierto que la denominación de algunas calles es un punto: ayer, mientras buscábamos el parking, pasamos junto a Josepha Conrada, que más que un homenaje al autor de *El Corazón de las Tinieblas* parece que se la hubieran dedicado a su mujer. Ídem las denominadas Karola Darwina o Generala Leopolda Okulickiego, Por no hablar de la palabra *Droga*, que la veíamos en muchos carteles, y que para nuestro alivio el recién estrenado diccionario nos tradujo como *camino*.

Ya se sabe, las drogas

También sorprende la cantidad de monjas que se ven por la calle (pero no frailes, ni tampoco curas), la mayoría de ellas muy jóvenes. Por contraste, muchas otras mujeres –supongo que para vengarse del invierno- visten ligeros trajes que dejan al descubierto brazos, hombros y escote (la mayoría, además, lleva falda). Voy a pasar el día anonadado, porque no recuerdo haber estado en ninguna ciudad con tal cantidad de mujeres bellas. Rubias y de tipo eslavo la mayoría, pero también se ven otras, morenas y de ojos rasgados, que recuerdan las oleadas tártaras que visitaron la región de cuando en cuando.

Torre de la catedral

Ya en la Plaza del Mercado, constatamos que Cracovia es considerablemente más turística que Wroclaw; debido quizá en parte a que, a diferencia de la segunda, apenas si sufrió daños durante la guerra, y su patrimonio se conserva intacto.

Hoy hace calor. Nos arrimamos a la sombra que proyecta la estatua del poeta Adam Mickiewicz, mientras observamos el pulular de la gente. De la torre de la catedral llegan los acordes de la *melodía interrumpida*, la que tocó aquel soldado para avisar de la llegada de los tártaros y que, como en las películas, murió atravesado por una flecha de éstos.

Después visitamos el antiguo Mercado de los Paños, que es como el Gran Bazar de Estambul pero en chiquitito. Las tiendas son todas de recuerdos y se escoran con frecuencia hacia el souvenir religioso. Sin embargo, me quedo sorprendido por lo hermoso de la artesanía local y, sobre todo, por sus precios. Tan baratos me parecen los juegos de ajedrez y las cajas decoradas que temo que lo que indican las etiquetas sean referencias en lugar de precios, de modo que primero pregunto para asegurarme, y después me llevo dos cigüeñas blancas talladas en madera, de un palmo de altura, por 15 zlotys (4,8 euros) cada una. En Polonia hay más cigüeñas que en España, y deben de

apreciarlas más que nosotros, si juzgamos por el número de representaciones que veremos de ellas durante el viaje. Resulta extraño y a la vez conmovedor encontrarse un pájaro tan ligado a nuestra infancia en un país tan alejado del nuestro.

Antiguo Mercado de los Paños

Decidimos acercarnos hasta Karmelicka para averiguar qué fue del dichoso parking y, como conté ayer, lo encontramos pero cerrado por obras. De todos modos pensamos quedarnos una noche más en el camping, así que ya nos da igual.

En la misma Karmelicka descubro un ciber a 3 zlotys la hora. Bego se va a dar una vuelta con Chandra y yo me sumerjo en el mundo que hemos dejado atrás: los correos electrónicos deseados unos, aborrecidos otros, las cuentas del banco, la página de la Consejería de Educación, la prensa nacional y regional, con los últimos crímenes y sucesos luctuosos acaecidos en el mundo y en tu ciudad y, cómo no, el foro de AcPasión. Recuerdo de ese universo cotidiano puesto entre paréntesis, suspendido en el limbo hasta que llega el agridulce momento de la vuelta y de retomar entre las manos las riendas de todo eso.

Exposición fotográfico-conmemorativa sobre Kazimierz Nowak, que se recorrió 40.000 kilómetros por África a pie y en bicicleta entre 1931 y 1936. Eso son viajes, y lo demás cuento.

Ya es mediodía, así que a la salida del ciber nos quedamos a la sombra de un parque comiéndonos un *kebab*. Toda la parte vieja de la ciudad se halla rodeada de un anillo de jardines arbolados, lo que hace muy agradable la sobremesa teniendo en cuenta la calorina que está cayendo. Nos movemos en sentido de las agujas del reloj hasta llegar a la *Brama Florianska* (Puerta de San Florián), y allí enfilamos la calle del mismo nombre que baja otra vez hasta la Plaza del Mercado. Hay muchísimos turistas a esta hora, aunque a mí lo que me sorprenden son los vehículos eléctricos en los que los guías llevan hasta seis personas para enseñarles la ciudad. Limpios. Silenciosos, destinados a

volver nuestro mundo más tranquilo y habitable cuando sustituyan por fin a los escandalosos y hediondos motores diesel.

Brama Florianska

Brama Florianska

Una vez enfrente de la catedral seguimos hacia el Sur por la calle Mayor (Ulica Grodzka), muy animada. Llegamos así a las faldas del Wawel, la colina sobre la que se asentó la primitiva ciudad. Tan cansados y asfixiados que nos sentamos en el césped. Como no estamos al tanto de los usos y costumbres polacos, no sabemos si está permitido. Al principio la gente que pasa nos mira, pero luego se nos suman algunos más. Una señora y su hija, que nos parecen norteamericanas, intentan (y lo consiguen) hacerse amigas de Chandra. El cómo hay gente capaz de granjearse sus simpatías -y otra en cambio no- resulta para mí un misterio. Aunque si eres mujer y estás acostumbrada a tratar con mascotas resulta todo mucho más fácil.

Intentamos entrar en el recinto del castillo, pero al ir con perro nos lo impiden, así que rodeamos la colina por su parte baja hasta llegar a la entrada de la *Cueva del Dragón* -o más bien su salida, ya que debe de accederse desde el castillo). Buscamos de nuevo la sombra y casi acabamos con una botella de dos litros de refresco que hemos comprado. Jamás pensé que por estos lares pudiera hacer semejante calda.

Carril bici junto al río

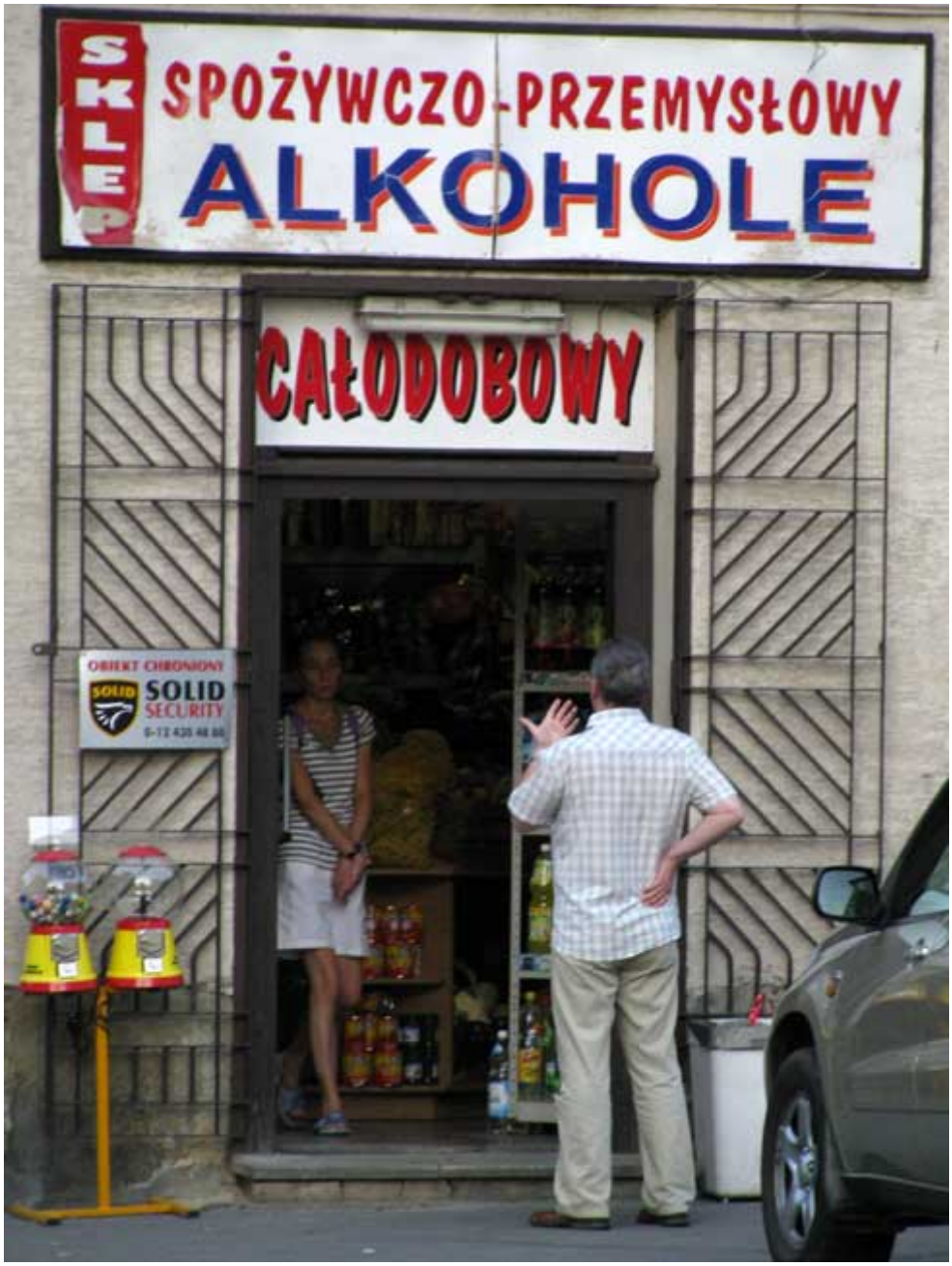
Estamos a orillas del Vístula. Hace un rato, una chica con vestido blanco de Marilyn y gorra de capitán intenta convencernos para que demos un paseo en lancha por el río. Luego nos entra un chaval con idénticas intenciones. Y a la tercera va la vencida: una chica muy joven que habla un inglés estupendo consigue meternos en la barca por 15 zlotys cada uno (perro gratis). Chandra al principio se asusta del agua, pero luego le coge el gustillo al jugueteo de la brisa. Somos siete en la lancha. Al principio vamos río arriba, luego pasamos frente al embarcadero y otra vez para arriba. A mí, como siempre en estos casos, el paseo se me hace cortísimo.

En la barca

Ya en tierra, asistimos al bautizo de un barco con ruedas de palas, al más puro estilo Mississippi. Hay fotos, discurso y botellazo de champán incluido. Suben los pasajeros para el viaje inaugural y Chandra, que al parecer ha perdido el miedo, se quiere ir detrás de ellos.

El del Mississippi

Poco a poco afloja el calor. Bordeamos el río en dirección al barrio de Kazimierz, que es donde se encontraba el ghetto judío (algunos exteriores de *La Lista de Schindler* fueron rodados aquí y es que, por lo visto, lo que se narra en la película sucedió realmente en Cracovia). El barrio conserva un indefinible aspecto de los años 40, sólo alterado por los bares de copas y restaurantes abiertos recientemente. Vamos hasta la Plaza Wolnica y desde allí seguimos una ruta (señalizada) que te lleva por seis sinagogas y el cementerio. Será la hora, pero está todo cerrado.



Barrio de Kazimierz

A punto de oscurecer, salimos a la Ulica Krakowska, que es por donde pasa el tranvía 8. Antes de dar con la parada vemos pasar uno, así que toca esperar veinte minutos. Los tickets los compramos en una pequeña tienda de la calle.

Mientras esperamos, observo a unas mujeres jóvenes que llevan pantalón corto y zapatos de tacón. Tengo casi la seguridad de que son chicas normales y corrientes, y sin embargo en España pensaríamos de inmediato que son, ejem, prostitutas. Junto a ellas, también esperando el tranvía, está la inevitable monja, y eso me arrastra de nuevo a la

reflexión de que en ninguna otra parte he visto tan íntimamente ligadas religión y concupiscencia.

Chandra debe de estar tan cansada como nosotros, y prácticamente no ha comido nada en todo el día. A cada parada mira con envidia a la gente que se baja, como preguntándose que por qué no nosotros. Cuando llegamos a la autocaravana invariablemente se pone muy contenta, y hay que corresponder con caricias. No sé si es simplemente la alegría de volver a casa o también el alivio de que hayamos dado con ella, porque para un perrillo una ciudad desconocida no deja de ser un laberinto, y debe parecerle de lo más meritorio el que en todas y cada una de las ocasiones seamos capaces de dar con el camino de regreso.

8 de agosto, día 22.

Amanece gris gris. Empleamos parte de la mañana en preparar la partida, vaciar grises, negras, llenar limpias e ir al Carrefour que hay enfrente del camping, al otro lado de la carretera. Como el Tesco de Wroclaw, es enorme enormísimo. Sin embargo, tanto los precios como la diversidad oferta me parecieron más interesantes en el hiper de la cadena británica.

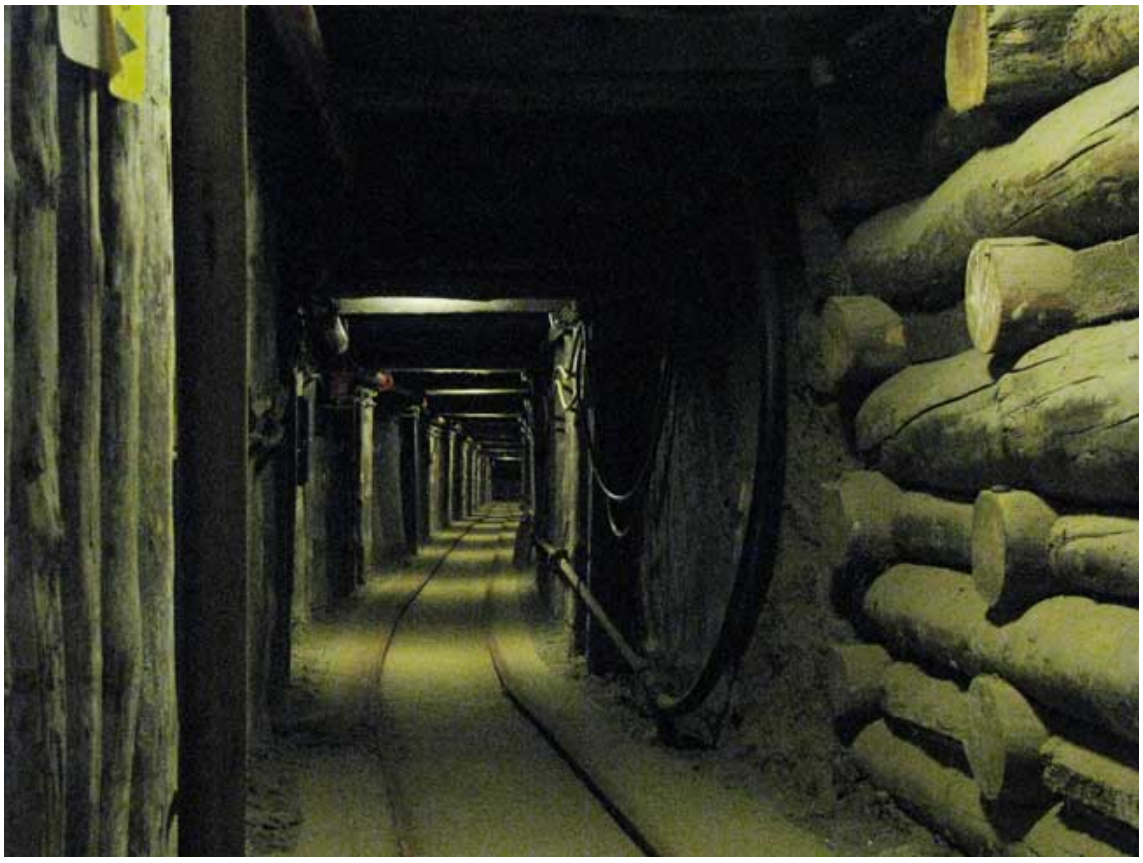
Se me está terminando el papel para escribir las notas del viaje, de modo que me propongo comprar aquí un cuaderno. Por estraño que parezca, me cuesta muchísimo encontrar lo que quiero: hay una vasta zona destinada a material escolar, pero todas las libretas que veo son de diseño, molonas, carísimas. Parece que Polonia también se ha apuntado a la vuelta al cole como excusa para el consumismo sin ambages.

Tras la compra entramos a repostar en una gasolinera. Nuestra sorpresa es mayúscula cuando nos acercamos al surtidor y vemos que el gasoil no lo venden por litros sino…¡por decímetros cúbicos! Tenemos que recurrir a nuestros remotos recuerdos de las unidades de medida y la secundaria para convencernos de que, efectivamente, viene a ser lo mismo una cosa que otra.

Gasoil en decímetros cúbicos

Terminadas todas las formalidades, nos vamos para **Wieliczka** en busca de la *kopalnia soli,* esto es, la mina de sal. La encontramos sin problemas –o más bien nos encuentra ella, ya que 200 metros antes de la entrada nos asalta una legión de aparcadores que nos dirige a un lugar (N 49° 59' 11'' E 20° 3' 05'') en el que nos piden 15 zlotys por dejar la auto. Al principio recelamos un poco por no ser el aparcamiento oficial, pero enseguida comprobamos que en éste las autocaravanas sólo pagan 1 zloty menos, y además no está permitido dormir. Por lo que llevamos visto, queda claro en Polonia los aparcamientos son el gran activo de la industria turística nacional, como en Egipto lo eran los wateres.

Chandra se queda vigilando la auto y nosotros nos vamos para la taquilla. Los tickets para el tour guiado en inglés cuestan 64 zlotys (20 euros) por persona. Existe una tarifa de 46 zlotys para turistas individuales, pero la casuística es tan compleja que no parece sino una argucia para que los nacionales paguen menos. En fin.



Wieliczka

Nos hacen esperar media hora hasta que se completa el grupo y luego vamos de cabeza a la mina. Nuestra guía dice llamarse algo así como *Cartagena* y es joven, competente y agradable. Primero bajamos trescientos y pico escalores (64 metros) y vamos pasando por diferentes galerías, separadas unas de otras por pesadas puertas que evitan las corrientes de aire que, de formarse aquí, serían huracanadas. Nos detenemos en salas en las que se está representada la historia de la mina, los métodos de extracción tradicionales, y también frente a esculturas de visitantes ilustres de Wieliczka: Copérnico, Goethe, Chopin y, cómo no Juan Pablo II. Por lo visto también estuvo Bill Clinton, pero a éste no le han puesto efigie. Las estatuas están esculpidas, como todo aquí, en sal: si uno mira al suelo y a las paredes parecen hechas de negra roca, pero si humedeces un dedo y te lo llevas a la boca compruebas que también es sal.

Así hasta que llegamos a la sala principal de la mina, que es la capilla de Santa Cunegunda, equipada con su retablo, su altar, sus imágenes… Personalmente la parafernalia religiosa me trae al pairo, pero reconozco que los bajorrelieves salinos son de una maestría y un realismo extraordinarios, al igual que las arañas que cuelgan del techo. También de sal gema, como no podía ser menos.

La capilla subterránea

La verdad es que el sitio impresiona. Cuando accedemos a la sala -por lo que sería el coro en una iglesia o el gallinero en un cine-, no puedo evitar tener un recuerdo para un antiguo miembro del foro de AcPasión conocido como ***Correkminos***, pues fue a través de una foto suya, sacada precisamente desde este ángulo, como tuve por primera vez conocimiento de este lugar. A él y a sus certeras imágenes debo también el haber viajado hasta la Cueva del Hielo de Eisriesenwelt, en Austria, y la Abadía de Fountains, cerca de York, en el Reino Unido. Como además de buen viajero y excelente fotógrafo es incondicional lector de mis relatos, quiero dedicarle estas líneas y expresarle mi agradecimiento, ya que el no conocerse personalmente no supone obstáculo para compartir visión del mundo e inquietudes.

Los relieves salinos

A mí, desafortunadamente, las fotos no están saliendo tan buenas debido a que estoy en fase de aprendizaje con la Canon y en ocasiones no consigo suprimir el ruido. Por cierto, que para usar cámara era obligatorio pagar un suplemento de 10 zlotys, pero el personal hace caso omiso y dispara a tutiplén, lanzando unos flashazos que te dejan cegato.

El lago subterráneo

El punto más bajo al que llegamos está a 135 metros bajo el nivel del suelo. Hemos venido con botas de montaña y bien abrigados, pero la temperatura es bastante soportable. Ya al final del recorrido nos hacen pasar por las tiendas de recuerdos y el restaurante. En las tiendas no compramos nada, y sin embargo es posible que sin saberlo tengamos un trozo de esta mina en casa: se trata de las lámparas de sal que le regalé a Bego hace unos años y que alumbran nuestro dormitorio. Están huecas por dentro, y llevan una bombilla que al encenderse tiñe la sal de color rosa salmón. Ya sé que hay más minas de sal gema en el mundo, pero es que las lámparas que venden aquí son idénticas.

Las lámparas de sal

Los que son diminutos son los ascensores para salir a la superficie, y hay bastante cola. Sentados en un banco, a la luz mortecina de las bombillas, tiene uno tiempo de pensar en los refugios antiaéreos, en las diversas guerras mundiales, civiles, inciviles y otras.

Al ascensor se entra por riguroso turno, excepción hecha de tres italianos maestros del cuele que iban detrás y de pronto, sin saber cómo, se han puesto delante. Estamos tan apretados que sin querer doy con la mano un ligero golpe en la cara de una cría pequeña; ella aprovecha la aglomeración para sacudirme patadas. Por fin nos enlatan, y unos segundos después salimos al aire libre. Sigue nublado, pero qué bien y qué alto se ve el cielo.

La visita ha durado tres horas, y llegamos derrengados a la auto, que continúa en el mismo sitio gracias a la atenta vigilancia de Chandra. Comida, siesta y a eso de las 18:15 nos ponemos en marcha. Vamos hacia **Varsovia** por carretera general y presumiblemente mala, así que vamos a aprovechar lo que queda de tarde para hacer todos los kilómetros posibles.

Yo temía el intenso tráfico que nos íbamos a encontrar al cruzar Cracovia, y se me había ocurrido dar toda la vuelta a la ciudad por la autopista. Parecía un poco exagerado, pero es justamente por donde nos llevan los indicadores de carretera, y eso que se trata de un buen rodeo: si en la esfera de un reloj imaginario Wieliczka está a las cuatro, entonces tenemos que dar la vuelta completa hasta las doce, y pasamos por el mismo lugar por donde entramos a la ciudad hace dos días. El trayecto no tiene dificultad más que en un punto, que es el enlace con la nacional 7. El navegador me pide que gire a la derecha, cuando sabemos perfectamente que nuestra ruta es en dirección contraria. La paradoja se resuelve cuando descubrimos que efectivamente hay que salirse a la derecha, pero que a continuación es preciso colocarse en la izquierda de la derecha y pasar luego bajo un puente para enfilar definitivamente la carretera de Varsovia.

Pueblos y urbanizaciones se suceden y ralentizan nuestra marcha. Llevamos una hora de camino cuando salimos por fin a campo abierto. La carretera cambia de humor continuamente, pero predomina el mal estado. Aprendemos una palabra nueva: ***koleiny***. La vemos siempre que aparecen esos raíles que los camiones dibujan en el asfalto, y que en ocasiones hacen patinar al vehículo como si estuvieras sobre hielo. El *koleiny* es ya toda una institución en Polonia; tanto que hasta tiene su propia entrada en Wikipedia:

http://pl.wikipedia.org/wiki/Koleiny

Nuestra intención era conducir hasta la puesta de sol y quedarnos entonces en algún pueblo de la carretera. Esto es más fácil decirlo que hacerlo, porque como hay bastante tráfico no se puede ir lo despacio que uno quisiera para investigar, y cuando descubres un buen sitio ya te lo has pasado. Gradualmente nos vamos quedando sin luz. Y por si fuera poco comienza a llover. Hacemos intento en el parking de lo que parece un polideportivo, pero la expectación suscitada entre la población adolescente del lugar nos hace desistir.

Atardecer y lluvia

Hay algo peor que conducir de noche por un país extranjero y diluviando, y es que además la carretera se halle en pesimísimo estado. Los desvíos por obras son continuos, y a veces no tengo claro por dónde nos mandan exactamente. Pasamos dos situaciones especialmente delicadas que parecen un calco una de la otra: como llueve a mares y la calzada no drena, sobre ella se forman enormes charcos. Entonces nos cruzamos con un camión que arroja sobre nuestro parabrisas tal manta de agua que durante breves pero angustiosos segundos pierdo por completo la visión de lo que tengo delante: la primera de las veces era un turismo que esperó a ese preciso instante para frenar y girar. La segunda andanada sobrevino justo cuando un impresentable venía de frente con una rueda por este lado de la línea continua. En fin, un poema. Al haber abandonado las autopistas –o, mejor dicho, la autopista- esta tarde hemos recibido toda una clase magistral de conducción a la polaca: los coches adelantan vengan o no otros vehículos de frente: se espera que éstos se echen al arcén para facilitar el adelantamiento (o para dificultar el paso a la otra vida). Adelantan asimismo en continua y en doble continua, haciendo gala de una temeridad sin parangón. No en vano, en 2006 tuvieron 137 muertos en carretera por millón de habitantes, mientras que por esas fechas España

andaba por los 94 -que de todas formas siguen siendo muchísimos, comparados con los 49 de Suecia o los 45 de Holanda, que están el *top*.

Pasado Kielce, los pueblos desaparecen por completo, y sólo se divisan luces aisladas de casas lejos de la vía por la que transitamos. No hemos parado desde Wieliczka, y estoy tan agotado y desesperado que cometo el error de meterme por una carreteruela con la esperanza de acercarme a lugar poblado y parar. Nunca lo hubiera hecho: tan estrecha es que a duras penas nos podemos cruzar con un coche que sale. Para colmo, quinientos metros más adelante se adivinan unas obras. Desisto de seguir. ¿Quién sabe lo que nos puede deparar más adelante?

Hay momentos en que uno se dice a sí mismo: esto es tan malo no puede estar pasando. Por ejemplo como ahora, que es de noche, llueve a mares y no me queda otra que incorporarme marcha atrás a una carretera con muchísimo tráfico. ¿Hay quien dé más?

Al llegar al siguiente pueblo, no me ando con chiquitas y entro por la primera desviación. Pero no estamos en un casco urbano propiamente dicho, sino que recorremos largas calles de casas con jardín. Desiertas y oscuras, sin un triste coche y sin ningún parking a la vista. Hasta que localizo un hueco suficiente a la puerta de un bar (N 51º 02' 32'' E 20º 50' 11''), y allí me voy.

Al parecer, el pueblo en cuestión se llama **Suchedcniów**, nombre significativo ya que no *suchedcnió* nada para lo que pudo *suchecder*: puesto que nuestro aterrizaje ha provocado la lógica expectación, y como al ser viernes el local de copas no augura un buen descanso, una vez que me recupero del soponcio decido irme de descubierta para ver si encuentro un sitio más tranquilo. Habitualmente me oriento bastante bien, pero como es de noche tengo especial cuidado en recordar las calles por las que voy pasando y los sucesivos cambios de dirección que voy haciendo. Ha dejado de llover y empiezan a verse algunas estrellas. Está claro que no puedes prever cuándo va a parar una tormenta, pero el recuerdo del reciente infierno que hemos pasado hace que me invada una indefinible y profunda sensación de gilipollez. Tras caminar un rato doy con lo que buscaba: un amplio aparcamiento en las proximidades de bloques de viviendas. Vuelvo hacia la auto para decírselo a Bego. Como el trazado en retícula del pueblo es tan sencillo, me atrevo a regresar por un itinerario distinto. Cuando salgo a una calle por la que no he pasado antes, compruebo con desolación que me he perdido.

Por fortuna encuentro enseguida la carretera Cracovia-Varsovia, pero no debo de andar muy ubicado, ya que caminando hacia la derecha me encuentro con las luces de

un super que hay cerca del aparcamiento en el que pretendía dormir. Como a estas alturas ya he perdido toda referencia de la trama interna del pueblo, decido caminar hacia la izquierda en dirección Cracovia hasta dar con la calle por la que entramos. Lo que ocurre es que como llovía tanto, la noche estaba tenebrosa y nosotros histéricos, tengo miedo a no reconocer el sitio y salirme del pueblo. Para colmo, y como iba ahí al lado, no me he traído el móvil, ni el gps ni na de na; por no tener no tengo encima ni la documentación. En esos momentos estaba tan ocupado que no se me ocurrió, pero pensándolo ahora, ¿qué habría ocurrido si pasa un coche de la policía y me para? Extranjero, sin papeles y además perdido. La noche en el cuartelillo no me la quita nadie. Las grandes tragedias tienen su origen en pequeños errores, mejor no meneallo.

Caminé durante un tiempo que me pareció infinito. La escasa iluminación de la carretera no ayudaba precisamente a reconocer nada. Pasé por un aparcamiento de camiones y una gasolinera que no recordaba. Me aferraba como un desesperado a dos carteles que había visto al llegar al pueblo: una indicación de camping y otra de una iglesia, pero a estas alturas ¿cómo fiarse ya? Después de otro lapso aterrador de tiempo di con la calle por la que nos habíamos desviado con la auto, pero como fue la primerísima de todas, me toca caminar otro tenebroso kilómetro antes de llegar a mi bienamada auto. Jamás me he alegrado tanto de verla. Desde que salí de exploración hasta ahora han transcurrido dos horas largas, Bego y Chandra estaban preocupadas. Lo más divertido de todo –por etiquetarlo de alguna manera- es que cuando me reintegré por fin la auto el bar de marras ya había cerrado.

De todo este cúmulo de barbaridades y despropósitos espero sacar enseñanzas que me sean de utilidad algún día. Aunque a lo mejor lo digo para consolarme de haberlas pasado canutas de un modo tan absurdo.

Kilómetros etapa: 195
Kilómetros viaje: 4.009

9 de agosto, día 23.

A las siete de la mañana nos despiertan unos cánticos. Al principio pienso que es el dueño del bar, que quiere que ahuequemos pronto. Pero no: bajo el oscurecedor y lo que veo son grupos de gente, algunos de hasta doscientas personas, que caminan separada y ordenadamente por una calle-carretera perpendicular a nosotros. La mayoría son jóvenes, pero también van familias enteras. Cada grupo lleva una especie de

comisario-animador que empuña un palo a modo de estandarte sobre el que van fijados varios megáfonos. Cada uno adapta este dispositivo a su personal estilo: hay quienes sermonean incansablemente; otros, en cambio, enardecen a sus acólitos con consignas que son coreadas-repetidas-respondidas por éstos. Los hay que amenizan el camino con música mística, y otros en cambio hacen sonar melodías más cañeras. La organización es asimismo de un rigor militar, pues los grupos se estructuran a su vez en bloques de siete u ocho. Cada uno de estos pequeños ejércitos va precedido de un coche de policía, y por último cierra la formación un vigilante con chaqueta reflectante y bandera roja.

No entendemos en absoluto de qué va la cosa hasta que caemos en la cuenta de que hemos dormido al lado de un *peregrinódromo*, y que todo ese mogollón de gente no se dirige a otra parte que al santuario mariano de Czestochowa (ya anoche, durante mi incursión nocturna, vi uno de estos grupos acampado en un solar del pueblo, y también quioscos que expenden artículos religiosos y estampitas, estratégicamente situados a lo largo de la ruta para satisfacer las urgencias peregriniles). Aun para los que somos agnósticos redomados, esta exhibición colectiva de fe impresiona: durante la hora que tardamos en arrancar desfilan por aquí no menos de tres mil personas. Como colofón, pasa un camioncillo cargado con cabinas de wateres químicos, imprescindibles para las humildes necesidades de semejante muchedumbre.

Dejamos atrás el sugerente espectáculo y reanudamos nuestra propia peregrinación. Durante los 150 kilómetros que restan hasta Varsovia la carretera mejora a veces, pero sólo lo justo para que te hagas ilusiones; después, vuelta a empezar con los desvíos, las obras y los koleinys. Las obras de la futura autopista contribuyen a complicar aun más la situación. Finalmente entramos en **Varsovia**. Aquí el tráfico es fluido, y el gps nos lleva directamente hasta el aparcamiento que tenemos marcado a orillas del Vístula –es el mismo río que pasa por Cracovia, lógicamente aquí mucho más ancho-. Empieza a llover.

En la garita de entrada al parking (N 52° 15’ 06’’ E 21° 0’ 53’’) nos enteramos de que por veinticuatro horas nos cobran 70 zlotys, casi 22 euros. Como atraco a mano armada no está mal, pero no tenemos ganas de callejear en busca de otro sitio, así que entramos. Con semejantes tarifas no es de extrañar que en todo el recinto sólo haya una autocaravana española y otra alemana, además de unos italianos que entran y se marchan al rato. Por suerte, el casco viejo de la ciudad está aquí al lado, y como es pequeño nos bastará esta tarde para verlo.

Bego aprovecha el resto de la mañana para descansar, y yo para escribir. Luego salimos a ver Varsovia. Tal como imaginaba, al casco histórico se llega simplemente subiendo unas escaleras. Lo de histórico es un decir, ya que está por completo reconstruido, aunque de no saberlo parecería por completo original. La lluvia ha parado, e incluso sale el sol.

Plac Zamkowy

Calle Kanonia

Durante el paseo percibimos enseguida dos datos de interés para el turista: a) Los precios son más altos que en Cracovia. b) Encontramos una comisaría móvil instalada al principio de la calle Freta, lo que nos trae inevitables recuerdos de la psicosis robaticia de Praga y provoca un instintivo movimiento que pone a buen recaudo las cámaras, las pelas y los objetos de valor. También constatamos que, al ser sábado por la tarde, todas las iglesias del centro trabajan a destajo boda va, boda viene. Parece que aquí esto de casarse por el rito católico es algo que no ha caído en absoluto en desuso.

¡Que vivan los novios!

Turistas en diligencia

Un rincón

Como la parte vieja se nos acaba enseguida, nos desplazamos en dirección al **ghetto judío.** Bueno, quiero decir adonde estaba el ghetto, porque allí sí que no quedó nada de nada, sólo un parque y bloques nuevos de viviendas.

Conozco dos películas que relatan la odisea que se vivió aquí entre enero y mayo de 1943. La más famosa es sin duda *El Pianista* (2002), de Roman Polanski

http://www.labutaca.net/50sansebastian/elpianista.htm

http://www.youtube.com/watch?v=ZrGpxI7-Zhg&feature=related

La otra posiblemente es menos conocida: se llama *Uprising* (2001), y al castellano se ha traducido, un poco desafortunadamente, como *Rebelión en Polonia.*

http://cinebelico.wordpress.com/2007/10/17/rebelion-en-polonia-uprising-%E2%80%93-2001/

Se trata de una tierna e inspiradora historia, más colectiva y menos personal que la primera, en la que se narra la desesperada respuesta de sus habitantes ante el exterminio sistemático al que fueron sometidos. Que yo sepa, es el único caso de resistencia armada

por parte de los judíos en toda la Europa ocupada por los nazis; si se hubiera dado en otros sitios, otro gallo les habría cantado a los de la esvástica, y quizá tampoco el estado de Israel tampoco habría podido usar el Holocausto como argumento para justificar su propio genocidio sobre el pueblo palestino.

Sea como fuere, ésta sólo fue la primera insurrección de Varsovia; la segunda tuvo lugar entre agosto y octubre de 1944: el Ejército Rojo, que estaba al caer, en lugar de apoyar a la Resistencia se estableció tranquilamente en la otra orilla del Vístula, viendo cómo los alemanes aniquilaban a los polacos insurgentes. Conseguido esto, los nazis se dedicaron a dinamitar lo que quedaba de la ciudad, y para enero del 45, cuando por fin entran los rusos, el 85 por ciento de la misma se halla destruido. Es por eso por lo que las palabras *Varsorvia* y *martirio* pueden considerarse sinónimas.

Hasta el Memorial del ghetto llegan pocos turistas. Hay un grupo cuyo guía, que habla español, tiene acento centro o sudamericano. El otro grupo está compuesto de estudiantes. Suponemos que son israelíes, porque llevan un guardaespaldas con pinganillo incorporado que no nos quita ojo cuando nos cruzamos con ellos por tercera vez.

Queríamos ver el lugar donde se ubicaba el búnker desde el que Mordechai Anielewicz dirigió la resistencia, pero la guía que traemos no es nada precisa al respecto, y las indicaciones sobre el terreno tampoco, así que desistimos. Nos vamos hacia e**l Palacio de la Cultura,** el edificio más alto de toda Polonia, regalo de Pepe Stalin y construido en la década de los 50. Su fisonomía recuerda mucho a los rascacielos de *Metrópolis*, de Fritz Lang. También se da un aire a la Giralda de Sevilla. Dicen las malas lenguas que desde su última planta se disfruta de la mejor vista de todo Varsovia… precisamente porque no se ve el rascacielos. Sí que se ven en cambio los construidos durante los últimos años, en el desmesurado afán de los países del antiguo bloque socialista por parecerse a ese otro Gran Hermano no menos autoritario, pero sí más ladino y sutil que atiende por el nombre de Estados Unidos de América.

Viejo orden

Nuevo orden

Un banco muy católico para la católica Polonia

Desde el ghetto hasta el Palacio de la Cultura hay 2 kilómetros en línea recta que se hacen eternos, porque al divisarse el edificio desde tan lejos parece que nunca se llega. Nos proponemos subir para ver la puesta de sol. Imaginamos que no dejarán entrar con perro, pero como va a ser poco rato recurrimos a la estratagema, ensayada previamente, de meter a Chandra en la mochila. Son 6,6 kilos que la verdad es que se notan sobre todo en los pies, hinchados ya de caminar. Los de seguridad se aperciben del *paquete* justo cuando hemos sacado los tickets (20 zlotys cada uno) y parecen a punto de decirnos algo, pero les puede el divertido asombro. De todas formas, hoy hemos asistido al insólito espectáculo de personas que se acercaban a Chandra para acariciarla o hacerle fotos, diciéndole –y diciéndonos- frases y palabras amables. En polaco, claro. Este cariñoso reconocimiento, inusual por nuestra tierra, lo veremos desde aquí hasta Tallinn y nos lleva de nuevo a la conocida reflexión sobre la ternura, la cultura, los animales.

La torre

Las vistas

El crepúsculo

Un rascacielos se refleja en otro

El ascensor nos lleva hasta el piso 30, desde donde disfrutamos del crepúsculo de Varsovia con vistas a los cuatro puntos cardinales. Dentro de su marsupio, Chandra se porta muy bien; no sabe que por unos minutos ha sido el perro más alto de toda Polonia.

Cuando llegamos a ras de suelo ya es de noche. Iniciamos el lento camino de regreso, pero antes no nos queda otra que asistir al inicuo espectáculo de un grupo de moteros circulando a más de cien kilómetros a la hora por la avenida Marszalkowska, con coches en la calzada y gente paseando las aceras o cruzando los semáforos. Pasan un par de veces, por si no los hemos visto bien. Algunos hacen el caballito, y hay hasta

quien en plan suicida se pone de pie sobre el sillín. Luego se preguntarán los del gremio que de dónde les viene la mala fama.

Tras cinco horas de caminata, el cuerpo pide reposo y nos lleva de cabeza a la auto. Antes nos sentamos un rato en la siempre animada Plaza Zamkowy para cerrar el círculo que iniciamos esta tarde y despedirnos de esta ciudad que, a pesar de los pesares, tiene un duende escondido entre los adoquines que acumularon sobre sí tantísimo sufrimiento.

Kilómetros etapa: 155
Kilómetros viaje: 4.164

10 de agosto, día 24.

Es domingo, y eso nos favorece a la hora de salir de la ciudad. Cuando voy a la garita para pagar le pregunto al guarda que si tienen agua (*woda*). Considero dicha posibilidad altamente improbable, pero no me voy a quedar con las ganas. Además, por 22 euros tendrían que regalar no ya agua, sino vino. Por supuesto, me responde que no, que eso *out*.

Salimos por la nacional 8, pues hoy vamos al **Parque Nacional de Białowieża**, a ver bisontes. Según atravesamos el extrarradio de Varsovia asistimos a una imagen que nos retrotrae a los domingos de nuestra infancia, en los que todo giraba en torno a la Misa Mayor. A ella es precisamente adonde se dirige una multitud engalanada que abarrota iglesias y atrios. Verdaderamente es curiosa esta Polonia.

Cuando llevamos recorridos 40 kilómetros pruebo suerte en una gasolinera. Para que no nos pase lo que en Dresde, esta vez escojo una BP grande de carretera en la que veo aparcados muchos camiones y en la que, a decir de los carteles, ofrecen hasta ducha. Lleno de gasoil. Cuando voy a pagar, pregunto por el agua. El dependiente llama a un chaval. Cuando le digo a éste que es para la auto hay un momento de confusión, un breve cruce de frases entre ellos y al final me dicen que no, que no tienen agua. Me voy de allí maldiciendo. Desde Cracovia no llenamos, y los 115 litros del depósito tocan ya a su fin. Menos mal que tenemos el secundario de 50 litros que instalé yo mismo y que, tal como pinta la cosa, nos va a venir de maravilla en estas desérticas regiones en las que nunca llueve y por eso escasea tanto el líquido elemento.

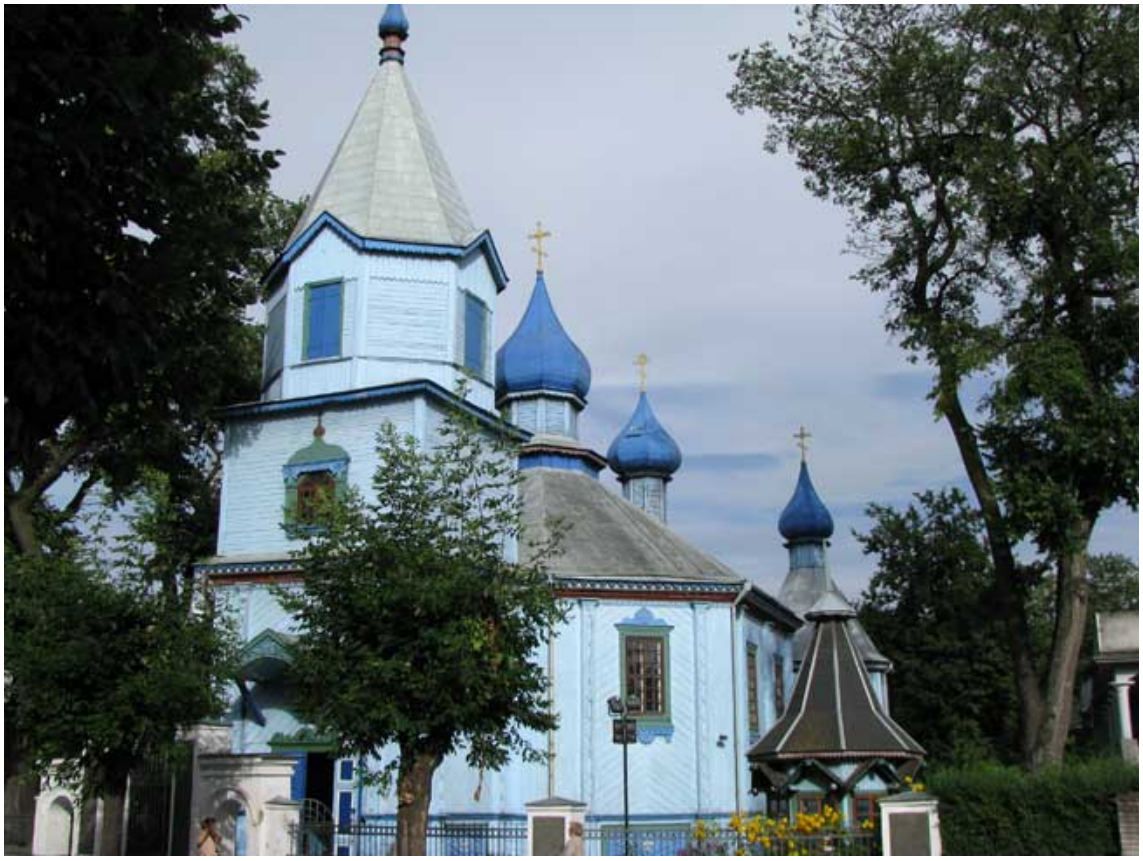
Seguimos en dirección Nordeste. El firme, como siempre, imprevisible: sigue habiendo koleinys, aunque menos que entre Cracovia y Varsovia. En cuanto a la conducción, no sé si es por acumulación de incidentes o es que en realidad conducen por aquí peor que en el Sur, el caso es que la tensión es continua. La Virgen de Czestochowa debe de tener mogollón de trabajo.

Los semáforos taaaaaardan

En Zambrów dejamos la carretera general y nos vamos por la 66. Los primeros 20 kilómetros están en obras y debemos aguantar interminables semáforos de los que regulan el paso alterno de vehículos. Luego la cosa mejora un poco, aunque tampoco da para muchas alegrías. 67 kilómetros después de Zambrów llegamos a **Bielsk Podlaski**, y estacionamos para comer detrás de lo que parece una iglesia y resulta ser el ayuntamiento. No hubiera sido raro, ya que este pueblo cuenta con varias, cuatro de ellas ortodoxas y de madera. Por cierto, hemos averiguado que iglesia católica en polaco se dice *Kościół*, mientras que a las iglesias ortodoxas las llaman *Cerkiew*.

Es una pena no contar en estas situaciones con G*oogle Earth,* porque como no hay carteles indicativos y tampoco sirve de nada preguntar, de las iglesias buscadas sólo

localizamos una, la de San Miguel. A diferencia de las noruegas, que son negras y embreadas, aquí las pintan, esta en cuestión de azul celeste. Además, se halla en funcionamiento: puerta abierta, luces encendidas, las mujeres que se cubren la cabeza con un pañuelo antes de entrar. Es así como descubrimos que, en esta esquina del país, la católica Polonia se vuelve ortodoxa.



Iglesia de San Miguel

Detalle de la cruz. Nótese cómo al ser ortodoxa lleva un travesaño añadido.

Otro ángulo

Salvo por estas joyas arquitectónicas, el pueblo no parece ofrecer gran cosa, como no sea los cuatro paletos que exhiben calle arriba calle abajo sus ruidosos coches. Estamos por irnos cuando escuchamos una música interesante. Proviene de un parque que hay detrás de la iglesia. Al aproximarnos descubrimos un anfiteatro al aire libre lleno de gente que asiste a un festival de música tradicional. Hay grupos polacos, pero también bielorrusos y también alguno de Ucrania. Tienen todos en común un gran protagonismo de la voz, con unos registros en ocasiones que recuerdan al *Misterio de las Voces Búlgaras.*

http://www.youtube.com/watch?v=fBd8qpi9lz8&feature=related

http://www.youtube.com/watch?v=dWLMZnhUvUo&feature=related

http://www.youtube.com/watch?v=2Ft1d4hEzCE&feature=related

СПАСАЎСКІЯ ЗАПУСТЫ '2008

No se me escapa que la pancarta que preside el certamen está escrita en alfabeto cirílico, y que a la entrada de un instituto de secundaria cercano hay una placa redactada también en este idioma a la vez que en polaco. Estos indicios hacen pensar que esta región tiene más vínculos con Bielorrusia de los que a priori uno pudiera suponer.

Aunque nos hubiera gustado, no nos quedamos hasta el final, pero sí tenemos tiempo de escuchar los tres cuartos de hora que dura la actuación del grupo *Malanka*, que por cierto es el nombre que en Ucrania recibe la festividad del 13 de enero, que es el día de Año Nuevo según el calendario Juliano.

De vuelta a la auto reflexiono sobre cuánta sabiduría hay imbuida en esta música, y lo mucho que nos importa que se transmita para hacer de contrapeso a la homogeneización, el adocenamiento y la pérdida generalizada de Norte en esta nuestra autoproclamada sociedad moderna.

Como siempre, se nos está haciendo tarde y queremos llegar al Parque Nacional antes de que sea de noche. Pese a todo, hacemos una nueva parada en **Hajnówka**. Según el mapa Michelín hay aquí una iglesia grande, pero no pensábamos que tanto. Se trata de una iglesia ortodoxa que parece diseñada a medias entre Gaudí y Le Corbusier y cuyas altas cúpulas de cebolla nos deslumbran desde lejos.

22 kilómetros más por un pasillo entre árboles y llegamos por fin a **Białowieża.** La primera impresión no es buena: me lo imaginaba todo más selvático, más recóndito, más… En este confín apartado del mundo, casi incrustado en Bielorrusia, donde subsiste el último bosque primario de Europa, donde pastan los bisontes, francamente no me esperaba encontrar una oferta hotelera apabullante, celebraciones de boda, cajeros automáticos, mucho asfalto y, sobre todo, una fiebre del ladrillo que recuerda, cómo no, a los lares patrios. Posiblemente les falte, como a los españoles, la comprensión suficiente para entender que todo eso es incompatible con un lugar que precisamente es mágico por lo salvaje. Posiblemente no han aprehendido, como muchos

de nuestros paisanos, la sutil distinción entre parque natural y parque temático, y que éste no es el camino hacia el desarrollo sino más bien lo contrario.

Buscamos el parking del centro de interpretación, pero a las primeras no damos con él. Un camping nos tienta con su cartelería, pero decidimos pasar de él. Paro la auto cerca del museo del parque. Estamos calibrando nuestras posibilidades cuando se nos acerca un señor mayor: pelo cano, bigote y una niña pequeña a la espalda en una sillita-mochila. Escarmentados por la penuria lingüística de los polacos, bajamos el cristal con desgana, y entonces nos suelta: "Sois la primera autocaravana española que vemos en el viaje". Sorpresa mayúscula: tardamos un instante en darnos cuenta de que está hablando en español. Al parecer no son indígenas, sino de Gerona. Están haciendo el tour polaco, pero al revés que nosotros. Y en su autoca viajan tres generaciones: Marcos (al que tomé por polaco) y Marina, los abuelos-padres; Maribel y Pere, los padres-hijos; Mariona y Claudia, las hijas-nietas. Nos explican que ellos sí que han dado con el parking del centro de interpretación (N 52° 41' 59'' E 23° 50' 41''). Para no extraviarnos, Maribel, Pere y Mariona -la mayor-, suben a la auto y nos guían. Al final resulta que sí que habíamos pasado por la entrada, pero nos pareció el parking de un restaurante. Allí sólo hay una auto italiana y las nuestras. Bueno, y el coche de la policía que hace continuas rondas: como estamos a sólo 4 kilómetros de Bielorrusia, y las zonas boscosas de la frontera polaca se han convertido en un coladero de ilegales hacia la Unión Europea…

Tras acomodarnos, salimos a charlar un rato y celebrar lo insólito del encuentro, pero nos recogemos enseguida, que hay que cenar y además asaltan los mosquitos. Fueran quedan algunos invitados de la boda, que nos amenizarán un par de horas con sus cantos ebrios.

Kilómetros etapa: 248
Kilómetros viaje: 4.412

11 de agosto, día 25.

Ayer Maribel nos explicó que aquí se pueden visitar dos sitios, a saber: la zona de reserva del parque (visita guiada) y una especie de zoo donde se pueden ver los bisontes (hay unos 400 en libertad en la parte polaca del Parque, pero imaginamos que no estarán posando para los turistas). Maribel hace las veces de *tour-operadora* de su familia, porque ayer nos dijo que iban a intentar enganchar con una visita guiada en inglés, y en

cambio esta mañana ha localizado a una guía en italiano. El precio total es de 165 zlotys, a dividir entre los que vamos, que somos siete.

Refugio de caza del Zar

Nuestra guía se llama Ágata, es de la zona de Mazuria, muy simpática, y pasamos con ella una mañana de lo más entretenida. De paso nos vamos enterando de más cosas de nuestra encontrada familia. Marcos es de Murcia, pero emigró muy joven a Cataluña. Ya se ha jubilado, pero cuando estaba en activo era propietario de un taller mecánico y un servicio de asistencia en carretera. Por lo que cuenta ha viajado muchísimo por todo el mundo, con autocaravana y sin ella. Comentamos el problema del abastecimiento de agua, y nos confirma que desde que entraron en Polonia están pasando por lo mismo.

El bosque

Białowieża es el último vestigio del bosque primario europeo no porque fueran por aquí más ecologistas que la media, sino porque fue durante mucho tiempo reserva de caza de los zares rusos. En cuanto a los bisontes, éstos fueron cazados hasta la extinción por los soldados alemanes acantonados en la zona durante la Primera Guerra Mundial, y sólo se reintrodujo con posterioridad a partir de ejemplares que sobrevivían en los zoos. Otras especies también reintroducidas son el lobo y el lince.

Tronco hueco de árbol

La parte polaca del Parque es mucho más reducida en extensión que la bielorrusa, aunque esta última recibe muchos menos visitantes debido a las restricciones impuestas por el Ministerio del Interior de este país. Cabe decir, además, que ambas están separadas por una valla que impide el libre tránsito de los grandes animales. Por cierto, el 8 de diciembre de 1991 en el sector bielorruso se reunieron Boris Yeltsin y los líderes de Ucrania y Bielorrusia para acordar la disolución de la antigua URSS y la creación de la Comunidad de Estados Independientes.

La excursión por el Parque nos lleva tres horas. Luego nos despedimos de Ágata y nos vamos para las autos. El vigilante del aparcamiento, que no pudo engancharnos ayer, nos pide 10 zlotys. Después de los 70 pagados en Varsovia nos parece una ganga.

Marcos nos regala una botella de vino, y yo a ellos un ejemplar de *El Centro del Mundo.* Entonces nos invitan a compartir su comida. Nos instalamos en una mesa de madera y disfrutamos de uno de los momentos realmente especiales del viaje.

Tras la sobremesa vamos todos a ver los animales. El sitio en cuestión está a 5 kilómetros, y hay que mover las autos. En una especie de parque tienen, juntos pero no revueltos, bisontes, jabalíes, alces, linces… Incluso lobos. Hemos venido única y

exclusivamente por los bisontes, porque lo cierto es que no nos gusta ver animales en cautividad, aunque sea en espacios grandes, como es el caso. A los bisontes se los ve muy a gusto, sin depredadores y con todo el pasto del mundo a su disposición. No puedo decir lo mismo de los lobos. Había seis, y sus ojos transmitían una tristeza que helaba el corazón. Y es que claro: a más inteligencia, más conciencia de tu destino entre rejas.

El lince

El lobo

El bisonte

El bisonte y su familia

Llega el momento de despedirse. Marcos y familia van para Varsovia. Nosotros hacia el Norte, buscando la frontera lituana. Cuando su auto arranca nos queda el poso de tristeza que sigue a los dulces momentos compartidos.

Desandamos primero camino hasta Hajnówka. Y luego seguimos hacia la gran urbe de **Białystok**. Por el camino atravesamos pueblecitos de madera que, al decir de Maribel, son más rusos que otra cosa.

Una vez pasado Białystok, tomamos de nuevo la estatal 8, la misma por la que subimos desde Cracovia. La luz cae muy aprisa. Aún pervive en nuestro recuerdo la tarde infame de hace tres días, y por eso buscamos como desesperados un sitio para quedarnos. Hasta que al llegar al pueblecito de **Korycin**, tras los campanarios gemelos de una iglesia, a la derecha, distingo un lago. Le digo a la conductora que gire por la primera entrada, y es así como encontramos aparcamiento junto a un merendero que también es zona de playa (N 53º 26’ 37’’ E 23º 05’ 55’’). Se oye bastante el tránsito de la carretera, pero es un sitio realmente encantador. Unos chavales pasan varias veces con la moto para examinar la novedad, pero su actitud no nos parece hostil.

Lago

Iglesia

Atardecer

El lago se halla rodeado de una inmensa zona verde recién segada. Chandra disfruta de lo lindo dándose carreras. Nos acercamos paseando hasta la iglesia, y luego regresamos por otro camino. Entonces sucede el milagro: a semejanza de un espejismo, en mitad de la nada, solitario e inesperado, se yergue un grifo.

Aún incrédulo, me acerco para ver si tiene agua. Como resulta que sí y la ocasión la pintan calva, no han pasado diez minutos cuando ya estamos llenando nuestros sedientos depósitos. Algo tan anodino en nuestras casas se puede volver tesoro inapreciable donde te niegan el agua. Nos vamos a cenar y a dormir más contentos que unas pascuas.

Kilómetros etapa: 120
Kilómetros viaje: 4.532

12 de agosto, día 26.

Hoy vamos a cruzar frontera nueva. A partir de **Augustow** tendremos dos opciones: seguir hasta Suwalki o, por el contrario, irnos por la carretera 16 y atravesar por el paso secundario de **Ogrodniki**. Escogemos esta opción porque la otra la haremos al regreso. Además, así podremos visitar la iglesia de madera de **Giby**.

Giby

Aprovechamos la mañana para hacer limpieza general de la auto, rellenar de nuevo el depósito en nuestro providencial grifo y, ya de paso limpiar el parabrisas y el frontal de la auto. Para la hora de comer estamos en **Sejny**. Estacionamos en un parking al lado de la antigua sinagoga. En un edificio contiguo está ensayando un coro que me impresiona muchísimo. Luego, tras el descanso reglamentario, acometemos la nada desdeñable tarea de estrenar estado, en este caso

LITUANIA

- La superficie del país es de **65.303 km^2**
- Su población, **3,6 millones** de habitantes.
- La moneda oficial es la **Lita** (1 € = 3,40 litas). Una suerte, a la hora de calcular, que valga casi igual que el zloty.
- El precio del gasoil en agosto de 2008 era de **4 litas** (1,18 €).
- Su puesto mundial en el ránking de la renta per capita, corregido a la Paridad de Poder Adquisitivo (PPA) es el **número 47.**
- Luz de cruce en los vehículos: encendida las **24 horas.**
- Hora oficial: **una más** que en España.

Siempre que podemos procuramos franquear las fronteras por pasos secundarios -es como entrar por la puerta de atrás- porque creemos que es precisamente en estos lugares donde mejor se percibe la imagen del país. Por de pronto nos encontramos con un montón de oficinas de cambio, todas en el lado polaco. En lo que se refiere a personal aduanero o policía, ni un alma.

Un límite internacional es como una membrana: cuando te aproximas sientes algo de nerviosismo: no sabes si pasarás enseguida, si por el contrario te pondrán problemas… Cuando se está al otro lado experimenta uno algo así como un alivio, y hasta el vehículo parece ir más deprisa.

La primera impresión es buena. Hay mucho menos tráfico que en Polonia, el firme es aceptable y la señalización en carretera muy buena. Esto es muy importante, porque aquí se nos acaban los mapas del navegador, y por tanto dependeremos de los indicadores y del plano de papel, como en los viejos tiempos.

Nuestro primer cometido consiste en localizar a una familia que vive en Vilnius. Realmente no los conocemos, porque son amigos de amigos, pero venimos recomendados. Desde Polonia Bego ha estado enviando mensajes a través del móvil, sin resultado. Por eso nos dirigimos a la primera ciudad importante camino de la capital, que es **Alytus**. Nada más entrar nos percatamos de que, si bien en carretera señalizan que es un primor, en el casco urbano no ponen un cartel así los maten. La situación se complica porque el acceso al centro se halla cortado por obras. Tras varias vueltas estacionamos por fin y le preguntamos a un poli por un cajero automático. Nuestro propósito es: a) Sacar dinero. b) Cambiar en moneda fraccionaria. C) Llamar a Vilnius

desde una cabina. La primera fase del proceso la llevamos a cabo satisfactoriamente. No así la segunda: los teléfonos públicos funcionan sólo con tarjeta, y los kioscos donde las venden se encuentran ya cerrados. Por lo visto, aquí chapa todo a las 18 horas, excepción hecha de los bares y algunos super.

Al final no queda otra que tirar de móvil y hacer una llamada internacional. Nuestro contacto es mujer, se llama **Laima**, y trabaja como profesora de inglés, pero el teléfono de casa no lo coge ella sino **Vladas**, su marido, que apenas chapurrea la *lingua franca*. Como puede, le explica a Bego que Laima está en Tallinn, en casa de su hijo mayor, pero que de todos modos cuando lleguemos mañana a Vilnius nos pasemos por su domicilio, que él estará a partir de las dos.

Aunque Alytus es ciudad nueva y no tiene apenas nada que ver, habíamos pensado en quedarnos a dormir (el aparcamiento enfrente de la comisaría es un sitio envidiable). Pero al ver a los cuatro desgraciados exhibiendo sus *cochones*, derrapando y dando por c*lo todo lo posible en el centro del pueblo, se nos quitan las ganas. Recorre uno miles de kilómetros y se encuentra los mismos vicios y la misma m*erda: resulta exasperante. Desde la costa portuguesa hasta el confín oriental de la Unión Europea, por encima de lenguas, fronteras y creencias, triunfan los chundas. *Retumba et impera*.

Aún queda luz de día, así que decidimos seguir hasta **Trakai**. Pero salir de Alytus es más fácil decirlo que hacerlo: al no haber absolutamente ninguna indicación, ni siquiera un triste cartel que mande a Vilnius o a Kaunas, damos otras cuantas vueltas por el pueblo, y nos convertimos a nuestra vez en apatrulladores. A ver si va a resultar que toda esa gente que revolotea sin cesar no va a ser otra cosa que desgraciados que buscan durante semanas la salida del pueblo, al estilo de *La autopista del Sur*, de Cortázar.

Finalmente conseguimos cruzar el río Nemunas (sólo hay un puente) y por la carretera 220, después por la 129 y más tarde por la A 16 enfilamos hacia nuestro destino. Al ser ésta carretera general pensé que llevaría más tráfico, pero lo cierto es que sigue habiendo muy poco. Como además el firme es muy bueno, llegamos a Trakai en un santiamén. Este pueblo, que fue en su día capital de Lituania, se levanta en una península, al final de la cual hay un hermoso castillo. Seguimos las indicaciones del lugar de pernocta hasta que vemos varias autocaravanas en un parking, y allí nos quedamos (N 54° 38' 36" E 24° 55' 59", coordenadas aproximadas). Hay media docena de italianas, una francesa y una alemana. Vemos carteles que prohíben a las autos estar

allí de 22 a 8 horas, aunque evidentemente eso nadie lo respeta. El resto del día funciona un parquímetro con monedas.

Los italianos tienen montado un poco de folklore a la puerta de las autos, de modo que huimos. Paseamos por la orilla hasta el castillo y después volvemos. Necesitamos perentoriamente conseguir monedas para el parquímetro de mañana, pero no encontramos ningún sitio que nos incite a cambiar.

Castillo de Trakai

Castillo de Trakai

Pasamos por delante de las autos y vamos para el centro en busca de algún establecimiento de comida rápida. Lo único que encontramos son super, y están ya todos cerrados. Desconocemos cómo está por aquí el tema de la seguridad, y como las calle está medio a oscuras, vamos un pelín acongojados, aunque la policía pasa de cuando en cuando. Nos cruzamos, eso sí, con gente joven que lleva su botella de cerveza en la mano, y deducimos que forzosamente en algún lado tienen que venderlas, y ya de paso cambiarán dinero. Llevamos caminados casi dos kilómetros desde las autos, y cuando la desesperación hace ya mella descubrimos que en la parada de autobuses, del otro lado, una diminuta ventanilla expende bebidas y golosinas. Así que compramos nuestra cerveza reglamentaria de medio litro (1,80 litas), para lo cual cambiamos un billete de diez y desandamos, aliviados pero hechos polvo, el camino a casa. Nos cruzamos por enésima vez con el coche de la policía, que a estas alturas nos deben de considerar ya como de la familia.

Kilómetros etapa: 245

Kilómetros viaje: 4.777

13 de agosto, día 27.

A las siete en punto (ocho hora lituana) salgo de la auto y echo cinco litas en el parquímetro. Eso nos da para 2,5 horas. Cuando Bego se levanta nos vamos para el castillo, que encontramos cerrado. Chandra se ha quedado en la auto, lo cual es una lástima, ya que para cuando quieren abrir la taquilla se ha formado una cola respetable. Nos conformamos con ver el recinto por fuera, ya que además se nos está acabando el tiempo aparcaticio.

Trakai. Escultura de madera

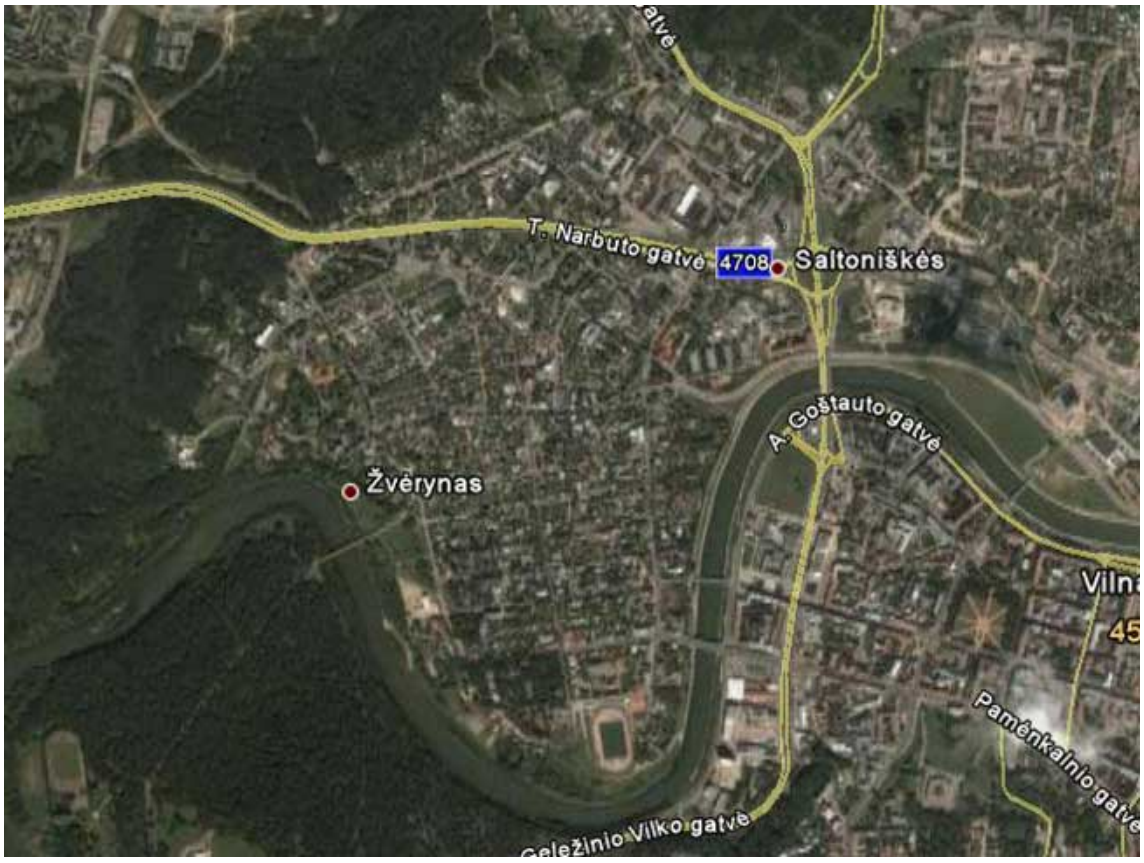
Trakai. Lago

Trakai.Castillo

De vuelta a la auto nos encontramos con un tipo de aspecto gorilesco que increpa a uno de los italianos porque no ha sacado ticket. Éste le muestra el de la noche anterior y trata de explicarle que se ha quedado sin monedas, pero el otro replica que o ticket o police. No sé cómo lo arreglan, es posible que el tiparraco les diera cambio. Como están aparcados a nuestro lado, les comento en mi rudimentario italiano que para andar por aquí hace falta *un sacco di monete*. Por lo visto el cobro ha sido a cuenta de las dos horas transcurridas desde las 8, porque se marchan.

Nosotros queríamos comprar algo (y de paso cambiar) en un super, pero la imposibilidad de aparcar en las inmediaciones nos disuade. Estaciono como puedo sobre una acera para que Bego acuda a la oficina de turismo a pedir un mapa de Vilnius. El que le dan es sólo del centro, pero como viene el barrio (Žvėrynas) y la calle en la que viven Vladas y Laima (Traidenio), creemos que nos servirá.

La entrada a **Vilnius** la realizamos acertadamente. Acertadamente seguimos por la vía principal buscando la gran rotonda tras el río Neris, donde debemos desviarnos. Y acertadamente también nos damos cuenta de que nos hemos perdido, cuando vemos las indicaciones de la carretera de Riga. Entramos en un gran centro comercial para dar la vuelta, sólo que en algún punto nos volvemos a equivocar y acabamos en un barrio enorme poblado de no menos y enormes y soviéticos bloques donde no se ve absolutamente ni un solo nombre de calle. Cuando recorremos por segunda vez la misma avenida (esos kioscos y esa gasolinera ya los he visto antes), creo que ha llegado el momento de parar.



Al hallarse rodeado por el río y por parques, cualquiera puede comprobar la dificultad para acceder a Žvėrynas

Por suerte descubro que en la guía Lonely que traemos viene un mapa de la ciudad. No con mucho detalle, es cierto, pero abarca una zona bastante más amplia. Localizo entonces –en el mapa y en el mundo real- la omnipresente Torre de la Televisión. Como desde nuestra posición comprobamos que el sol se encuentra justo detrás de ella, llego a la conclusión de que debemos hallarnos en algún barrio del Noroeste de la ciudad. Por lo tanto así a ojo calculo en qué dirección hay que moverse para llegar al dichoso Žvėrynas. Este barrio, como dije, es muy céntrico, pero se halla incrustado en un meandro del río, y su acceso es difícil. Si a ello unimos las diferentes obras que salpican las vías de la ciudad (incluido precisamente el puente por el que tendríamos que cruzar) se comprenderá nuestra desazón. Después de muchas vueltas y revueltas, cada vez en un radio más cercano, conseguimos forzar la entrada del barrio y dar con Traidenio Gatvé de mis amores. Así a ojo, hemos empleado dos horas incluyendo la entrada a la ciudad, el perdimiento y la posterior reubicación.

Aparcamos y hacemos tiempo paseando hasta que llegue la hora convenida. Enseguida nos damos cuenta de que es éste un lugar privilegiado: a sólo 900 metros del

Seimas (Parlamento) y por tanto casi en el centro, el barrio tiene forma de triángulo invertido, y en él se ubican cuatro embajadas, una de ellas la de Rusia. Explicado así uno se podría imaginar calles imponentes y lujosísimas residencias, pero la verdad es que es todo lo contrario: salvo algún bloque de pisos esporádico, lo que hay son casas de planta baja, muchas de ellas de madera. Como además el río Neris y el Parque Vingis lo vuelven escasamente permeable al tráfico, uno tiene la sensación de hallarse en un pueblo más que en la capital de Lituania.

Tranquila calle Traidenio

A las 14:30 llamamos al timbre. Nos abre Vladas. Es un hombre ya mayor, y sin embargo muy alto. Su mirada es tan limpia y bondadosa que desarma. Nos invita a pasar. Se le ve azorado por su poco manejo del inglés, y también porque no sabe cómo agasajarnos. Propone que metamos la autocaravana en el jardín, pero como el espacio es un tanto reducido y obstaculizaríamos la salida del garaje, declinamos la propuesta, y le comunicamos que dormiremos en la calle.

Nos vamos a la auto a comer y echar la siesta. De esta última nos sacan unos golpecitos en la puerta. Es **Sharunas**, el hijo de Vladas y Laima. Tiene unos treinta

años, y a diferencia de su padre habla inglés fluidamente. Nos cuenta que trabaja como máximo responsable en Lituania de una conocida marca de material deportivo. Por lo visto esta tarde tiene cosas que hacer, pero propone que nos veamos esta noche.

Antes de salir a explorar, esperamos a que termine de caer una soberana tormenta. Luego seguimos la calle Traidenio hasta el final, cruzamos el río y ya estamos ante el Parlamento, en cuyos alrededores unos hitos conmemorativos recuerdan las barricadas que se levantaron en 1991 para defenderlo de las tropas soviéticas

.

http://es.youtube.com/watch?v=I2SvhDY23So

http://es.youtube.com/watch?v=YLTmOfTR6Bc

En una especie de gran vitrina acristalada conservan restos de dichas barricadas –nada de adoquines: gruesos bloques de hormigón- junto al póstumo homenaje a las catorce personas que murieron a manos de los asaltantes rusos cuando éstos tomaron la Torre de la Televisión. En países como el nuestro la guerra, y especialmente la ocupación a cargo de una potencia extranjera, son sucesos muy lejanos en el tiempo, pero aquí y ahora son historia bien reciente.

La barricada

La larga vela por la libertad

Recorremos la larguísima Gedimino Prospectas hasta el centro. Hoy la cosa va de política, porque nos encontramos de manos a boca con una multitudinaria manifestación en la que participa gente de todas las edades. No entendemos los lemas de las pancartas hasta que vemos una en inglés que reza: *Russia hands off Georgia*. No sabemos de qué va la movida hasta que esta noche Sharunas nos cuente que hace una semana Moscú lanzó un ataque generalizado contra Georgia a causa del contencioso por Abjasia y Osetia. Y, claro está, debido a su pasado reciente los lituanos son extremadamente proclives a movilizarse contra los manejos del ex-padrastro soviético.

Gruzija es Georgia en lituano

Un poco más allá de este recordatorio de hasta qué punto sigue viva aquí la política país nos encontramos con un enorme edificio que, por parecerse a algo, recuerda al de la Puerta del Sol en Madrid. Fue sede de la Gestapo durante la ocupación nazi, y del KGB después de 1945, prueba más que fehaciente de que Dios los cría y ellos se juntan. La fachada se halla cubierta de nombres y fechas. Corresponden a lituanos ejecutados aquí por los servicios secretos soviéticos, algunos de ellos chavales de apenas 18 o 20 años. Sólo aparecen las *promociones* de 1945 y 1946, supongo que no les quedó espacio para conmemorar los que siguieron. El edificio alberga el Museo del Genocidio el cual, por supuesto, no visitamos.

Llegamos a la Plaza de la Catedral, y desde aquí callejeamos un poco. El casco viejo de Vilnius ofrece una imagen bien cuidada, moderna y respetuosa con su patrimonio (de hecho, va a ser Capital Europea de la Cultura durante 2009). Nos sorprende la cantidad de embajadas que encontramos en cualquier calle. En principio es algo normal, tratándose de la capital del país, pero no es eso lo que nos llama la atención, sino el que los edificios en los que se ubican son como muy de andar por casa, en absoluto pretenciosos. Nunca imaginarías que aquello es una legación diplomática si no fuera por la placa de la puerta.

Atardece en Gedimino Prospektas

Torre de la Catedral

Vilnius. Casco viejo

Vista nocturna del río Neris

Se ha hecho de noche y es hora de volver. De camino paramos a reponer fuerzas en una hamburguesería, para regocijo de Chandra. Luego toca caminar casi 3 kilómetros hasta la auto. Habíamos quedado en dar un toque a nuestros anfitriones cuando llegáramos, pero es un poco tarde y en la casa no se ve luz, decidimos dejarlo. No han pasado diez minutos cuando llaman a la puerta. Es de nuevo Sharunas, que llega ahora. Nos quiere invitar a su casa, pero en vez de esto le invitamos a pasar, y se queda con nosotros una hora. Le pregunto que qué edad tenía cuando los acontecimientos de 1991, y si los recuerda. Responde que sí, que perfectamente (desde su casa se oían los disparos cuando el asalto a la televisión). Nos cuenta además que su hermano mayor, **Andrius** –el que vive en Tallinn- trabajaba precisamente como becario en la tele, que cuando los rusos tomaron la emisora ésta empezó a emitir desde otra parte en modo pirata. Que alguna de las secuencias que emitía las había grabado precisamente Andrius y que Laima, su madre, estaba c*gada por lo que pudiera sucederle.

Nos damos las buenas noches. Anuncia que él se marcha por la mañana, pero que antes nos invita a desayunar en su casa.

Kilómetros etapa: 57
Kilómetros viaje: 4.834

14 de agosto, día 28.

En el jardín trasero de la casa, Vladas y Laima han construido un apartamento, en el que vive Sharunas. Compartimos con éste desayuno y sobremesa. Si bien ayer cuando se presentó quedaba claro que se trataba de un encargo de su madre y que lo hacía exclusivamente por cortesía, hoy en cambio se le nota que está a gusto con nosotros, y que es porque quiere. Con Bego se comunica a las mil maravillas; yo por mi parte, sigo la conversación a cachos, y como mi inglés no llega ni a la suela de los zapatos del de ellos soy más tímido a la hora de intervenir. Por suerte aparece su padre, que chapurrea la lengua de Shakespeare en mi estilo, y por eso con él hablo más a gusto. Viene a invitarnos a dar una vuelta en coche por Vilnius a eso del mediodía. Como a esa hora nos viene fatal porque nos rompería el programa de hoy, quedamos para por la tarde.

En todos los trabajos se descansa

De manera que nos despedimos de ellos y vamos otra vez para el centro por un itinerario ya sabido: Traidenio, río Neris, Parlamento, Gedimino, catedral. Frente a ésta buscamos –y encontramos- la baldosa conmemorativa que marca el lugar en el que finalizaba la *Cadena Báltica*: en agosto de 1989, dos millones de personas enlazaron sus manos para cubrir los seiscientos kilómetros que median entre Tallin, Riga y Vilnius para protestar contra la ocupación soviética. Por lo visto, se han inventado un rito de la buena suerte con la baldosa de marras. Nosotros no lo llevamos a cabo porque opinamos que esas ceremonias apócrifas a medida del turista son una completa estupidez.

Otra vez Plaza de la Catedral

El fundador

Después tratamos de subir a la Colina de Guedimín, desde la que se divisa toda la ciudad, pero una de las entradas está cerrada por obras, y la otra es a través del Museo Nacional, de manera que desistimos. Rodeando la colina descubrimos por casualidad el lugar en el que estacionan las autos: se trata de un parking de pago junto al río Vilnelė. Céntrico, estupendo y rodeado de árboles (N 54° 41' 17.42'' E 25° 17' 37.91'').

Entra usted en la República de Užupis

De aquí nos vamos rumbo a la república libre de **Užupis**, que es el barrio bohemio de la ciudad, hermanado con Montmartre. Lo más llamativo de todo es que tiene su propia constitución, estampada en una pared en varios idiomas y enunciada en 41 artículos. De entre ellos extraigo los siguientes:

3. Todo el mundo tiene derecho a morir, pero no es una obligación.

6. Todo el mundo tiene derecho a amar.

7. Todo el mundo tiene derecho a no ser amado, pero no necesariamente.

12. Un perro tiene derecho a ser un perro.

13. Un gato no está obligado a querer a su dueño, pero debe apoyarle en tiempos de necesidad.

25. Todo el mundo tiene derecho a ser de cualquier nacionalidad.

28. Todo el mundo debería compartir lo que posee.

29. Nadie debe compartir lo que no posee.

32. Todo el mundo es responsable de su libertad.

33. Todo el mundo tiene derecho a llorar.

34. Todo el mundo tiene derecho a no ser comprendido.

Y por último

38. Todo el mundo tiene derecho a no sentir miedo.

39. No conquistéis.

40. No defendáis.

41. No os rindáis.

Constitución

UŽUPIO RESPUBLIKA REPUBLIC OF UŽUPIS

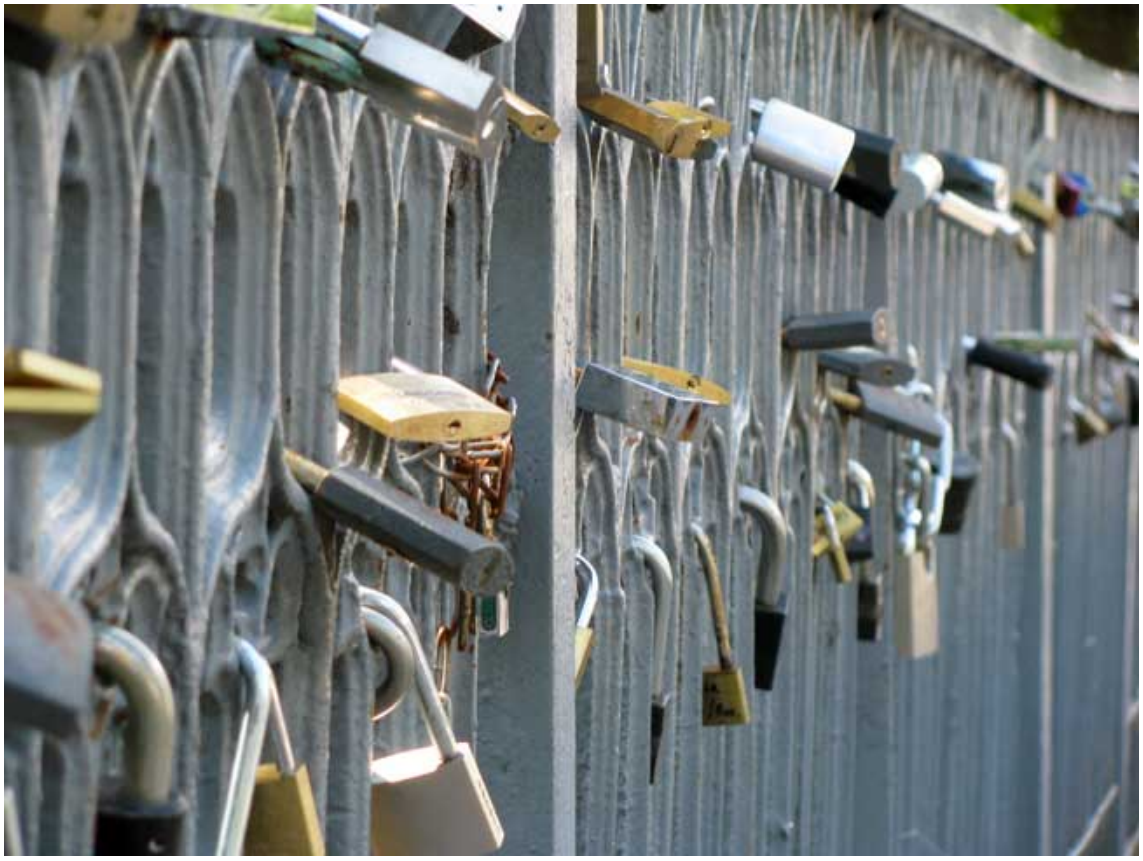
CONSTITUTION

1. Everyone has the right to live by the River Vilnelė,
   and the River Vilnelė has the right to flow by everyone.
2. Everyone has the right to hot water, heating in winter and a tiled roof.
3. Everyone has the right to die, but this is not an obligation.
4. Everyone has the right to make mistakes.
5. Everyone has the right to be unique.
6. Everyone has the right to love.
7. Everyone has the right not to be loved, but not necessarily.
8. Everyone has the right to be undistinguished and unknown.
9. Everyone has the right to idle.
10. Everyone has the right to love and take care of the cat.
11. Everyone has the right to look after the dog until one of them dies.
12. A dog has the right to be a dog.
13. A cat is not obliged to love its owner, but must help in time of nee.
14. Sometimes everyone has the right to be unaware of their duties.
15. Everyone has the right to be in doubt, but this is not an obligation.
16. Everyone has the right to be happy.
17. Everyone has the right to be unhappy.
18. Everyone has the right to be silent.
19. Everyone has the right to have faith.
20. No one has the right to violence.
21. Everyone has the right to appreciate their unimportance.
22. No one has the right to have a design on eternity.
23. Everyone has the right to understand.
24. Everyone has the right to understand nothing.
25. Everyone has the right to be of any nationality.
26. Everyone has the right to celebrate or not celebrate their birthday.
27. Everyone shall remember their name.
28. Everyone may share what they possess.
29. No one can share what they do not possess.
30. Everyone has the right to have brothers, sisters and parents.
31. Everyone may be independent.
32. Everyone is responsible for their freedom.
33. Everyone has the right to cry.
34. Everyone has the right to be misunderstood.
35. No one has the right to make another person guilty.
36. Everyone has the right to be individual.
37. Everyone has the right to have no rights.
38. Everyone has the right to not to be afraid.
39. Do not defeat.
40. Do not fight back.
41. Do not surrender.

III NEPRIKLAUSOMYBĖS METINĖS BALANDIS 2001 1 UŽUPIS

©tanushri podder

Tanto para entrar como para salir del barrio hay que cruzar un puente. En sus barrotes pueden verse numerosos candados; por lo visto es tradición entre las parejas poner uno como prueba de su amor y, tal vez, arrojar las llaves al río (seguro que más de una vez se habrá visto a alguien, de patas en el agua, buscando la llave que nunca debió tirar).



El Puente de los Candados

Tibet libre

También nos encontramos una pancarta que pende de lado a lado de la calle reivindicando libertad para el Tibet. No es la primera que vemos, y muestra hasta qué punto son aquí sensibles respecto a las pequeñas nacionalidades oprimidas que por el mundo son.

Compramos comida en un super del mismo barrio y, a falta de bancos, nos sentamos a comer a los pies de la catedral ortodoxa de Theotokos. Luego, por Bokšto gatvė y Subačiaus gatvė llegamos a la Plaza del Ayuntamiento, donde ya estuvimos ayer, y nos aposentamos en un banco. Aquí nos ocurre un desagradable episodio. Desde donde estamos sentados vemos una calle muy estrecha en la que se divisa un arco. A la entrada hay un cartel que dice *Sea cortés con los peatones,* pero aunque está en lituano algunos no deben de saber leer, porque apenas nos internamos unos metros por el pasadizo para hacer una foto cuando aparece un tiparraco avasallando con su buga. Pertenece a esa clase de gente que espera que tú te pegues a la pared como un sello de correos para que ellos puedan ejercer su derecho vitalicio sobre la calzada, pero los perros no entienden esos matices, entonces Bego tiene unas palabras con el tipo y yo me sumo entusiásticamente a la bulla. El otro, sin bajarse y sin pararse, chamulla lo que

deben de ser insultos. Yo voy subiendo el tono y la intensidad de los míos hasta acabar en el proverbial *h i j o p u t a*. El otro ya ha desaparecido, y todo el mundo que pasa por la calle principal se queda mirando porque aquí, como buena ciudad nórdica, no es frecuente escuchar gritos. Carlos V decía que el castellano era la mejor lengua para hablar con Dios, pero eso es una mentira bien gorda: para ultrajar y decir tacos y blasfemias, para echar fuera toda la rabia que a veces le brota a uno de dentro no hay en todo el planeta lengua tan contundente como nuestro querido castellano.

El arco del follón

Continuamos paseo hasta las *Puertas del Amanecer*, que son las únicas que quedan en pie de la antigua muralla. Escarmentados por el automovilístico incidente, cruzamos las calles ojo avizor, porque –aún no lo he dicho- aquí, al igual que en Polonia, apenas una cuarta parte de los conductores respeta los pasos de cebra, justo como era España hace veinte o treinta años: habrá quien recuerde cómo hubo una época en nuestro país en que los pasos peatonales eran meramente simbólicos y decorativos y, si mientras cruzabas aparecía un coche, se esperaba que corrieras. La primera vez que viajé a Francia tenía dieciséis años. Antes de ir, alguien me comentó que allí los

automóviles se paraban en los pasos de cebra, y todavía recuerdo que me pareció absolutamente increíble. Pude comprobar que, en efecto, era así, y poco a poco los conductores españoles fueron adquiriendo la suficiente madurez colectiva para actuar igual. Esos grados de civismo, que no se consiguen a golpe de leyes, son a mi juicio más representativos del índice de desarrollo de un país que los tan traídos y llevados índices macroeconómicos.

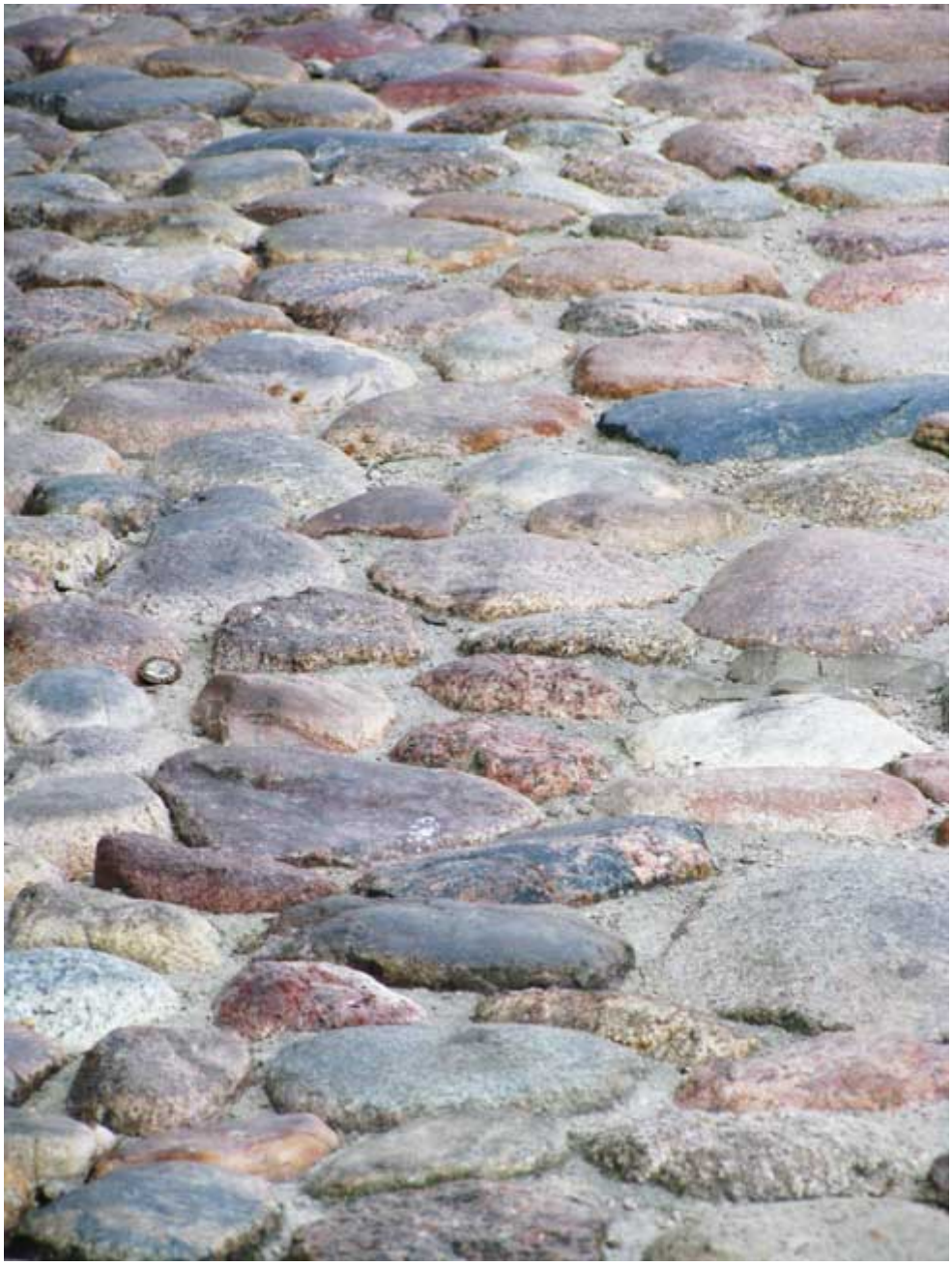
En cambio aquí sí tienen lo que se echa tanto de menos en España: lavabos públicos (señalizados en la calle y en los mapas turísticos). Entramos en uno subterráneo, casi idéntico, por homologación socialista, al que probamos en Cracovia pero con una ligera diferencia: aquél era nuevo, recién remodelado; éste…éste es todo un poema. La señora que lo cuida da todo el aire de *madame* muy envejecida o actriz de cine mudo venida a menos. El water está digámoslo así limpio, si se puede calificar de este modo a un sitio en el que ha habido que raspar capas de roña hasta llegar al azulejo original. Impresiona no la suciedad del presente, sino la mierda protohistórica incrustada allí, de la que subsisten restos imposibles de eliminar: habría que picar suelo y paredes y renovar al completo los sanitarios para que aquello volviera a lucir.

En el ghetto, estatua en memoria de un médico bondadoso y justo

Tras la experiencia religiosa del water nos vamos para el ghetto judío. De camino pasamos junto al edificio del mercado, con mucha animación a esa hora. Me llama la atención la cantidad de gente de aspecto pobre que vende menudencias a la puerta, signo inequívoco de que no a todo el mundo en Lituania le va tan bien como quisiera.

El guetto de Vilnius en realidad está constituido por dos: el Ghetto Pequeño y el Ghetto Grande. El primero duró sólo 46 días, ya que sus once mil habitantes fueron llevados al bosque de Paneriai y masacrados. Idéntica suerte corrieron los del segundo ghuetto en los años siguientes. Entramos aquí en otro negro episodio de la historia

reciente y en el lado oscuro de los lituanos, ya que fueron civiles voluntarios quienes ayudaron a las SS a liquidar a las cerca de cien mil personas que murieron y fueron enterradas en dicho bosque, que está a 10 kilómetros del centro de la ciudad. Setenta mil eran judíos; el resto, polacos, prisioneros de guerra, intelectuales o miembros de la Resistencia. Una sima de horror a la que difícilmente sabemos asomarnos. Por eso no entramos en el Museo del Holocausto, que está por aquí. También, curiosamente –no sabemos si por lavar la mala conciencia- en el barrio se encuentra la embajada de Austria, en un edificio que antes de 1941 fue centro de oración judío.



Cuántos horrores habrán contemplado estas piedras

Se acerca la hora a la que hemos quedado con Vladas, e iniciamos el largo regreso hasta Traidenio. Llegamos tarde, pero él nos está esperando con buen semblante. Chandra se queda en la auto y nosotros nos vamos de visita panorámica. Después de los apuros de ayer con la auto, supone todo un placer moverse por Vilnius con chófer propio que conoce el terreno.

El paseo termina a las afueras de la ciudad en Belmontas, un antiguo molino reconvertido en restaurante y lugar esparcimiento y copeteo, al parecer bastante de moda. Hay gente de bodorrio con su limusina reglamentaria (ya he perdido la cuenta de las que hemos visto desde que entramos en Polonia, es evidente y al parecer inevitable la tendencia a copiar los rasgos más superficiales y cutres de su no tan recién estrenado capitalismo). Aunque no estaba previsto, Vladas nos invita a cenar algo. Durante esta comida compartida nos enteramos de algo más de su vida: lleva jubilado dos años. Primero trabajó de ingeniero pero, asqueado por la corrupción que le rodeaba, se metió en la enseñanza, y durante muchos años fue director de un instituto y profesor de ruso. Le pregunto por los libros en este idioma que he visto en el escaparate de una librería, y me explica que el nueve por ciento de la población de Lituania es rusa. No me dice, pero después lo buscaré en Wikipedia, que de los 574.000 habitantes de la capital sólo son lituanos el 53 por ciento; el resto son polacos (20 por ciento), rusos (19 por ciento), bielorrusos (5 por ciento) y otras nacionalidades (3 por ciento). El envío de rusos a las distintas repúblicas de la URSS fue una forma de descafeinar los nacionalismos, homogeneizar el Imperio y asegurar problemas para el futuro (la actual guerra por Osetia y Abjasia, regiones georgianas pero habitadas mayoritariamente por rusos, es sólo uno de ellos.)

Tallas de madera en Belmontas

La conversación deriva hacia temas religiosos. Lituania, como Polonia, es país mayoritariamente católico. Nos cuenta que su familia fue siempre muy creyente, pero que él tuvo que dejar de ir a la iglesia cuando empezó a trabajar en la enseñanza. Que durante el régimen comunista fiestas como la Navidad y la Semana Santa estaban prohibidas, pero quien más quien menos –incluidos los adeptos al régimen- las celebraban en la intimidad. Por descontado que vivió con alivio el fin de la ocupación rusa, pero compruebo desolado que la sola mención del nombre de Stalin le produce convulsiones interiores.

Belmontas, el molino restaurado

Volvemos a casa ya oscureciendo. Yo estaba preocupado respecto a esta circunstancia, ya que vamos a cargar agua en casa de Vladas, y la entrada al jardín es realmente justa. Había pensado en entrar marcha atrás, pero Bego me convence que mejor hacia delante debido a las ramas del árbol de la esquina. Total, que empiezo a girar… Y oigo un roce. He tocado con el lateral derecho en la puerta de entrada. Menos mal que uno va cogiendo hábito en estos menesteres y, en lugar de intentar salir a la brava, no muevo ni un milímetro el volante y la dejo caer. Vuelvo a intentarlo, pero esta vez me atravieso en la calle para entrar totalmente recto.

Una vez dentro, nuestro anfitrión quiere que durmamos allí y la saquemos por la mañana, pero con el disgusto del roce y sabiendo que queda por rematar la faena le respondo que no dormiría tranquilo, de manera que tras repostar agua volvemos de nuevo a la calle y estacionamos en su puerta.

15 de agosto, día 29.

Nos había parecido entender a Vladas que tenía asuntos que atender. O tal vez él creyó que pensábamos marcharnos muy temprano. El caso es que desde primera hora

está por allí, pendiente de nosotros. No sé si tendrá prisa, pero lo primero es lo primero: ir con Chandra a que dé su paseo matutino (por cierto que estamos a punto de provocar un incidente diplomático, ya que no encuentra mejor sitio para cagar que la mismísima puerta de la embajada de Kazajistán). Muy cerquita, en la orilla del río, descubrimos una pequeña playa que hace sus delicias, pues le encanta correr por la arena.

Cuando por fin estamos preparados para marcharnos, insiste Vladas en guiarnos con su coche hasta la carretera de Riga. Nos negamos a que se moleste, pero al final nos dejamos convencer. Le seguimos fuera del meollo de Žvėrynas y nos deja cuando ya estamos ya bien enfilados. Me despido conmovido de este hombre limpio y bondadoso, pienso que ha sido una suerte haber podido conocerle y siento pena porque quizá nunca nos volvamos a ver.

Repostamos gasoil y después nos vamos por la A 2 hacia el Norte. Los primeros 120 kilómetros son de autopista en muy buen estado y sin apenas tráfico. Los recorremos como en un sueño. A la altura de **Panevėžys** la cosa se complica porque volvemos a los dos carriles en el preciso momento en que nuestra carretera se une con la *Vía Báltica,* que viene del Sur trayendo todos los camiones que suben desde Polonia. Cuando queremos darnos cuenta estamos cambiando de país y entrando en la siguiente república báltica, que es

LETONIA

- La superficie del país es de **64.589 km2**
- Su población, **2,4 millones** de habitantes.
- La moneda oficial es el Lats (1 € = 0,70 lats). Carísima si la comparamos con el zloty y la lita, y no digamos nada con la corona estonia.
- El precio del gasoil en agosto de 2008 era de **0,80 lats** (1,14 €).
- Su puesto mundial en el ránking de la renta per capita, corregido a la Paridad de Poder Adquisitivo (PPA) es el **número 48.**
- Luz de cruce en los vehículos: encendida las **24 horas.**
- Hora oficial: **una más** que en España.

Entra usted en Letonia

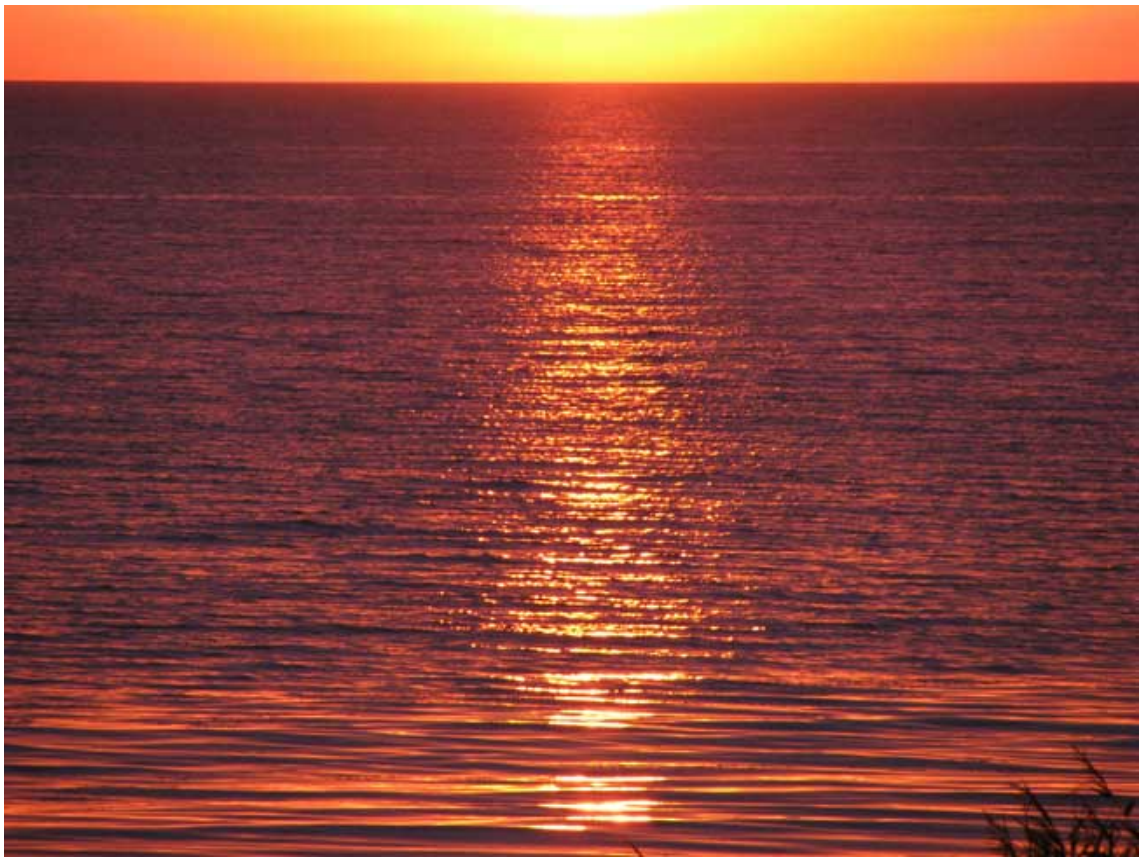
Nada más entrar en Letonia nos damos de narices con una de las señas de identidad del país, que son las penosas carreteras, similares en todo a las de Polonia. Pero si malas son las carreteras, infinitamente peor es la forma de conducir de los letones, algo así como maricón el último: adelantan con coches viniendo de frente, con coches adelantando de frente, te rebasan para detenerse cien metros más allá… Al parecer, la esperanza de vida de los varones por estos lares es nueve años inferior a la media de la UE, y las causas son la violencia, los suicidios y los accidentes de tráfico –en esto último doy fe respecto a la veracidad de la estadística-. Asistimos al do de pecho

de todo este guirigay en la variante de **Riga**: no sólo poquer las múltiples obras nos hacen emplear más de una hora en circunvalarla, sino porque el caos automovilístico va en aumento. Es tal el descontrol y el desprecio absoluto del riesgo que esperamos un accidente en cualquier momento. Ni en Marruecos he visto conducir así. La guinda a este fregao la pone un trailer que comienza a sobrepasarnos a escasísimo medio metro de nosotros. No venía nadie de frente en ese momento, y no actuó igual con la destartalada camioneta que nos precedía, de manera que resultó evidente el afán intimidatorio del colega. No sabemos si por autocaravanistas, si por extranjeros o si por ambas cosas. Tampoco es que tuviera excesiva prisa, pues se colocó doscientos metros más adelante y se quedó allí hasta desviarse por la A 2 en dirección a Sigulda, llevándose de nuestra parte todo género de cariñosos apelativos, dirigidos tanto a él como a su querida esposa, que seguro que en esos momentos se estaba follando a los camioneros más puercos de toda Letonia.

Tras dejar atrás la acongojante Riga (con rodearla hemos tenido bastante, ya entraremos a la vuelta) nos acercamos a la costa buscando un sitio en el que descansar y comer. No lo encontramos en el pueblo de **Saulkrasti**, donde los aparcamientos parecen pesados y medidos, y estacionamos en el arcén, a las afueras. Tras reposar bajamos a la playa. Es nuestro reencuentro con el Báltico, que no vemos desde hace cuatro veranos, cuando fuimos a Cabo Norte. Pero aquí nos decepciona un poco: no por las aguas, tranquilas como un lago al hallarse encajonadas en el Golfo de Riga, sino por las algas de aspecto sospechoso de jalonan la línea de costa y que nos hacen dudar seriamente de si los 760.000 habitantes de la capital cuentan con sistema de depuración o no. Un crío se baña bajo la supervisión de su padre. Hay que tener valor.

Mar Báltico entre los pinos

Atardecer en el Golfo de Riga



Doradas aguas

Pensábamos reanudar camino, pero durante el paseo por la playa hemos descubierto un aparcamiento asfaltado (N 57º 17’ 37’’ E 24º 24’ 31’’): una señal y una barrera indican que es de pago, pero no se ve a nadie cobrando, y la sensación es de que hace mucho que no lo hacen. Además, en el lugar estacionan sus coches numerosos pescadores, de manera que salimos a la carretera para localizar la entrada y volvemos a por la auto para quedarnos a dormir. A nuestro lado aparca una familia letona con una furgoneta Volkswagen. Llegan, se bajan, pasean, regresan, vuelven a pasear, se marchan con el vehículo y retornan al cabo de un rato para ponerse esta vez cerquita nuestro. Pese a que buscan el arrimo y nos cruzamos varias veces en el aparcamiento, ni ahora ni por la mañana hacen ademán de saludar. Verdaderamente son fríos estos letones.

Kilómetros etapa: 337

Kilómetros viaje: 5.171

16 de agosto, día 30.

Existe una película, creo recordar que de los hermanos Marx, en la que los protagonistas cruzan Europa en tren. Entra en el departamento un aduanero que les pide los pasaportes para estamparles el sello de entrada. Sale y al momento vuelve a entrar para ponerles el sello de salida. Los protagonistas se sorprenden de lo rápido que han cruzado el país. El aduanero responde: "Y hemos tardado más porque había inundaciones".

Esa sensación es la misma que me asalta al salir de Letonia. Lo hacemos como entramos, prácticamente de puntillas, sin cambiar dinero ni tampoco gastarlo (en una gasolinera de **Salacgriva** aparcamos junto al surtidor, en un gesto bien evidente. Se baja Bego a preguntar si tienen agua. *No water for motorhomes*, es la lacónica respuesta. Pues si no hay agua tampoco gasoil. Nos vamos.)

Seguimos costa arriba, y enseguida cruzamos la frontera. Entramos en **Eesti Vabariik,** esto es, la República de Estonia, la última de las bálticas. Unos datos de interés serían:

ESTONIA

- La superficie del país es de **45.226 km^2**.
- Su población, **1,3 millones** de habitantes.
- La moneda oficial es la Corona estonia (1 € =15,5 EEK)
- El precio del gasoil en agosto de 2008 era de **19,3 EEK** (1,24 €)
- Su puesto mundial en el ránking de la renta per capita, corregido a la Paridad de Poder Adquisitivo (PPA) es el **número 41.**
- Luz de cruce en los vehículos: encendida las **24 horas.**
- Hora oficial: **una más** que en España.

En resumen, la más pequeña de las tres, la menos poblada y también la más rica. Enseguida percibimos un brusco cambio, debido al fuerte vínculo que mantiene este país con Finlandia. No sólo por el aspecto organizativo, sino también en el lingüístico: mientras que el letón y el lituano son supervivientes de la familia báltica, el estonio se halla emparentado con el finés y, más lejanamente, con el húngaro (estos tres últimas lenguas, junto con el vasco, son las únicas habladas en Europa que no provienen del indoeuropeo.) Dicen los entendidos que el finés y el estonio no son mutuamente

inteligibles, pero aquí hallamos algunas de las palabras aprendidas en Finlandia, como *järv* (lago) o *jogi* (río).

También nos parece muy finlandesa la ciudad de **Pärnu** cuando nos detenemos en ella para abastecernos de comida: todo muy limpio y ordenado (también más caro), y los automovilistas considerablemente más respetuosos de las normas que en los países que dejamos atrás.

Primer contacto con la moneda estonia: no deja de ser curioso que el país donde es mayor el coste de la vida sea precisamente el que posee la divisa de menor valor. Como nota curiosa apenas existen monedas, y los billetes que tuvimos en las manos iban de las 500 coronas (30 euros) a las 2 coronas (0,12 euros). Pensamos que quizá esto tenga que ver con la fallida entrada de Estonia en el euro, ya que si pensaban -o piensan- que la corona tiene los días contados, resulta más barato acuñar billetes que moneda sonante.

Un billete de 20 pesetas

También aprovecho la escala alimenticia para acercarme a una especie de Leroy Merlin en busca de una punta de estrella para destornillador. Resulta que anteanoche, cuando cargábamos agua en casa de Vladas, me di cuenta de que se había fundido la luz de cruce izquierda (en estos países, con vehículos iluminados las 24 horas, el consumo de lámparas debe de ser apabullante). En las Fiat Ducato el acto de cambiar una simple bombilla supone una auténtica labor de ingeniería: hay que desmontar una pieza del frontal sujeta con cuatro tornillos, y a continuación desatornillar el faro, que además va fijado con un perno. Pues bien, cuando a la mañana siguiente me puse manos a la obra descubrí que no encontraba la punta de estrella adecuada –una T-30-. La había tenido,

sin duda, pues hace dos veranos en Italia me tocó cambiar la homóloga derecha, pero debe de haberse perdido o ido a casa. El caso es que compro un juego de 31 piezas, no sea que me vaya a equivocar, y en el mismo aparcamiento realizo el cambio.

A mediodía nos faltan 50 kilómetros para llegar a **Tallinn**. Comemos en el aparcadero de una gasolinera automática en la que no se ve un alma (hay un grifo, pero tampoco tiene agua), y luego seguimos camino. Se ha puesto a llover. Escarmentados por la experiencia de Vilnius, hemos comprado un mapa enorme de la ciudad. Como las calles aquí sí que están indicadas, cruzamos raudos el casco urbano y damos con *Mere Puiestee* a la primera. En esta calle se encuentra el aparcamiento recomendado por una página autocaravanista italiana (y por Sharunas), pero por desconocimiento nos metemos en el primero que vemos, vigilado, en el que cobran 6 EEK cada quince minutos. Echando cuentas, 24 horas aquí nos saldría por 30 euros. Muchas gracias, pero va a ser que no.

Dejamos la auto el tiempo justo para encontrar a pie el aparcamiento (N 59° 26' 35'' E 24° 45' 15''), que no es otra cosa que un descampado a la entrada del puerto, y que cuesta 50 EEK (3 euros) el día entero. Ha dejado de llover, pero una persistente neblina opaca la última luz del día.

Tejados de Tallinn

Hay aquí numerosas autocaravanas, unas esperando el ferry para Helsinki, y otras visitando la ciudad. Estamos preguntando a unos alemanes por la mejor forma de entrar cuando veo una auto italiana que llega en ese momento. Miro al conductor y lo reconozco: es el mismo que tuvo el incidente en Trakai con el cobrador-extorsionador del parquímetro. Ellos sonríen, también nos reconocen. *Il mondo è piccolo*, le digo a modo de salutación, y le explico que aquí no va a necesitar *il sacco di monete,* ya que afortunadamente la máquina acepta billetes. Nuestro reencontrado italiano nos pregunta si vamos a visitar la ciudad, y nos mira con un poco de envidia cuando le respondemos que sí, que hemos quedado con unos *amici*. Es un decir: esta mañana Bego ha intentado enviarle mensajes a Laima, pero por algún motivo nuestros móviles no funcionan en Estonia (como al parecer pagan los parquímetros a través de SMS, sus *paratos* tendrán algún tipo de tarjeta especial). Por fortuna traemos las señas y localizar la calle Viru, en pleno centro, resulta sencillo, aunque cuando llamamos al timbre del apartamento no contesta nadie. Un poco hartos de tanta dificultad, nos vamos a la Plaza del Ayuntamiento (*Raekoja-Plats*), que está a dos pasos, compramos una tarjeta telefónica y por fin conseguimos hablar con Andrius y después con Laima, su madre. Quedamos con ella en el mismo lugar en donde estamos, y aparece al poco rato.

Raekoja-Plats

Sabiendo que las parejas están formadas frecuentemente por individuos de lo más dispar, no debería sorprenderme lo diferente que es Laima de la imagen que me había formado de ella, pero lo cierto es que sí, que me asombro. Conociendo a Vladas, la verdad es que no me imaginaba que su mujer fuera esa señora vestida de blanco, de aire tan elegante, que aparece por el otro extremo de la plaza. Nos saludamos. Como ninguno de nosotros sabe qué hacer, tras algún titubeo elegimos sentarnos en la terraza de una cervecería, en mitad de la calle. Desde aquí vemos anochecer y pasar la gente. Hoy es sábado, y hay mucho ambiente en Tallinn.

Tallinn *la nuit*

Laima tiene 67 años, y se nota que fue muy bella de joven (le hago este comentario más tarde, cuando ya en su casa nos enseña una foto de ella con Vladas y sus hijos de pequeños; en lugar de aceptarlo como un elogio me replica que *aún* es guapa). Trabaja como profesora de inglés, y aún ejerce la docencia. Dice que en parte lo hace a causa de los bajísimos salarios que cobran los trabajadores públicos en el país; yo por mi parte pienso que seguro que sus alumnos no son como los españoles, porque entonces se habría jubilado años ha. También nos dice que ella considera que empezó a

vivir a los cincuenta años, esto es, cuando Lituania alcanzó la independencia (la cosa no deja de tener su chiste: ser profesora de inglés y, a causa de la Guerra Fría, tener prohibido viajar a cualquiera de los países en los que, precisamente, se habla ese idioma.)

Pero sus pesares con la ocupación soviética van más allá de los profesionales: al parecer su padre tenía tierras y, como se negaba a la colectivización impuesta por Stalin, fue deportado a Siberia con ochenta años. Sobrevivió cinco en los campos de trabajo, algo sin duda admirable, y jamás regresó a casa ni volvió a ver a su familia.

Puerto de Tallinn por la noche

Después de las cervezas subimos un rato al apartamento de Andrius, y luego nos acompaña a la autocaravana. Está con nosotros un rato más y luego se marcha. Yo se lo agradezco, porque estoy derrengado y me caigo de sueño. Para nuestra desgracia, una discoteca próxima deja oír su *chunda-chunda* hasta altas horas. Por lo visto, Tallinn está de moda, y desde Helsinki y desde Estocolmo llegan barcos cargados de gente con ganas de marcha y de pasarse de juerga el fin de semana.

Kilómetros etapa: 258

Kilómetros viaje: 5.429

17 de agosto, día 31.

El puerto de Tallinn es inicio y fin de algo. Fin para los que hemos llegado a mitad del viaje, y ahora nos toca bajar. Inicio para quienes crucen los ochenta kilómetros de mar hasta Helsinki, que continuará siendo para nosotros una desconocida, y eso que recorrimos el Norte del país cuando fuimos a Cabo Norte. También a nosotros nos hubiera gustado coger el ferry y recorrer lo que nos falta de Finlandia, pero no tenemos más días. Bien es cierto que este viaje se podría haber pospuesto para el verano que viene, pero un año es mucho tiempo, en un año se puede haber acabado el mundo, y ésta era la ocasión perfecta para venir a Tallinn, nos lo decía el corazón.

Niebla en el puerto

Bego ha quedado con Laima esta mañana, pero yo no me encuentro bien: las horas de sueño no me han liberado de la fatiga, así que decido quedarme con Chandra en la auto. Ella no puede estar más de acuerdo ya que ayer, con el mogollón que había, lo pasó muy mal la pobre; en el fondo ella es como nosotros: detesta las multitudes, y lo

que le gusta es la naturaleza, la soledad, la tranquilidad. No en vano *Chandra* es el término sánscrito para designar a la Luna, ella sola en el firmamento.

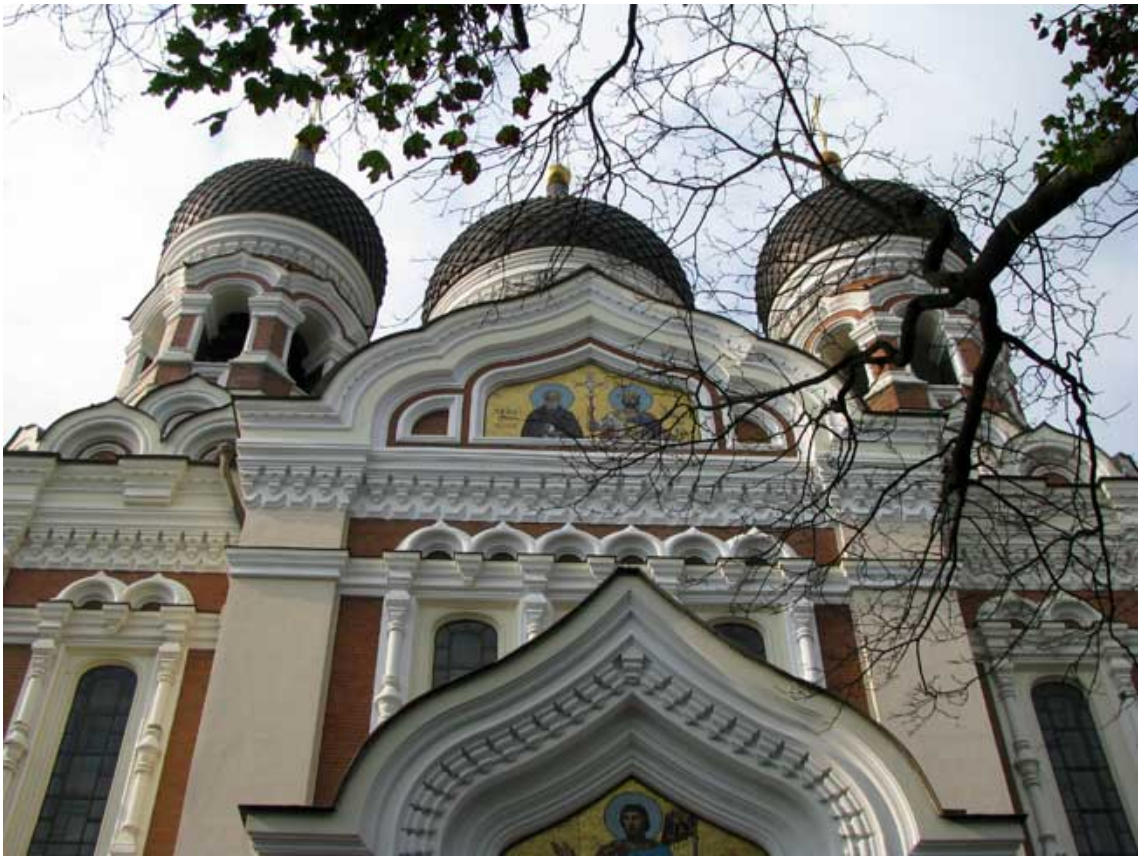
De manera que paso la mañana descansando, leyendo, escribiendo y preguntándome preocupado si cederá el bajón físico o si, por el contrario, me tendré que arrastrar hasta casa como un gusano.

Casco viejo

Puerta de la Costa

A mediodía vuelve Bego. Ya se ha despedido de Laima y cancelado el paseo en coche por Tallinn (parece que aquí es la costumbre) que nos había prometido Andrius. Comemos algo ligero y nos vamos para la parte vieja. Yo estoy algo más recuperado, pero procuro dosificar mis fuerzas. Hubiera sido una pena perderse la ciudad, ya que es realmente bonita. Mucho más pequeña que Vilnius, pero por lo mismo más coqueta. Bego la ha estado recorriendo con Laima, y ahora es ella quien me guía hasta la catedral ortodoxa de Alexander Nevski, las murallas con sus torres –igualitas a las del juego de estrategia *La Edad de los Imperios*- y la iglesia de San Olaf, en cuya torre –un auténtico

rascacielos- se ve que gastaron todo el presupuesto, pues apenas si les quedó para hacer a su lado una iglesuela minúscula.



Catedral de Alexander Nevski

Lo máximo que se despacha en cruces

Torre de la iglesia de San Olaf

Ámbar, el oro del Báltico

Muralla de Tallinn (¡y prohibición de estacionar!)

Muralla y torre de San Olaf

Tallinn viejo y nuevo

Art-déco en la calle Pikk

El paseo cobra factura, y me siento derrengado. En la calle Pikk nos sentamos en el alféizar de una ventana baja, y de inmediato se nos acerca un tipo mal encarado, con camiseta negra y ajustada, para decirnos por señas que nos quitemos, que podemos romper el cristal. Le hubiéramos obedecido de buen grado, pero son tal la chulería y los malos modos con que nos obsequia que estamos a punto de tener algo más que palabras. Como el vigilante del aparcamiento de Trakai, como otros que encontraremos más adelante en Polonia, este tipo de gente parece ser vestigios del anterior régimen, parásitos sin oficio ni beneficio, chivatos o tal vez policías en paro, habituados a un

poder omnímodo que se derramaba hacia abajo por la pirámide social, en la que cualquiera que arañase una brizna del mismo se creía con derecho a pisotear al prójimo. Como aquellos funcionarios que te encontrabas en las ventanillas los primeros años del post-franquismo y que parecían hacerte un favor atendiéndote (mal). El individuo se aleja unos metros, pero no nos quita ojo. Se agarra con ambas manos del cinturón y tira para arriba, en una actitud que pretende ser intimidatoria. No tiene ni idea de lo patético que resulta.

El infame se bate en retirada

Volvemos a la plaza del Ayuntamiento para ver si podemos ver su famosa farmacia, que lleva abierta desde 1422, pero hoy, que es domingo, la encontramos cerrada. Me hubiera gustado una visita más pormenorizada y empaparme con tranquilidad de las esencias del sitio, pero las fuerzas no dan para más. Regresamos al puerto y a la auto, dando un rodeo para no pasar por la calle Pikk, no sea que el monstruo aún ronde por allí.

Habíamos pensado salir esta tarde de Tallinn para no asistir como espectadores involuntarios de otra macrofiesta, pero Laima le ha dicho a Bego que, al ser hoy domingo, probablemente los juerguistas ultramarinos se hayan marchado a su casa, y efectivamente así es.

18 de agosto, día 32.

Estamos casi sin agua. A primera hora he tenido que abrir la llave del depósito de reserva para poder ducharnos y fregar los cacharros. Frente al aparcamiento hay una gasolinera de la cadena Statoil. La he estado espiando, y he descubierto que cuenta con un armarito donde están las tomas del aire y del agua. Bego opina que con tantas autocaravanas por los alrededores estarán hartos de que les pidan agua, pero yo decido intentarlo. Echo gasoil, y nada más pagar suelto la frase mágica acuñada en Escandinavia y perfeccionada el verano pasado en el Reino Unido: *Canaiget-samuota-for-de-motorjom-plis?* (Can I get some water for the motorhome, please?) La cajera, hasta ese momento sonriente, me mira con aprensión y por toda respuesta lanza un sonoro *¡Cristinaaaaa!* Llega Cristina, que es la que sabe inglés, tan azorada que reduzco esta vez mi petición al inglés comanche: *water, camping car*. Se miran entre ellas como si estuvieran ante un examen muy difícil y al final me indican el armario de fuera. Les doy mis más efusivas gracias, y allí que nos vamos para llenar. Creo que en mi vida he valorado tanto el agua como en este viaje.

Nos despedimos de esta hermosa ciudad y salimos hacia Este por la carretera general 1, en busca del **Parque Nacional de Lahemaa**. Si la llegada a la capital estonia fue impecable, no lo es así la salida: la mala colocación de las señales o directamente la ausencia de éstas nos hacen dar alguna que otra vuelta hasta que recuperamos la ruta correcta. No llevamos GPS electrónico, pero a estas alturas llevamos uno implantado en el coco que funciona a las mil maravillas.

La carretera es autopista, pero un tanto peculiar: cuando llevamos recorridos 50 kilómetros, en el curce de **Loksa**, nos desviamos a la izquierda. Y lo de desviarse es

literal: se cruza a pelo, arrimándose a la mediana, haciendo stop y yendo después un trecho en sentido contrario, para lo que es preciso efectuar un giro de 180 grados. Menos mal que no hay mucho tráfico.

Viru raba

Venimos buscando una piedra errante llamada **Majakivi**, pero lo que nos encontramos enseguida es un aparcamiento muy concurrido junto a un cartel en el que se lee **Viru raba.** No sabemos lo que es, pero bajamos de la auto y nos asomamos a verlo: se trata de una especie de turbera pantanosa, y es posible realizar un sendero circular de 2,5 kilómetros sobre tablas. El lugar es muy bonito, recuerda a los bosques

de Finlandia, pero algunos tramos de la ruta se hallan semisumergidos, las botas se han quedado en la auto, y yo aún no me he recuperado del todo del soponcio de ayer, así que desistimos y regresamos.

A la entrada de Loksa rodeamos su enorme cementerio de tumbas en la tierra y giramos hacia la izquierda, dirección **Virve**. Pronto la estrecha carretera se acaba y se convierte en pista de tierra. Por aquí cerca está la isla de Hara, que fue en su día base de submarinos soviética. Era tan secreta esta isla que ni siquiera aparecía en los mapas. De vuelta a casa comprobaré que pasamos sólo a un kilómetro de ella, pero el bosque se espesa tanto que no nos deja ver la línea de costa.

Sabemos que nos hemos pasado la piedra errante cuando vemos que la pista nos encamina irremisiblemente hacia la **península de Juminda**. Pero no nos importa: así al menos podremos echar un vistazo al mar.

Caminos

Atravesamos Juminda pueblo por una estrecha pista asfaltada que de nuevo se transforma en camino, aun más estrecho. Como no las tengo todas conmigo, aparco en cuanto veo un sitio para dar la vuelta y recorremos el resto del camino a pie. El lugar está deshabitado, deben de venir pocos turistas por aquí. Lo primero que nos encontramos es una base de misiles antiaéreos soviética ¡pero de pega! Quiero decir con

esto que no eran de verdad, sino para confundir al enemigo; de hecho, todavía quedan por el lugar algunas reproducciones de los susodichos misiles.

El misilón

Llegamos a la orilla, que de tan calmada parece un lago. En este lugar salvaje e idílico, a menos de 50 kilómetros de Tallinn, se levanta un monumento en memoria del desastre acaecido aquí el 28 de agosto de 1941. Resulta que, para evacuar Tallinn, los soviéticos organizaron una flota de 160 barcos. En ellos viajaban miembros del Partido Comunista estonio y sus familias, marineros, soldados y ciudadanos estonios condenados a campos de trabajo. El convoy se dirigía a Leningrado, acosado por la marina de guerra y la aviación alemanas, y a la altura de Juminda topó con varios

campos de minas. se hundieron 65 barcos, y murieron 16.000 de los 28.000 evacuados. Como testimonio de ello varias minas –éstas sí de verdad- rodean el monumento.

Las minas de Juminda

Volvemos a la auto para comer. Chispea un poco, pero eso aquí parece ser lo habitual. Después damos la vuelta y desandamos camino hasta el aparcamiento donde se deja el coche para ir a ver la piedra Majakivi, término que en estonio significa *roca casa*. Se trata de un canto rodado de siete metros de altura y 930 metros cúbicos de volumen que llegó aquí desde algún glaciar de Finlandia arrastrado por la última glaciación, hace once mil años. O sea, que cruzó el Báltico a lomos del hielo. La piedra en sí, aparte de su historia y su tamaño, no parece especialmente interesante. Sí lo es, en cambio, por su belleza el recorrido de 3,5 kilómetros ida y vuelta a través del bosque. Por fortuna la ruta se halla escrupulosamente señalizada, pues perderse aquí debe de ser de lo más fácil (y peligroso). Atravesamos algunas zonas inundadas mediante pasarelas de madera, como las que hemos visto esta mañana. Faltan sólo unos cientos de metros para llegar a la auto cuando estamos a punto de extraviarnos en el laberinto verde pero Chandra, con sus superpoderes caninos, nos pone rápidamente sobre el camino correcto.

Desde lo alto del *Majakivi*

En este punto, por primera vez durante el viaje, la realidad se divorcia de nuestros anhelos. Nos hubiera gustado ir hasta Narva, la frontera rusa, para ir luego a dormir al monasterio ortodoxo de Kuremäe y tocar el lago Peipus en su inicio, la pequeña localidad de Vasknarva. Habría hablado de la cara de espanto que puso Laima cuando le comunicamos nuestros propósitos, de la devastación que sufre Narva a causa de las industrias derivadas del procesamiento de uranio y de que casi toda su población, rusoparlante, ni siquiera ha obtenido la nacionalidad estonia, con lo que ello supone de falta de oportunidades y discriminación (los rusos, que son el 26 por ciento de los habitantes del país, constituyen sin embargo el 58 por ciento de la población carcelaria).

Ruta de Narva

Pero el tiempo, ese bien tan precioso, comienza a escasear. Por eso nuestra idea es seguir por la autopista hasta **Rakvere** y allí coger la carretera 88 para salir al lago a la altura de Rannapungerja, pero la defectuosa señalización nos lleva a la carretera 21, que es la que va a **Mustvee**, que empieza siendo estupenda y se va degradando poco a poco. Sorprende el que casi no nos crucemos con vehículos, y confirma la impresión que hemos experimentado en las tres repúblicas bálticas: con lo pequeñas que son, el campo da la sensación de hallarse vacío, sin apenas localidades de tamaño medio. Vamos todo lo deprisa que podemos porque comienza a faltar la luz, porque está lloviznando y sobre todo por nuestro recién adquirido terror a viajar a oscuras y buscar, subsiguientemente, el sitio de pernocta.

Los últimos kilómetros se hacen interminables. Menos mal que la sucesión de nombres de los pueblos próximos a la carretera nos anima y hace reír: **Allküla, Mariküla, Metsaküla, Ristiküla, Rajaküla** y, ya para rematar, **Kulina**.

Por fin llegamos a Mustvee. Cruzamos el pueblo buscando la orilla del lago, y al pasar frente a la parada de autobuses y el super –que son el mismo edificio- divisamos una auto. Estacionamos enfrente (N 58° 50’ 51’’ E 26° 56’ 40’’), y al bajar descubrimos que son nuestros amigos italianos. Los de Trakai, los de Tallinn. La

coincidencia, aun siendo asombrosa, es explicable porque Mustvee aparece como lugar de pernocta en la página italiana que yo manejo (y deduzco que ellos también). Nos acercamos a saludarles. Ellos se muestran también muy contentos y nos invitan a subir. *Il mondo è piccolino*, le digo a Francesco, que así se llama el cabeza de familia. Viaja con su mujer, con su cría de once meses y con su suegro. Son de Calabria, y están haciendo un recorrido similar al nuestro. Nos ofrecen un refresco con sabor a café, típico de su tierra, y tratamos de desempolvar nuestro rudimentario italiano. Les digo que sorprende ver a unos italianos viajando solos, con lo amigos que son de ir en tribu (como los españoles). Responde Francesco que a ellos les gusta la soledad, la tranquilidad y el subir al Norte en verano para huir del calor. Al oírle tengo la sensación de que somos nosotros los retratados.

Nos despedimos deseándonos otro reencuentro. No sabemos entonces que el azar ya no jugará más a favor nuestro.

Kilómetros etapa: 249

Kilómetros viaje: 5.678

19 de agosto, día 33.

Peipus, junto con Ladoga y Onega, son nombres que arrastran reminiscencias de mis clases de Geografía en la EGB. En aquel remoto año 77 del siglo pasado, quién me iba a decir que lo iba a conocer *in person,* y no sólo como mancha azul en el atlas.

El término en cuestión parece venir del alemán, ya que los estonios lo llaman *Lago Peipsi*, nombre que automáticamente se asocia a la celebérrima marca de refrescos, y que le hace a uno preguntarse si será pura coincidencia o si tomarían el nombre de aquí. No es la única: Estonia se halla dividida en provincias denominadas *Maakond*, igualito que el pueblo de *Cien años de Soledad.* ¿De nuevo casualidad? Pienso que no: me imagino a Gabo rastreando un mapa de Europa en busca de nombres mágicos y sugerentes.

Lago Peipus

Para cuando nos levantamos, los italianos se han ido. Nos acercamos a la orilla. Por uno de estos azares de la vida, hoy luce el sol. El lago Peipus o Peipsi es como un mar, pues enfrente no se divisa ninguna orilla. Al otro lado, Rusia. En invierno, la superficie del lago se congela, y sobre ese hielo tuvo lugar una famosa batalla, que enfrentó en 1242 a los caballeros teutones, que a la sazón andaban por aquí, con los rusos liderados por Alejandro Nevski. Cuentan las crónicas que cuando las cosas se pusieron feas y aquéllos se dieron a la fuga, la retirada se transformó en auténtica hecatombe porque el hielo se quebró bajo el pesado equipo de los alemanes, que se precipitaron en masa a las heladas aguas. El célebre Eisenstein inmortalizó esta historia en la película *Alexander Nevski,* estrenada en 1938.

Mustvee no llega a los dos mil habitantes, y sin embargo cuenta con cuatro iglesias (la ortodoxa, la baptista, la luterana y la de los antiguos creyentes). Tratamos de dar con alguna de ellas, pero las indicaciones son tan difusas que desistimos. Antes de marcharnos voy al super a por unas cosas, y de paso llevo dos botellas de cerveza que compré ayer (en la etiqueta pone bien clarito que si las retornas te devuelven el importe). Se las enseño a la chica de la caja, quien no sólo no resuelve la cuestión, sino

que al percatarse de que soy extranjero desiste también de comunicarse conmigo. Le dejo los cascos vacíos en la puerta. Está claro que con cuatro religiones y tres lenguas (estonio, ruso y voro-seto, una lengua minoritaria), bastante tienen con entenderse entre ellos para encima tener que comprender al guiri. La sensación que uno tiene es la de hallarse en un mundo muy distinto al de la capital, y que la distancia que va de aquí hasta Tallinn es mucha más que la meramente kilométrica.

La Dama de Luto

Necesitamos gasoil. A la orilla del lago hay una estación de servicio antediluviana; los surtidores ni siquiera marcan el importe, sólo los litros. Para colmo, hay dos tipos de

diesel. Entra Bego a informarse y la chica al mando le dice que *cree* que el que nos viene mejor es aquel de allí. De reojo ha conseguido ver los precios, escondidos: cobran el combustible media corona más caro de lo que hemos visto por ahí. Acabáramos. Anoche, al llegar, vimos una Statoil a la entrada del pueblo. Yendo para allá pasamos por delante de la iglesia ortodoxa y de la luterana.

Iglesia ortodoxa de Mustvee

Una vez en la otra gasolinera, nuevo asombro: es nueva, moderna, dispone de cuatro surtidores… y en los cuatro sólo venden gasolina de 95 octanos. Por suerte, algo apartado, descubrimos el lugar donde repostan los camiones, y allí llenamos. Pago con la tarjeta de crédito y, por primera y última vez durante el viaje –fuera de España, claro-, me piden para utilizarla el documento de identidad. La dependienta chamulla un poquito de inglés; lo que son las cosas, quién me iba a decir que un día me haría tanta ilusión escuchar la lengua de Shakespeare.

Iglesia de los antiguos creyentes (¡y autocaravana!)

Como estamos fuera del pueblo, para no cruzarlo otra vez lo circunvalamos y accedemos por la parte de abajo. Ahora sí que damos con la estatua de la *Damade Luto,* monumento conmemorativo de la Segunda Guerra Mundial, y con la iglesia de los antiguos creyentes. Eran éstos unos rusos que no aceptaron -por considerarlas excesivamente progres- las reformas de la iglesia ortodoxa, y se establecieron a este lado del lago. En el fondo es una historia parecida a de los puritanos ingleses que, por ultraortodoxos, tuvieron que marchar a América del Norte a bordo del *Mayflower*, expedición en la que está el germen de los Estados Unidos como nación y también el origen de su acendrado conservadurismo político-religioso.

Seguimos hacia el Sur. Nuestra idea era ir bordeando el lago pero apenas divisamos la orilla, ya que la carretera nueva bordea los pueblos, y no es cuestión de aventurarse a investigar con la autocaravana. Por cierto que nos cruzamos con varias, posiblemente el sitio en que más de toda Estonia.

Peligro, alces

A la altura de **Kallaste** decimos adiós al *Peipsi Järv* y enfilamos por la carretera 43 hacia **Tartu** atravesando un paisaje de granjas y prados. De aquí traíamos localizado un estacionamiento justo antes de cruzar el río, pero cuando pasamos por la puerta lo encontramos atestado de coches. La verdad es que no esperaba semejante mogollón para una ciudad de sólo cien mil habitantes: hay por la calle tanta gente y tanto tráfico que no atinamos a encontrar un lugar de aparcamiento, y acabamos a 2,5 kilómetros del centro, en la puerta de un cementerio. Yo me siento de nuevo tan agotado que comemos, descansamos y por la tarde lo intentamos de nuevo.

Tartu. Plaza del Ayuntamiento

Lo bueno de que esta gente sea tan tempranera es que apenas baja un poco el sol se recogen todos, y ahora sí que encontramos fácilmente un lugar donde dejar la auto. Nos vamos andando para el casco histórico, que está bien pero menos: comprendo que la ciudad tenga renombre universitario y que haya sido la cuna del nacionalismo estonio, pero nos la habían ensalzado tanto que nos sabe a poco. Así que bajamos hasta el río Emajõgi y vuelta para la auto.

Tartu. Universidad

Tartu. Río Emajõgi

Para cuando queremos arrancar son las seis de la tarde, lo que significa dos horas de luz para conducir. Hay un pueblo en la frontera con Letonia llamado **Valga**, y nos parece un objetivo factible. Tiramos millas por la estatal 3, y por el camino fundimos en gasoil las últimas coronas estonias.

Nos vamos con una sensación agradable del país. Parece más organizado que su vecino del Sur, sus habitantes algo más abiertos que los letones, con mejores carreteras y, sobre todo, con conductores más prudentes.

Valga es una ciudad partida a la mitad por la frontera (del lado letón se llama Valka), lo que con los años ha dado lugar a infinidad de situaciones surrealistas:

http://fronterasblog.wordpress.com/2008/01/15/ciudades-divididas-valgavalka/

Al entrar nos encontramos con un enorme cementerio, con las tumbas literalmente a pie de carretera. Hemos visto muchos camposantos a lo largo del viaje, todos en tierra. Separados de la calle por muros bajos, pero hay tramos de éste que no tiene ni eso. Me sorprenden los pequeños bancos que hay junto a las tumbas, para que la gente se aposente cómodamente cuando visite a sus deudos.

Valga. Últimas luces

Un poco más allá del cementerio, a la izquierda, avisto un lago rodeado de verde. Nos metemos por la primera entrada y damos con el parking de tierra de unos bloques de viviendas (N 57° 46' 42'' E 26° 01' 46''). Justo a tiempo, porque ya oscurece.

Aparcamos y nos vamos a dar una vuelta con Chandra. El parque es magnífico, con árboles, grandes praderas y el lago –que en realidad es un río- en el centro, cruzado por varios puentes. Despertamos la lógica expectación, pero nadie nos dice nada, y al cabo de un rato ya no hay nadie por la calle.

Kilómetros etapa: 169

Kilómetros viaje: 5.847

20 de agosto, día 34.

Noche de lo más tranquila. Desandamos camino para pasar por la frontera oficial, ya que mucho tememos que las calles que comunican/separan Valga-Valka seguirán cortadas. En la antigua aduana nos paran tres policías mujeres que nos piden el carnet, la única vez en todo el viaje que tendremos que enseñarlo.

Seguimos y nos adentramos en el proceloso mundo de las carreteras letonas. Lo primero que llama la atención de ellas es su inconsecuencia: el itinerario principal parece en ocasiones secundario, y a la inversa: puedes ir tranquilamente por una calzada a la que de repente le sale un desvío a la derecha, y es por ahí por donde hay que seguir, mientras que de frente se va a cualquier sitio. El segundo problema es el penoso estado del firme, y eso en la red principal, no quiero ni pensar qué será en la secundaria. Para colmo de males se pone a llover de forma insistente, machacona, oscura.

Habíamos pensado en parar en Sigulda, pero está claro que esa excursión habría que hacerla con mejor tiempo. Así que nos incorporamos a la A 2, muy cerca de donde tuvimos el encontronazo con el camionero letón, y donde cerramos la vuelta que hemos dado a Estonia y Letonia. Esta autopista conduce al centro de **Riga**, aunque aquí lo de *conducir* habría que sustituirlo por *navegar*: llueve a mares, el piso no drena en absoluto, y trailers enloquecidos arrojan sobre nuestro parabrisas agua en tales cantidades que te quedas ciego durante mortales segundos. Si hubiera un mínimo de qué, esta gente reduciría para no desplazar semejantes muros de agua, pero aquí cada uno va a lo suyo, y maricón el último.

La entrada a Riga se nos hace inmensa, porque inmensa es la ciudad. No tenemos calejero grande, como en Tallinn, sólo los mapitas de la Lonely. Por Brīvības gatve, que más adelante se transforma en Brīvības ielā, vamos cubriendo los diez kilómetros que hay desde la entrada de la ciudad hasta el río. Sigue diluviando, avanzamos muy lentamente por el tráfico, y ponemos especial cuidado en no dejarnos atrapar en alguno de los carriles que giran a izquierda o a derecha.

Los nombres de las calles son diminutos y harían falta unos prismáticos para leerlos. A pesar de todo, torcemos oportunamente a la izquierda en busca del Mercado Central. Nos topamos con las vías del tren, y pasamos bajo ellas por un túnel en el que no las tenemos todas consigo. Tras un pequeño rodeo, durante el que pasamos por delante de la Academia de Ciencia de Letonia; el edificio parece una versión reducida del Palacio de la Cultura de Varsovia, imaginamos que construido por la misma mano. Finalmente, casi por intuición, encontramos el estacionamiento frente al río Daugava (N 56° 56’ 34’’ E 24° 06’ 48’’)

Mercado Central de Riga

Exterior del mercado

Los parquímetros dicen que el precio es un Lats por hora (1,40 euros), por eso no hay aquí ninguna autocaravana, aparte de nosotros. Como no tenemos moneda local, Bego se va en busca de un cajero y ya de paso a cambiar, mientras yo me quedo de guardia por si viene el vigilante. Llega en coche y es una chica, pero no nos hace maldito caso.

Tranvía con conductora

Solucionado el trámite, nos vamos a ver los cinco edificios del mercado, que al parecer fueron en su día hangares para zeppelines. Son idénticos, y sólo varían porque cada uno está especializado en un tipo de producto. Salimos de uno y entramos en el siguiente, hasta que descubrimos que también están comunicados interiormente.

Hansa Bank

Después nos vamos para el centro. Que cae bastante cerca. En comparación con el tamaño que ha alcanzado la ciudad nueva, el casco viejo de Riga es bastante pequeño. Encajonado entre el río y un canal que tuvo finalidad defensiva, se recorre en poco tiempo. Por fortuna ha dejado de llover pero aun así, después de Vilnius y Tallinn, Riga nos parece una ciudad gris y triste, sin magia. Gran parte del centro es peatonal, pero en contraste destacan los lujosísimos y carísimos coches aparcados allí dentro, un alarde de ostentación que la verdad no me esperaba.

Catedral

Riga vieja

A falta de nada mejor que hacer, entramos en una tienda de discos y nos gastamos casi todo nuestro dinero letón en dos CD de música tradicional, a ver si conseguimos calar un poquito en el alma de este pueblo tan hermético. Me llaman la atención la cantidad de anaqueles dedicado a la música rusa, lo que no es de extrañar, ya que la Riga se hallan en minoría, apenas un 42 por ciento. Ello unido a que más de cuatrocientas mil personas viven en el país con pasaporte extranjero tal vez ayude a explicar el frío ambiente que hemos percibido aquí (cuando compras algo, el dependiente lo retiene lejos de tu alcance hasta que coge el dinero, y sólo entonces te lo

entrega). Letonia cuenta además en su haber con otro record poco agradecido, el de la tasa de crecimiento más baja del mundo: el -1,5 por ciento. O, lo que es lo mismo, 20 nacimientos por cada 32 defunciones. El paraíso, vaya.

Aunque he de confesar que yo venía ya predispuesto, pues en la visión que traía de la ciudad influyó no poco la novela de Henning Mankell *Los Perros de Riga*. La imagen de un inspector Wallander deambulando solo por las frías calles, sin documentación ni dinero, mientras la policía del régimen le sigue la pista, se buscado por mucho tiempo un hueco en mi imaginación.

http://www.larepublicacultural.es/articulo.php3?id_article=944

Aparca como puedas

Ya de regreso, cerca de la Plaza del Ayuntamiento vemos estratégicamente aparcada una integral con matrícula española. Muy viejecita, eso sí, seguramente importada de Alemania. Qué suerte, éstos sí que han encontrado un sitio céntrico. Vemos salir de ella a una pareja mayor, pero no nos animamos a ir detrás para saludarlos.

El Ayuntamiento. *Kitsch*, ¿verdad?

Reloj del Ayuntamiento

De nuevo en la auto, alimentamos de nuevo a la voraz maquinita del parquímetro y comemos. Los últimos lats me los gasto en cuatro garrafas de cinco litros de agua mineral.

Hemos decidido no dormir en Riga y seguir camino. El tráfico está por fortuna más fluido que por la mañana, pero cuesta un poco cruzar el río, ya que ha habido un accidente por alcance. Las indicaciones de salida son penosas, pero nada comparable al semáforo de desvío para coger la A 8.

Resulta que por aquí arriba se estila mucho un tipo de semáforo que apenas he visto en España: primero esperas a que se ponga verde, dejas pasar a los que vienen de frente y sólo después giras tú. Eso está genial en lugares con poco tráfico, pero no en el maremágnum de Riga: vienen tantos coches de frente que el semáforo vuelve a rojo antes de que haya podido girar nadie. Entonces la única solución posible para salir del atolladero consiste en aprovechar los escasísimos segundos que median entre el rojo del semáforo de frente y el verde de la calle perpendicular. En ese interludio se cuelan tres o cuatro coches, no más; nos tiramos en el semaforillo de marras más de diez minutos. Un todoterreno con matrícula personalizada JP-11 –toda una declaración de intenciones- se cuela de la larga fila y pasa el primero, sin que nadie, excepto yo, proteste. Por fin, después de mucho sudar y con el alma en vilo, nos arriesgamos a cruzar. Me pregunto si alguna vez alguien le habrá explicado a esta gente el significado de la palabra *rotonda*.

El cruce de la *muete*

A ver quién es el guapo que pasa

JP-11 en trance de colarse

Ahora los del otro lado

Éste que no se atreve. Y, para colmo, no deja de llover

Creo que es la primera vez, al menos viajando por tierra, que entro en un país por la mañana y salgo por la tarde. Disfrutamos de las inefables carreteras letonas hasta la frontera, que no cae muy lejos: una vez rodeado Jelgava, enfilamos la recta de 30 kilómetros que nos pone en Lituania. Aquí ya es otro mundo: los conductores de este país no son tan cautos como los estonios, pero desde luego bastante menos bordes que los letones. Hace horas que no llueve, y el cielo empieza a despejar. La A 8 en Lituania se transforma en la A 12, y por ella bajamos hacia el Sur, camino de **Siauliai**. A punto está de oscurecer cuando llegamos a la **Colina de las Cruces**.

http://englishrussia.com/?p=774#more-774

Para dormir el sitio me parece horrendo, pero por fortuna han construido un nuevo centro de recepción al otro lado de la carretera, fuera de la vista del monumento (N 56° 0' 47" E 23° 24' 27"), y allí nos quedamos. El lugar está desierto, y un cartel avisa que los coches aparcan gratis, pero que autocaravanas cinco euros. Ya empezamos con las discriminaciones.

Anochece en la frontera

Kilómetros etapa: 282

Kilómetros viaje: 6.129

21 de agosto, día 35.

Pensábamos levantarnos temprano con tal de no pagar, pero más temprano aun nos levantan las vendedoras de cruces. Resulta que nos hemos puesto a dormir cerca de donde ellas instalan los puestos, y al parecer les molesta que hayamos dormido allí sin que ello redunde en beneficio de su *industria*.

Nos vamos del aparcamiento antes de que aparezca el cobrador y desayunamos cerca de una granja colectiva abandonada. Luego retomamos la carretera en dirección a Siauliai, pero en contra de lo que esperábamos no se atraviesa el pueblo, sino que lo circunvalamos. Enlazamos con la A 11, y durante 20 kilómetros disfrutamos de autopista hasta **Kuršėnai**, donde inopinadamente se acaba. Aquí sí que tenemos que cruzar la localidad.

Necesitamos imperiosamente agua. No hemos repostado desde Tallinn, esto es, hace ya tres días, y no será porque no he buscado grifos en cada sitio donde hemos

parado. Durante esos tres días nos hemos apañado con los 115 litros del primer depósito, es increíble cómo es posible estirar un bien cuando éste se vuelve tan escaso.

Decidimos probar suerte en una gasolinera a pie de carretera. Seguimos el protocolo habitual: yo paro en el surtidor y Bego entra a preguntar. Le dicen que sí, que hay agua, así que pongo 30 litros de gasoil. El grifo cae a un lateral del edificio, de manera que realizo la maniobra, abro el garaje, saco la manguera y los adaptadores, los coloco… Y no sale agua. Asombro mayúsculo, ya que previamente he comprobado que sí había. Junto a la auto aparece un tipo que apesta a alcohol y que pretende comunicarse con nosotros en ruso. Por señas le pido que entre a ver si nos puede dar agua; igualmente, Bego vuelve a la tienda, y ni por ésas: si había agua, bien el borracho o bien la tiparraca expendedora la han cortado. Nuestro gozo en un pozo. Nos vamos de allí maldiciendo a la madre que los engendró.

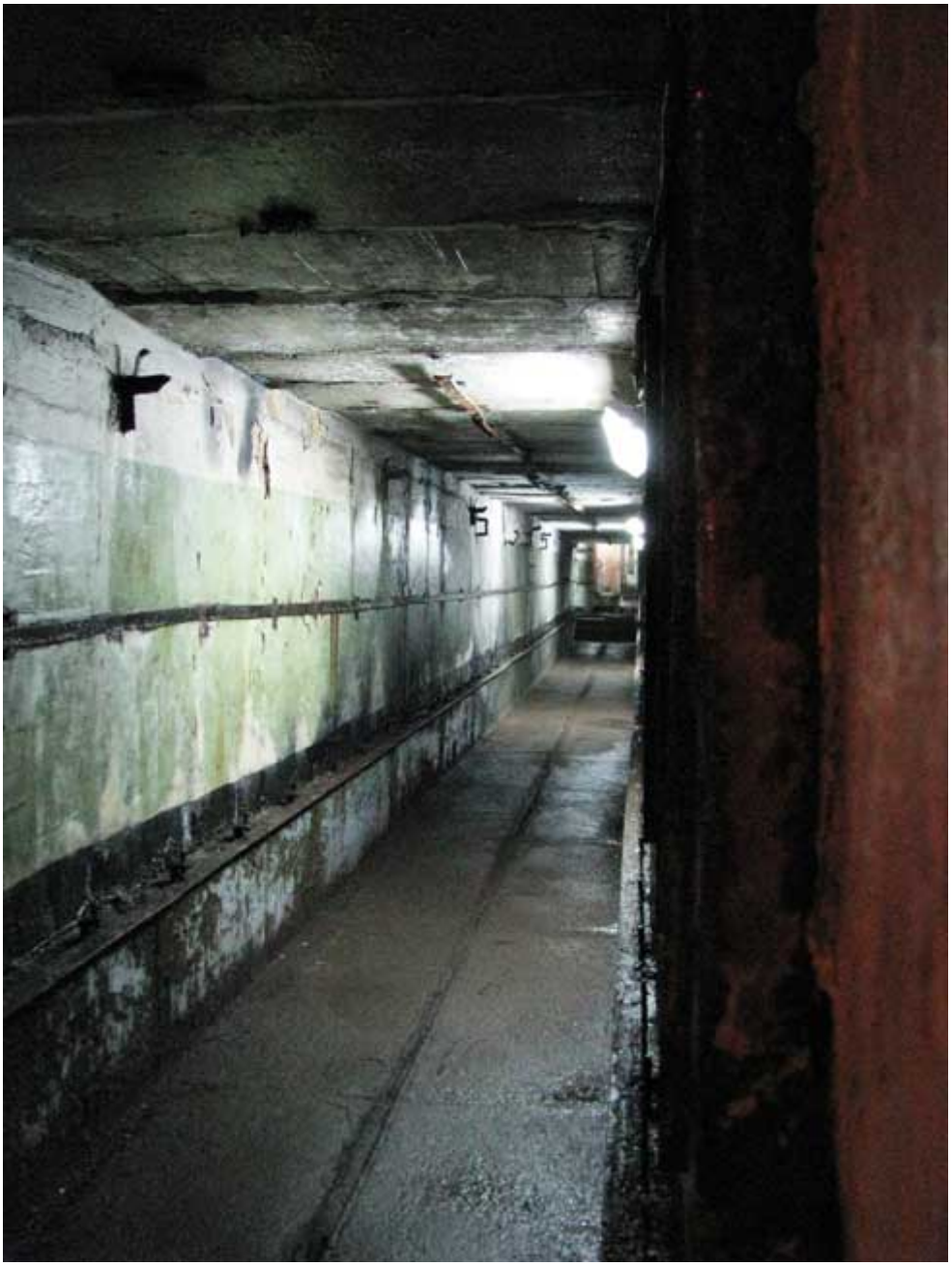
Este tipo de incidentes te dejan un mal cuerpo que va más allá del mero quedarte sin agua, porque te hablan de la malicia, la grosería y la ineptitud de algunas personas. Por el camino nos caen chubascos, algunos bastante fuertes, lo que acentúa lo surrealista de la situación: no hay agua para nosotros en la tierra, pero toda la que queramos en el cielo.

Pasado **Telšiai** y un poco antes de llegar a **Plungė** nos desviamos a la derecha por la carretera 164, y 5 kilómetros después torcemos a la izquierda, en dirección Beržoras (que en mi cabreo traduzco a propósito como *berzotas*, como hace un rato el cercano Kretinga lo he cambiado por *cretina*. Malditos cretinos y berzotas todos aquellos que te sacan el dinero y después te niegan el agua.)

La base

Luchamos por apaciguar el cabreo, porque estamos a punto de hacer una visita de lo más atípico: otros pocos kilómetros por la carretera terciaria y nos topamos con una pista de tierra con un escueto cartel de madera que dice: *Militarizmo Ekspozicija*. Estamos rodeados por los frondosos bosques del Parque Nacional de Žemaitija, pero no es naturaleza lo que hemos venido a ver aquí, sino la antigua base soviética de misiles nucleares de **Plokštinė**. En 1960, diez mil soldados fueron enviados aquí para construirla en secreto. Prácticamente a mano, cavaron los cuatro silos de 27 metros de profundidad e instalaron la sala de control, una estación de radio y un generador diesel que proporcionaba electricidad a todo el complejo. La plataforma de lanzamiento albergó el 79º regimiento de misiles R 12, con un alcance de 2.000 kilómetros (desde tan estratégico emplazamiento llegaban a casi cualquier punto de los países occidentales)

http://www.flickr.com/photos/martintrolle/sets/72157604497755580/show/



Húmedos pasillos

Por la pista de tierra avanzamos despacio debido a que el firme está ondulado. Llegamos al aparcamiento con tiempo para la visita guiada de las 12. Sacamos las entradas y aguardamos refugiados a que cese el chaparrón. En estos momentos desearía como nunca tener un colector de agua en el techo de la auto.

Paneles para instrucción militar

Somos un grupo de siete u ocho personas, la mayoría lituanos. Seguimos a la guía más allá del recinto de alambre de púas y nos metemos bajo tierra. Nada más traspasar la puerta de entrada, retrocedemos en el tiempo. El óxido, la desconchada pintura que sigue recubriendo algunas paredes, las goteras, el ruido de las puertas metálicas al ser abiertas... todo lo que percibimos nos obliga a imaginar lo que este sitio fue. De los cuatro silos tan sólo uno es visitable. Subimos y bajamos por estrechas escaleras, pasamos por escotillas estancas, como las de los submarinos, recorremos las dependencias de los soldados… Todo transpira tristeza y miedo, y una especie de fatalidad ante la destrucción y la muerte.

Agujero del horror: aquí guardaban los *regalitos*

Procuramos no separarnos de la guía, pues parece que sin ella sería imposible salir de esta topera. Para terminar, y prácticamente a rastras, accedemos a la parte superior de una de las lanzaderas. Se halla cubierta por una tapa de acero y hormigón que se apartaba para dejar salir el *supositorio*. La Guerra Fría nos parece ya lejos, pero no es posible olvidar que durante décadas una espada de Damocles nuclear pendió sobre las cabezas de los europeos. De este sitio –o de otro cualquiera similar- pudo perfectamente partir el ataque inicial que hubiera supuesto la aniquilación de la Humanidad. Por decisión política, por error técnico, -como en *Fail Safe*-

http://www.decine21.com/peliculas/Punto-limite-7048.asp?Id=7048

o por cruzamiento de cables, como en la genial película de Kubrik *¿Teléfono Rojo? Volamos hacia Moscú.*

http://www.cinepatas.com/forum/viewtopic.php?t=5786

La conclusión que uno extrae de todo esto es que estamos vivos de milagro.

La tapa que hubiera abierto la caja de Pandora

Finalmente, en 1978 la base fue desmantelada. Un buen día los misiles se marcharon para nunca más volver. Pese a ello, el sitio da *yuyu* de narices. Por eso cuando salimos al exterior decimos, con don Juan, que *se respira mejor*.

Más por cubrir el expediente que por otra cosa, le preguntamos a la guía que si sabe de algún grifo en el que coger agua. Como era de esperar, nos dice que no (¿no habrán inventado aún la tubería?), pero que podemos probar en el lago. Pero el agua de éste, como era de esperar, contiene demasiada materia orgánica en suspensión y no estoy dispuesto a emporcar la bomba presostática con guarrerías.

Platelių ežeras (lago Plateliu), donde no cogimos agua

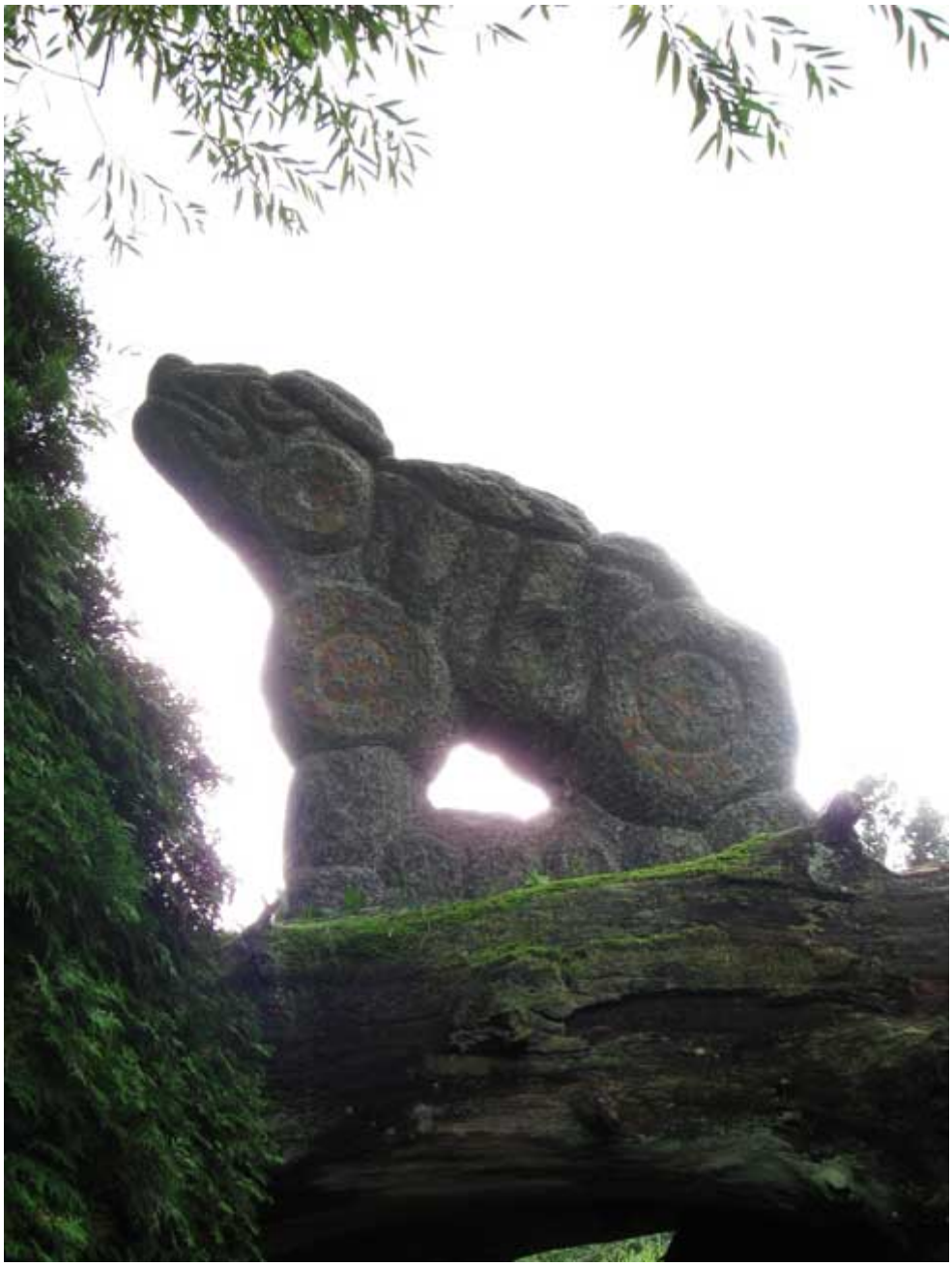
Volvemos a la carretera y bordeamos el lago hasta **Plateliai**. Aquí, tras un pequeño extravío, enfilamos hacia el Oeste por carreteras rurales que, la verdad sea dicha, esperaba encontrar en bastante peor estado. Vienen ahora idílicos kilómetros por la Lituania profunda: pueblos pequeños, campos y granjas en las que te cuesta suponer que tengan luz eléctrica o agua corriente (y dale con los grifos, empieza a ser patológico). Aunque podríamos estar en cualquier sitio, porque lo más parecido de un país a otro es el mundo rural.

Alcanzamos **Salantai**, que nos sorprende por su monumental iglesia, y giramos hacia el Sur por la carretera 226, camino de la segunda visita del día, muy distinta de la primera. A poco más de 2 kilómetros del cruce está el **jardín-museo de Orvydas**. Se trata del lugar que alberga las creaciones del escultor Kazys Orvydas (1905-1989) y de su hijo Vilius, monje franciscano. Como recuerdo de lo mal que se llevaba esta familia con el régimen (los soviéticos llegaron a bloquear el acceso al lugar), un tanque ruso auténtico da la bienvenida al lugar.

El autor junto al tanque en cuestión

Entre chaparrón y chaparrón aprovechamos para hacer el recorrido. El ímpetu con el que, junto con la entrada, intentan vendernos una guía nos hace suponer que la fundación recibe poca o ninguna subvención.

Todos los trabajos están hechos en piedra o madera. Nos gustan mucho más las obras del padre que las del hijo, excesivamente mediatizadas las de este último por sus creencias religiosas. Las zonas más laberínticas e interesantes te transportan instantáneamente a lugares de la India o de Japón y todo el conjunto, transmite una atmósfera surreal y onírica, pero también una potente espiritualidad.



Al acabar la visita comemos en la auto y luego desandamos camino hasta Salantai. Aquí las carreteras trazan diagonales muy raras, y éste es el rodeo menos costoso para llegar a **Palanga**. Esta ciudad es el centro de veraneo más famoso de Lituania, pero nosotros nos venimos aquí por eso, claro, sino con idea de visitar mañana el *Museo del Ámbar*.

Tan desesperados estamos con el tema del agua (hemos abierto ya el depósito de reserva) que estamos dispuestos a transigir y meternos en un camping. Callejeamos buscándolo sin éxito, pues acabamos en las afueras del Norte, en un *cul-de-sac*. Más

tarde seguimos a una autocaravana estonia (las pocas que se ven por aquí son todas de alquiler), pero resulta que están más perdidos que nosotros. Finalmente aparcamos junto a un pinar y nos vamos para la playa.

Báltico en Palanga

Que van a dar a la mar…

No sé cuál será el concepto que tienen los lituanos de veraneo, porque en la costa hace viento y un frío que pela. No se baña nadie, por descontado, pero está todo lleno de paseantes. En el centro descubrimos ¡una fuente con grifo! Pero está en la zona peatonal, imposible por completo acercarse a él. Bien pensado, lo raro es que lo tengan en la calle, a la vista de todos. A lo mejor por la noche lo depositan en la caja fuerte del Ayuntamiento.

Regresamos a la auto. Habíamos pensado en quedarnos a pernoctar donde aparcamos pero esta calle, sin viviendas, es asimismo utilizada por nuestros amigos los chundasvinto, cuyo cuerpo debe estar siempre en contacto con su coche y su música si no quieren sufrir un síndrome severo de abstinencia. Como no hay espacio bastante, uno de estos ejemplares ha venido a aterrizar al lado justo de nosotros. Nos vamos.

La utilísima página autocaravanista italiana trae como lugar de pernocta en Palanga los aparcamientos adyacentes al Museo del Ámbar, y para allá nos vamos. Es ya de noche y desconfiamos de encontrar el sitio, pero al final la ciudad es más pequeña de lo que creíamos, y enseguida damos con la calle. Se llama Vytauto Gatvé, y sus coordenadas: N 55° 54’ 21.25’’ E 21° 3’ 43.11’’. Son aparcamientos en hilera,

separados de la calle por árboles. Nos cuesta un poco entrar, ya que tenemos que girar 180º respecto al sentido de la marcha, y el paso es un poco estrecho.

Aquí, algo alejados del centro parece todo muy tranquilo, pero me voy a dar una vuelta para cerciorarme. Entonces descubro, doscientos metros más allá, la autocaravana española que vimos en Riga. No se ve a nadie dentro, da la impresión de que sus dueños han salido.

Kilómetros etapa: 204
Kilómetros viaje: 6.333

22 de agosto, día 36.

El Museo del Ámbar de Palanga (*Gintar, en lituano*) se encuentra en el interior de un palacio neoclásico que a su vez se alza en el centro de un enorme y frondoso parque. Se trata de un lugar bastante visitado por el turismo local. A mí me es relativamente indiferente, pero esta resina fosilizada se cuenta entre las aficiones de Bego, y fui yo quien le propuso venir hasta aquí. El museo cuenta con unas veinte mil piezas del *oro del báltico*, muchas de las cuales conservan atrapados en su interior insectos y plantas. Ya en tiempos de Roma existía una Ruta del Ámbar que iba desde aquí hasta la misma capital del Imperio.

Plantas

Insectos

Ajedrez hecho de ámbar

Tras la visita al museo, nos vamos en busca de un super que vimos ayer al pasar. Como está en pleno centro no movemos la auto pero claro, una cosa es ir en coche y otra a patita. Tardamos un buen rato entre ir y volver.

La modernísima policía de Palanga

De vuelta a la auto, retomamos nuestro tema monográfico, esto es, el agua. Ayer al entrar pasamos junto a una gasolinera de Statoil. Hartos de desplantes y engaños, diseñamos con minuciosidad militar un plan infalible: a) Nos aproximamos sigilosamente a la gasolinera. b) Bego comprueba la existencia de grifo y que éste, efectivamente, dispensa agua. c) Llevo la auto al surtidor y echo 100 litas de gasoil. d) Sin pedir permiso ni leches acerco la auto al armarito en el que se ubica el grifo. Esta última parte de la maniobra se revela como la más complicada, ya que la gasolinera está de bote en bote, y una cola de coches que espera a inflar las ruedas impide una mayor

aproximación, de manera que aparco a la vuelta de la esquina, saco la manguera enrollable y aquí paz y después gloria. El grifo no tiene mucha presión, y tarda una eternidad en proveernos de los 150 litros que necesitamos. Esperamos que de un momento a otro salga alguien a preguntar que qué narices hacemos, pero nadie aparece, y terminamos de llenar sin problemas.

Es difícil expresar el contento que nos embarga cuando salimos del pueblo. Sé que el agua es lo más preciado del mundo, pero siempre pensé que esa importancia se la reconocería en un país árido, nunca en el Norte de Europa.

Vamos hacia el Sur dirección **Klaipėda**. No nos guía un especial interés en ver esta ciudad, pero es el punto de paso obligado para acceder a la **Península de Neringa**. A pesar de tener sólo doscientos mil habitantes, Klaipėda es enorme, mide de largo más de diez kilómetros. Y, como parece ser norma en Lituania, la cartelería indicadora brilla por su ausencia: por no haber, no hay ni una mísera señal que indique dónde está el puerto. Después de vagar un rato por las amplias avenidas, damos por fin con el lugar de donde salen los ferrys.

Mientras Bego prepara la comida me voy a dar una vuelta con Chandra. Observo los barcos que entran y salen. Me parecen muy pequeños, y sólo transportan pasajeros. Me acerco a una de las taquillas y pregunto. La chica, que por suerte entiende inglés, confirma mis suposiciones: allí no aceptan coches, si queremos pasar al otro lado es preciso que ir al puerto nuevo, un par de kilómetros más al Sur. Acabáramos. Al final resulta que Klaipėda no tiene un puerto sino tres: el peatonal, el internacional y el que pasa los coches a Neringa. Realmente lo han puesto difícil.

Me dispongo a volver a la auto cuando a la entrada del aparcamiento aparece la integral española que hemos estado viendo estos días. Dentro va una pareja mayor. Les hago gestos para que bajen la ventanilla. La mujer, que es quien conduce, desconfía; pero el hombre le dice algo y al final accede. Me presento. Charlamos. Aparcan y seguimos charlando. Ellos son Jose y María Victoria, madrileños. Bajan de Cabo Norte, y, en vez de cruzar el Báltico, desde Finlandia han entrado en Rusia, visitado San Petersburgo y salido por Estonia. Les explico lo de los tres puertos en uno y se sorprenden: ellos pensaban que para ir a Neringa, por tratarse de una península, no hacía falta barco. Les explico que efectivamente península es, pero por la parte de Kaliningrado, no por Lituania. Deciden irse en busca de la oficina de turismo a ver si les dan un mapa que les aclare dónde narices se coge el dichoso barco. Nosotros nos ponemos a comer.

Al cabo de un rato vuelven. Nos han conseguido también a nosotros un mapa de la ciudad. Mientras ellos se van de visita turística, nosotros tratamos de dar con el ferry de las narices, pero con mapa y todo nos despistamos. Acabamos en un callejón infecto donde nos vemos negros para dar la vuelta. Lo gracioso es que compruebo que nos siguen unos chavales a bordo de un descapotable con matrícula lituana. Yo me mosqueo un poco al ver que estábamos solos ellos y nosotros en un descampado como en las películas, pero al final resultó que andaban tan perdidos como nosotros.

Puerto comercial de Klaipeda desde el ferry

Rehacemos el camino hasta la terminal del ferry y embarcamos. El ticket hay que conservarlo, ya que te cobran de una vez la ida y la vuelta. En pocos minutos estás bajando en esa lengua de arena de 1,5 kilómetros de anchura y más de 100 de longitud, dividida a partes iguales entre Rusia y Lituania.

Desde el punto de desembarco hasta el último pueblo antes de la frontera hay 50 kilómetros, casi todos rectos y llanos, rodeados siempre de espesos pinares. Cuesta pensar que todo lo que hay bajo nosotros sea pura y simplemente arena. Entramos en el Parque Nacional del Istmo de Curlandia (hay una caseta donde cobran la entrada).

Luego cruzamos un pueblo tan bonito como impronunciable **-Juodkrantė**-, y después ya es todo tieso hasta **Nida**. Desde la carretera principal, el pueblo tiene tres entradas: nos metemos por la primera y nos topamos con un pequeño aparcamiento que nos puede hacer un servicio esta noche (N 55° 18' 46.85'' E 21° 0' 38.73''). No obstante, continuamos con la auto hacia el centro pues nos gustaría aprovechar lo que queda de luz para subir a la D**una Parnidis.**

Cruzamos Nida buscando la mayor aproximación posible, pero como sigue sin haber indicaciones, tras varias vueltas que nos llevan hasta el mismísimo puesto fronterizo, volvemos sobre nuestros pasos y dejamos la auto en un aparcamiento que hay en la tercera salida (o entrada) del pueblo. Desde aquí, a pie, cruzamos los pinares hasta salir a la playa y al borde de la duna. Al parecer está prohibido escalarla, pero si queremos subir no queda otra. Trepamos por donde nos parece que vamos a desplazar menos arena. Los 52 metros hacia arriba cuestan lo suyo. Además, es tan grande que en lo alto forma una especie de meseta que tenemos que cruzar. Esperamos ver desde lo alto la puesta de sol, pero nos la tapan los pinares. A cambio tenemos al Sur, a tiro de piedra, esa anomalía histórica que es el territorio ruso de Kaliningrado.

Volvemos a la auto, ya del todo oscurecido. En el aparcamiento donde la hemos dejado cobran a partir de las ocho de la mañana, así que volvemos al primero que vimos.

Puesta de sol en Nida

Al fondo, Rusia

Kilómetros etapa: 103

Kilómetros viaje: 6.436

23 de agosto, día 37.

Durante la noche ha empezado a llover. A ratos arrea con tal fuerza que se pregunta uno cómo será esto en invierno, aunque bien se lo puede imaginar. Amanece gris y nublado. Como no está la cosa para salir, aprovechamos para descansar, para escribir, para telefonear a casa. Hay hozadas de jabalíes al lado mismo de la auto, por eso anoche Chandra gruñía y estaba tan intranquila.

En un rato que escampa me acerco al bloque de servicios públicos, cerrados ayer tarde (sin duda pertenecen a las tiendas de ámbar que hay un poco más allá) y descubro que el grifo del lavabo es giratorio y se puede sacar agua. Con un poco de paciencia y dos garrafas de cinco litros me llevo para la auto 30 litros de agua y los echo en el depósito con ayuda de un embudo. La obsesión por el agua le empuja a uno a no dejar pasar la más mínima oportunidad.

A eso de la una estamos hartos y aburridos, así que nos vamos los tres caminando hacia el centro. Apenas llueve, pero se ha levantado un viento de mil narices y el agua de la laguna, ayer tranquila como una balsa, se menea ahora como si fuera el mar abierto.

El lugar debe de ser idílico con buen tiempo, pero no hoy. Además, el cielo nublado da una luz horrible para según qué fotos, sobre todo los contrapicados que intento sacar de las veletas típicas del lugar (originalmente eran signos distintivos de los barcos, y acabaron siéndolo de las casas de los pescadores).

Veletas

Veletas

Casa típica de Nida

Decidimos dar por terminado el paseo. Antes de volver a la auto nos acercamos al único super del pueblo para una pequeña compra. Estamos cruzando la calle principal cuando vemos que llega la auto de los madrileños. Se detienen a nuestro lado y preguntan que si sabemos dónde pueden aparcar. Le digo dónde cae el parking de pago, y le indico también dónde estamos nosotros, por si quieren pasarse luego.

No hemos acabado de preparar la comida cuando aparecen. El pueblo no les ha parecido interesante, pero quieren saber por dónde se sube en vehículo a la duna Parnidis. Le cuento que ayer lo intentamos infructuosamente, pero que investigando los mapas deduzco que la única forma de subir es siguiendo la carretera que pasa por detrás del camping (fiel a la tradición lituana, no hay ni un solo cartel).

Ellos se marchan en busca de Parnidis y nosotros subimos a pie a lo alto de la colina. A doscientos metros de donde hemos dormido está la casa de veraneo del escritor Thomas Mann, convertida en la actualidad en museo. El tiempo está mejorando mucho, y vemos pasar algunas bicis por el carril que lleva hasta Juodkrantė. Nos hubiera gustado muchísimo recorrerlo acariciando pinos y dunas, pero nuestro tiempo se acaba. Volvemos a la auto, y antes de arrancar le echamos otros diez litros de agua.

Unos 18 kilómetros al Norte de Nida hay un aparcamiento con numerosos vehículos. Ya lo vimos ayer, y hoy no nos resistimos a averiguar de qué se trata.

En cuanto salimos de entre los árboles entendemos por qué llaman a este sitio *El Sáhara lituano*. Salvando las distancias, claro está, pero es que la formación dunar es impresionante y, sobre todo, muy alta. Al estar atardeciendo, la mayoría de la gente va de recogida, y tenemos la inmensa suerte de disfrutar en soledad del paisaje, del tiempo y del silencio.

Por lo visto estas dunas se hallan en perpetuo movimiento, y a tenor de lo que dicen los paneles hay más de un pueblo sepultado bajo la arena.

Como si de una película del Oeste se tratara

Altas dunas

La península de Neringa a todo lo ancho

Báltico atardecido

Volvemos a la auto y continuamos hacia el Norte. Antes de cruzar Juodkrantė paramos junto al observatorio de aves que nos recomendó Sharunas. Por lo visto, hay una colonia de miles de cormoranes, pero deben de estar de visita, porque sólo divisamos unos cuantos encaramados a los árboles muertos (al parecer, se los cargan ellos mismos a base de excrementos).

Los cormoranes

Chandra y Bego

Cruzamos el pueblo y seguimos para arriba, siempre hacia el Norte. Pasamos de nuevo el control de entrada al Parque Nacional. Tememos que se nos haga de noche, pero hoy el crepúsculo parece interminable. En la semioscuridad del bosque estamos a punto de llevarnos un alce por delante.

Esta tarde Victoria, la de autocaravanista de Madrid, nos comentó la existencia de un buen sitio para dormir en la costa exterior, enfrente mismo de la salida del ferry. Lo encontramos sin dificultad (N 55° 40' 40.48'' E 21° 6' 15.85''). En el lugar hay un chiringuito de verano y un vigilante dentro con aspecto de quedarse toda la noche, pero con la rasca que hace dudo mucho que venga nadie a dar la tabarra. Además, si hubiera puente hasta Klaipeda, pero como hay que coger el barco…

En el aparcamiento está también un coche que nos escama un tanto, pero la sospecha se desvanece cuando vemos que aparece otro y lo engancha con una correa para remolcarlo (en Lituania no parecen existir las grúas: todos los coches averiados que hemos visto se los llevaban así.)

Orilla del mar

Buscando resguardo del viento

Cae por fin la oscuridad de lo que será nuestra última noche lituana. Afuera sopla el viento y las nubes corren deprisa. Hacia el Este, as luces de la ciudad se reflejan contra el cielo.

Flota en el ambiente un no sé qué de nostalgia. Estamos a punto de acostarnos cuando oigo un motor. Mosqueado, apago la luz y bajo dos dedos el oscurecedor. Falsa alarma: son nuestros queridos compadres de Madrid.

Kilómetros etapa: 44
Kilómetros viaje: 6.480

24 de agosto, día 38.

Si no existieran fronteras, o si éstas fueran más permeables, el camino de hoy sería distinto. Todo nuestro viaje se ha desarrollado dentro del *Espacio Schengen*, al que Polonia y las repúblicas bálticas se adhirieron hace apenas ocho meses, y eso nos ha

evitado parar en un montón de fronteras y someternos al *ojo-que-todo-lo-ve* del perdonavidas de turno.

Pero hete aquí que debajo de nosotros está Kaliningrado -la antigua Königsberg alemana-, que con sus catorce mil kilómetros cuadrados hace de tapón, y viene a ser un recordatorio del pasado (fin de la Segunda Guerra Mundial, Guerra Fría) y de las tensiones presentes (anteayer, sin ir más lejos, el Presidente ruso amenazó con estacionar misiles en este enclave en el caso de que Estados Unidos insistiera en desplegar su escudo antimisiles). Si, como dicen, las fronteras son las cicatrices de la historia, en el caso que nos ocupa estamos ante un señor costurón.

Desde Nida, por el módico precio de 150 kilómetros hubiéramos podido continuar península abajo, cruzar Kaliningrado ciudad para enseguida entrar en Polonia. En lugar de eso, nos vemos obligados a dar un rodeo de más de 500 kilómetros pasando por Kaunas.

Salgo con Chandra para su paseo matinal y saludo a los de Madrid. Ellos se van para Vilnius. Les explico cómo llegar al parking donde pernoctan las autos, y nos despedimos. No llevan GPS, su cartografía es de lo más elemental y apenas si saben cuatro palabras de inglés: me maravilla el arrojo y el empeño de esta gente a la hora de patearse el mundo.

En el ferry

Una vez desayunados, nos vamos para el ferry y, ahora sí, cruzamos Klaipeda sin dificultad. Como es el único puerto del país, está comunicado con **Kaunas** por una excelente autopista. Los 217 kilómetros hasta esta ciudad los recorremos alegremente. Sin embargo, algo en apariencia tan sencillo como circunvalar la urbe y enfilar hacia **Marijampolė** y la frontera por la A 5 se convierte en poco menos que una odisea debido, en primer lugar, a la proverbial incapacidad de los lituanos para señalizar en condiciones: en los carteles, cuando los hay, aparece tal cantidad de nombres e indicaciones que resulta materialmente imposible leerlos como no te pares. Estamos a punto de meternos en una vía de servicio cortada, y eso que lo que buscamos es la ya conocida *Vía Báltica*, puerta de entrada al país desde el Sur.

A continuación se nos pone a llover. El tiempo, que nos ha respetado en las primeras horas, cambia a temporal y tiene trazas de seguir indefinidamente. Por último, aparecen carteles en la carretera avisando de que un poco más adelante está cerrada. Yo no termino de creérmelo: ¿cómo va a estar cortada una carretera nacional? Pues por obras es así, aunque sólo el carril de bajada: Nos desvían por una vetusta carretera paralela que no debe haber sido renovada desde los tiempos de Kruschev. Queremos

parar en una gasolinera lituana para gastar las últimas litas, pero todo lleva trazas de que nos van a echar de Lituania sin dejar que nos despidamos.

Por fin los desvíos nos devuelven a la carretera principal. Cruzamos Marijampolė, desierta por ser hoy domingo. La proximidad de la frontera me obliga a entrar en una gasolinera situada al otro lado de la calzada. Pongo el intermitente y estoy a punto de tragarme un camión enorme que no está dispuesto a reducir. Me adelanta a todo trapo envolviéndonos una cortina de agua.

Como no nos queda mucho dinero lituano, le digo a Bego que mejor compre unos *kebab* en un puesto de allí al lado, y que el resto se lo funda en la tienda de la gasolinera. Por mi parte, lleno el depósito y pago con tarjeta. Vuelvo a la auto para apartarla del surtidor y entonces compruebo, estupefacto, que no arranca.

El gesto de girar la llave del contacto es tan cotidiano, lo he realizado tantas miles de veces en los últimos veinticinco años que sencillamente mi cerebro no asimila la situación. Saco la llave y lo vuelvo a intentar. Ni siquiera se ilumina el cuadro de mandos. Anonadado, vuelvo a la tienda y le comunico a Bego la mala nueva: domingo a mediodía, en una estación de servicio a las afuera de Lituania, lloviendo a mares… y con avería.

Mientras ella termina con la compra, vuelvo a la auto. No se me ocurre otra cosa que volver a intentarlo… Y esta vez arranca. Incrédulo con mi buena suerte, saco el vehículo de la línea de surtidores y estaciono cerca del puesto de kebab, pero sin osar parar.

Vuelve Bego de la tienda. Como no había mucho donde elegir, viene cargada de botellas de medio litro de cervezorro lituano. Engullimos los kebab con el motor en marcha. ¿Qué hacer? El primer impulso es ir hasta la ciudad más próxima. Eso significa volver hacia atrás, a Marijampolė, pero me doy cuenta de que 50 kilómetros hacia el Sur, ya en Polonia, tenemos **Suwalki**, donde precisamente hay un concesionario Fiat. Como tenemos la dirección de éste y una vez en Polonia ya podemos usar el Tomtom, decidimos que es mejor seguir hacia adelante.

Cuando las cosas van mal, siempre son susceptibles de ir a peor

Rezando para que el motor no se cale ni nos hagan parar en ningún sitio, cruzamos la frontera y recorremos los 27 kilómetros que faltan hasta Suwalki. Después de tantos días, es un placer conectar de nuevo el navegador y tener al menos una mano amiga que te guíe.

El directorio de Fiat sitúa el concesionario en Wojska Polskiego 98. El mapa del TT viene algo incompleto y sólo trae los primeros números de la calle, pero seguimos adelante y lo encontramos ya casi en las afueras (N 54° ‘ 27.86’’ E 22° 55’ 57.27’’).

En el resto del tránsito por Polonia, cuando hemos pasado por la puerta de otros concesionarios de la marca hemos visto todo el recinto cerrado a cal y canto, con unas vallas y unas rejas que daban miedo. Por eso no sabemos la suerte que tenemos cuando comprobamos que en éste se puede entrar. Además, fuera de las naves exponen coches de segunda mano, lo que indica a las claras que hay vigilante.

Estacionamos a la entrada, en un hueco libre, y nos acercamos al edificio para ver los horarios. El vigilante, que nos ha visto, pasa de salir a preguntar si necesitamos algo. Por lo visto aquí madrugan de lo lindo, porque el taller abre a las siete de la mañana.

Nuestra intención hoy era hacer unos 100 kilómetros más para pernoctar en Giżycko, pero ahora ya no importa: en el fondo no acabamos de creernos nuestra buena suerte, y lo bien que nos ha ido para lo que podía haber pasado (por ejemplo, quedarnos tirados en uno de los diminutos apartaderos de la autopista Klaipeda-Kaunas, cuando cambiamos de conductor). Hay que esperarse hasta mañana lunes, pero eso es lo de menos.

Hace rato que dejó de llover, así que nos vamos de paseo. El vigilante está al loro y no termina de fiarse, de modo que pongo una hoja de papel bien visible en el salpicadero con la siguiente leyenda: AWARIA, por si se acerca a curiosear.

El camino hasta el centro son casi 3 kilómetros desandando la larga calle que hemos recorrido para llegar. En ella hay un museo de la guerra y numerosas viviendas de militares. Algunas siguen en activo, otras están abandonadas y otras parecen cedidas a civiles. A la izquierda vemos un bonito y sugerente lago, y decidimos rodearlo. El lugar es idílico y la luz magnífica, pero las miradas inquisitivas de algunas personas nos indican que, pese a sus treinta y cinco mil habitantes, en esta ciudad no están demasiado habituados a ver forasteros. También nos llama la atención la extraordinaria agresividad de algunos pastores alemanes que custodian los jardines de decrépitas casas.

Suwalki

Lago de Suwalki

Lago de Suwalki

Jóvenes de Suwalki

Cisne de Suwalki

La ciudad no tiene nada antiguo, imagino que quedaría bastante tocada durante la última guerra. Ir a un cajero y sacar otra vez zlotys es un poco como volver a casa. Llegamos a la auto ya de noche. A pocos metros de donde hemos aparcado está la valla de un almacén de materiales de construcción, y detrás un par de perráncanos que ladran casi toda la noche. Nos gustaría cambiarnos de sitio, pero no tenemos opción: no sabemos si arrancaremos y, en todo, caso no conviene mosquear aun más a nuestro amigo el vigilante.

Kilómetros etapa: 331

Kilómetros viaje: 6.811

25 de agosto, día 39.

A las ocho pruebo a arrancar la auto y, alegría, funciona. Estaciono en las proximidades de la puerta del taller y nos vamos para la oficina. El diccionario que compramos en Wroclaw hace ya milenios nos va a ser de una ayuda inestimable. Hemos buscado (y apuntado en un papel) las siguientes palabras: *awaria* (avería), *samochód* (automóvil), *akumulator* (batería), *nie* startować (no arranca) y *czasem* (a veces).

El hombre que nos atiende es de mediana edad y luce un bigotón que recuerda al de Lech Walesa. Al principio es correcto pero más bien frío. Cuando le enseñamos nuestra chuleta de estudiante sonríe y llama a un mecánico. Es éste un chico joven, bien plantado y un poco guaperillas. Mantienen una conversación de la que sólo captamos el tono tenso. Por un momento temo que nos digan que la avería no es asunto suya y que nos larguemos con viento fresco pero no, el problema es otro: el de la oficina quiere quedar bien con los extranjeros y ha llamado al mejor mecánico, probablemente el jefe de taller. Éste debe parecerle una indignidad el que le encarguen arreglar algo tan sencillo como una batería, y nos acompaña con un humor de mil diablos. Por señas, me pide que arranque la auto y la meta en la nave. Lo intento, pero otra vez está muerta. Sale conmigo, abro el capó y hago varios intentos de arranque mientras él manipula. Vuelve para adentro. Yo pensaba que vendría con algún sofisticado aparato de medición de voltaje, pero no: trae simplemente un juego de llaves y una lija. Saca la abrazadera de contacto de uno de los polos y raspa el borne. Vuelve a probar y, alehop, la auto arranca sin problemas. Sorpresa por mi parte: yo que creía que la batería se había muerto y resulta que era un problema de contacto. Nuestro mecánico, más contento ahora, sustituye la pieza de contacto por otra nueva, me entrega la vieja y se despide sonriendo.

Toda la operación no ha durado ni quince minutos. Vuelvo a la oficina. Lech Walesa se sorprende de mi rápida vuelta, al parecer el mecánico no ha dado parte del arreglo (por eso deduzco lo del pique entre ellos). Me pide la documentación de la auto para rellenar ficha y factura. Espero que no se aproveche de la necesidad y la clavada sea soportable. Me fijo en que además del ordenador utiliza para su trabajo pequeñas notas, tiene toda la mesa llena. Con una de ellas en la mano se acerca al mostrador y me la enseña para ver si estoy de acuerdo con el importe: 30 zlotys. Rápidamente le digo que sí, que no podría estar más de acuerdo. Pago y salgo a la calle más contento que unas pascuas: dudo mucho de que en España haya algún taller que cobre sólo 8 euros por algo, aunque sólo sea por entrar a saludar.

Contentos por lo bien que nos ha salido todo, vamos camino de **Giżycko** por la secundaria 653 y después por la 655. Dos cosas me llaman la atención de esta parte del camino: las infinitas arboledas que jalonan la carretera y los tremendos *koleinys* con que nos topamos a veces. Realmente hay que ir con mucho cuidado, ya que a veces te hacen perder el control de la dirección, y en una ocasión al menos estuve a punto de irme al carril contrario. Menos mal que hoy luce el sol y no hay que vérselas con los charcos.

Los árboles

Los *koleinys*

Giżycko recuerda mucho al Interlaken suizo, ya que se encuentra en una estrecha franja de tierra que separa dos lagos; es por ello una localidad sumamente turística. Pasamos de largo y seguimos por la 592, ya que nuestro destino es otro: en polaco se llama *Wilczy Szaniec*, en alemán *Wolfschanze*, y en castellano *Guarida del Lobo*; es uno de los mayores cuarteles generales que construyó Hitler (no hay que olvidar que esta región era por aquel entonces Prusia Oriental). El acceso está a la entrada de **Kętrzyn**, sin señalizar desde donde nosotros venimos. Aquí se coge una pequeña carretera que pasa por Karolewo y lleva a la pequeña localidad de Gierłoż y que nos deja a la puerta del sitio de marras (N 54° 4’ 46.82’’ E 21° 29’ 4.00’’). Allí nos espera un comité de bienvenida: primero un chaval joven que nos habla -en inglés- y nos cobra la entrada. No recuerdo cuánto, pero sé que no nos pareció cara. Luego un señor más mayor que da por supuesto que nosotros, españoles, sabemos también alemán, se presenta como guía e insiste en que cuando aparquemos nos encontremos con él. A mí el recibimiento no me parece mal del todo, pero a Bego le han parecido bastante fascistas. Y a la hora de las intuiciones está claro que hay que fiarse de las mujeres.

Una vez dentro otro tipo, éste con chaleco reflectante, nos dirige hacia una zona con árboles destinada a autocaravanas. Nuestra sorpresa es mayúscula al descubrir que son una especie de parcelas con grifos individuales ¡y con toma de electricidad! Es decir, un área de autocaravanas en toda regla, y además en el último sitio donde esperábamos encontrarla.

Es aún temprano para comer, así que nos vamos a hacer la visita. La señalización es escasa (para que contrates guía), pero lo que nosotros hacemos es adquirir un mapa en una tienda de recuerdos que encuentras una vez iniciado el recorrido.

El complejo fue construido para dirigir desde aquí la ofensiva alemana sobre Rusia en 1941. Constaba de unos ochenta edificios camuflados, de los que cincuenta eran búnkeres. Se hallaba rodeado de alambres de púas y campos minados, y tenía guarnición militar, aeródromo y estación de ferrocarril. Aquí tuvo lugar, el 20 de julio de 1944, el famoso atentado fallido contra Hitler que, de haber salido bien, le habría ahorrado a Europa casi diez meses de guerra y varios cientos de miles de muertos.

Cuando las tropas soviéticas se aproximaban a la zona, los alemanes abandonaron el enclave, pero antes dinamitaron los edificios desde dentro. Éstos eran tan mastodónticos que la mayoría de las veces sólo abrieron grietas.

Un silencioso ominoso flota en el lugar, interrumpido sólo por la explicación de los guías. La vegetación lo invade todo, y estas estructuras trapezoidales envueltas en musgo guardan un sorprendente parecido con las pirámides mayas que duermen en las selvas del Yucatán. *Sic transit gloria mundi.*

Lo que más gracia nos hace es que cada uno de los jefazos tuviera casa y búnker privado: el de Hitler, sobra decirlo, era el más gordo, pero también tenían su propio búnker Goering, Jodl, Keitel… Reflexiona Bego sobre qué poco se aguantarían unos a otros cuando ni siquiera estaban dispuestos a compartir espacio durante los bombardeos.

Visitamos lo esencial del complejo, ya que recorrerlo al completo nos llevaría demasiado tiempo. Mientras Bego cocina, yo ando por fuera cargando agua de nuestro providencial grifo. A unos diez metros ha aparcado una autocaravana alemana bastante viejecita, con sus dueños también mayores. Sueltan a un perro que se viene como una flecha para Chandra, con intenciones más bien agresivas. Por suerte es pequeño, pero aun así tengo que coger a mi perrilla y meterla en la auto. Lo que más me molesta es que los otros dos no sólo no hacen ademán de disculparse, sino que ni siquiera llaman a su chucho. En lugar de eso se ponen delante de su auto en un extraño plan atento-vigilante. Si quieren pegar la hebra, por nuestra parte lo llevan claro. Un poco aburridos sí que se les ve porque enchufan la toma de corriente y, tan sólo media hora después, recogen y se marchan. Es que hay gente *pa tó*.

Aun no lo sabemos, pero este incidente en apariencia irrelevante marca el cambio de tendencia que transformará el resto del viaje por Polonia en una pequeña pesadilla.

Pero eso por fortuna nosotros aún no lo sabemos: luce el sol, la temperatura es agradable y la carretera se desliza bajo nuestras ruedas con toda la placidez que permite la malformación de la calzada. Vamos por la 592 hasta **Bartoszyce**, donde hacemos escala técnica en un Lidl. Estamos a 58 kilómetros de Kaliningrado capital y a sólo 17 de la frontera rusa; ya hemos completado la gran, la absurda, la estúpida vuelta que iniciamos en Nida.

Tras la compra, giramos por la carretera 51 hacia el Sur. El firme es mejor, y avanzamos rápido. Tal vez por eso no nos quedamos a dormir en **Lidzbark Warmiński,** donde al pasar vemos un castillo de los que quita el hipo. Tampoco sabemos si el resultado hubiera sido distinto o si no, pero es lo que tiene el elegir: el deseo de adelantar trayecto nos lleva hasta **Dobre Miasto** (en adelante, *Doble Miasma*), donde según la guía se levanta una enorme iglesia gótica de ladrillo. Llegamos y cruzamos el pueblo sin hallar donde estacionar y lo hacemos a las afueras, junto a unos bloques de pisos. La localidad no es pequeña (11.000 habitantes), pero enseguida nos queda claro que despertamos sensación: a cierta hora se irán todos los turistas y no queda nadie que sea de fuera.

La iglesia de *Doble Miasma*

Volvemos a pie hasta el centro para ver la iglesia y de paso buscar un sitio donde dormir. El terreno donde hemos dejado la auto está bastante inclinado, y además aquí parecen tener un sentido de la propiedad bastante acentuado con el tema de los aparcamientos. Nos recorremos el pueblo de cabo a rabo, y al final llegamos a la conclusión de que el sitio más tranquilo y resguardado de la carretera es un parking al lado mismo de la iglesia. Durante el paseo hemos encontrado lo que nosotros llamamos *piquetes*: grupos de personas, en este caso jóvenes, estratégicamente situados en bancos, escalinatas, bordillos. Ninguno dice nada, pero no nos quitan ojo.

Doble Miasma *in the night*

Regresamos a por la auto y la traemos al susodicho lugar. Antes hemos estado elaborando infinidad de cábalas sobre la mejor forma de colocarla, de equilibrarla, de que por la mañana no nos cierren la salida… Estamos preparando la cena cuando oímos acercarse a un grupo de vociferantes. Estoy esperando a que pasen de largo cuando de repente nos dan en un lateral. Abro el oscurecedor y diviso a un grupo de bestias pardas saltando sobre las chapas de una pasarela metálica cercana. No se van: están a la expectativa, a ver qué hacemos. Antes de que empiecen con las piedras, decidimos levantar el campamento.

Con un disgusto fenomenal y maldiciendo de los jóvenes *doblemiasmenses*, desandamos el camino que trajimos esta tarde. Siempre es bueno contar con un plan B, y por suerte hoy lo tenemos: unos 5 kilómetros antes de llegar a destino vimos a la derecha un área de descanso bastante grande. Cruzamos la zona más pegada a la carretera y nos ponemos al fondo, en un lugar arbolado y fuera de la vista y sobre todo del oído: esto es importante, estamos en la carretera de Kaliningrado y por aquí circulan camiones toda la noche.

Un automóvil entra al área, da media vuelta y se marcha. Mosqueo.

Cenamos la más triste de todas las cenas tristes del viaje.

Kilómetros etapa: 235

Kilómetros viaje: 7.046

26 de agosto, día 40.

En 1983 se publicó un libro escrito por Julio Cortázar y su mujer, Carol Dunlop, titulado *Los autonautas de la cosmopista o Un viaje atemporal París-Marsella*. Dicho libro se puede descargar de Internet:

http://www.librosgratisweb.com/html/cortazar-julio/los-autonautas-de-la-cosmopista/index.htm

Los autores se propusieron realizar un trayecto la mar de curioso: se trataba de realizar el trayecto antes mencionado con un *camper*, empleando un mes, sin salir de la autopista y deteniéndose en todas y cada una de las sesenta y cuatro áreas de descanso, a razón de dos por día. De la experiencia surgió este libro que combina reflexiones, diario de ruta y fotografías. Durante ese tiempo tuvieron que vérselas con la desconfianza de la policía y el personal de la autopista, situación absurda e incómoda donde las haya y que todo el que sea autocaravanista comprenderá perfectamente por haberlo padecido alguna vez en sus carnes.

El libro lo descubrí por casualidad en la biblioteca pública de Cáceres, siendo aún estudiante. Buscaba relatos de Cortázar y me sorprendió su, valga la redundancia, formato informal. Lo hojeé un rato por encima, y durante más de veinte años he

recordado el pie de foto de la página 148, que dice: *So pretexto de vagos trabajos, el cerco se va cerrando y hay que huir*. En la imagen lo único que se ve es a un par de operarios limpiando y vaciando papeleras, y por ello lo interpreté como una paranoia del escritor, hasta que he podido comprobar que esas cosas pasan.

Si no, cómo interpretar que, cuando saco a pasear a Chandra y paso por la parte superior del aparcamiento, los ocupantes de un coche de matrícula rusa que están fuera charlando dejan de hacerlo y me miran indisimuladamente, como si en vez de un inocente perrillo llevara de la mano un *kalashnikov*. Lo mismo la mujer con chaleco reflectante que limpia el área y ha venido del pueblo en vespino: me sigue los pasos hasta la auto de una forma tan evidente que incluso pienso me va a decir algo. Durante el tiempo que tardamos en desayunar y preparar la partida la tipa no nos quita ojo: parece que esta zona del área es la más guarra de todas, porque sólo barre alrededor de nosotros. Incluso se permite el lujo de tirar de móvil y fingir que llama a alguien sin quitarnos ojo. Harto de la película, me siento en el asiento del conductor y empiezo yo a controlarla a ella. Parece que su propia medicina no le gusta, pues sale escopeteada. Al cabo de un rato, recoge sus cosas en el vespino y se larga con viento fresco.

Desandamos camino hasta Doble Miasma y allí cogemos la comarcal 507. De aquí a **Orneta** todo va bien, pero una vez pasado este pueblo nos encontramos que la carretera está cortada. Como alternativa te proponen un desvío cuaternario que supera mis peores pesadillas. Delante llevamos un trailer que, al cabo de un rato, se detiene: un puente cruza ante nosotros, y según parece no hay altura suficiente para que pase. Enfrente hay otro camión con el mismo problema. Mientras los dos conductores deliberan por la radio, nosotros nos colamos.

Los carteles de desvío desaparecen, y también las indicaciones de cualquier tipo, incluidos los nombres de los pueblos. Por supuesto, esta carreteruela no aparece en el TT ni por asomo, y el firme llega a ser tan estrecho que no caben dos vehículos y uno se tiene que echar fuera, igualito que en el Sur de Marruecos. Increíblemente, el camión que dejamos atascado ha logrado pasar. Viene tan lanzado que en cuanto puedo me orillo y le dejo vía libre.

Aquí nos ceden paso (menos mal)

Visión de futuro: puente ensanchado *pa* cuando arreglen la carretera.

Carretera tipo del tercermundismo polaco.

Tras un largo rato de peregrinar a la alucinante velocidad de 20-30 kilómetros por hora damos con un pueblo que sí tiene cartel. Se llama Mylnary. A partir de aquí buscamos la carretera 22 que nos lleva a **Elblag**. Aquí parece que están construyendo una autopista en dirección a Kaliningrado. Cuando nos incorporamos a ésta, entre barreras y conos, los obreros dejan de trabajar y nos miran con muchísima insistencia, tanta que por un momento tememos no estar haciendo bien la maniobra. Se diría que por aquí nadie ha visto nunca una autocaravana.

Desde Elblag a **Gdansk** hay 61 kilómetros que hacemos como flotando, porque venimos de un mundo en el que no existen las carreteras decentes. Cruzamos de nuevo el Vístula y nos disponemos a entrar en la gran urbe. De aquí la única referencia que traemos para aparcar-pernoctar es un camping, y eso da un poco de mala espina. Entrando en los suburbios vemos una señal que indica aparcamiento para camiones. Nos cuesta un poco encontrar el sitio, y cuando damos con él parece estar metido en un recinto junto con chatarrerías y desguaces de aspecto tan miserable que el parking de

Wroclaw del primer día en comparación nos parecería ahora un hotel de lujo. Damos media vuelta.

Un poco más hacia el centro vemos de nuevo carteles de parking. Los seguimos y acabamos en la puerta de un solar bastante cochambroso donde recibe un tipo rapado, de unos cincuenta años. Baja Bego a preguntar los precios: 5 zlotys la hora y 50 las 24 horas. Entramos. Ahora otro empleado más mayor nos guía y pretende que nos coloquemos junto a otra autocaravana, pegados a la pared y metidos de morros en un barrizal. Por gestos le digo que no, y parece que no le gusta nada. Doy la vuelta y hago la maniobra marcha atrás. He quedado a un metro de la otra auto, y me obliga a rehacer la maniobra hasta que quedamos pegados como sellos de correos. A mí todo este baile no me gusta nada. Cuando llega el rapado, me enseña un papelito en el que ha escrito: 50 zlotys le digo que, que sólo nos vamos a quedar cuatro horas, y le muestro un billete de 20 zlotys. El tipo, groserísimo, empieza a gritarme con los ojos inyectados en sangre. El billete cae al suelo, entonces el otro lo recoge, me lo tira dentro de la auto y se va.. En mi vida me habían tratado así; este espécimen, durante el régimen comunita, debe de haber sido policía, chivato, torturador o las tres cosas a la vez. Arranco haciendo todo el ruido posible. Es tal mi ira que tengo que hacer esfuerzos para no pasarle por encima.

Recorremos la ciudad sin encontrar sitio libre. No es que en Gdansk no existan aparcamientos, sino que los huecos libres, o bien pertenecen a bloques de viviendas, o bien son sitios cerrados y vigilados como el del calvo macarra. Pero los que encontramos están pensados sólo para coches: intentamos entrar en uno, pero desistimos por lo estrecho del acceso.

Traíamos un plan B, que consistía en irse hasta el *Carrefour* y dejar allí la auto. Habíamos visto que estaba a 4 kilómetros del centro, pero si no había otra cosa… Pues bien, a la entrada del centro comercial encontramos lo que no habíamos visto en todo el viaje: un limitador de altura. Aviados estamos.

Hartos ya de dar vueltas y muy calientes aún por el follón anterior, conseguimos parar la auto en una especie de tierra-de-nadie. Comemos y deliberamos. Estamos hartos ya de movidas, y empezamos a estar hartos de Polonia. Si no quieren que veamos Gdansk, no lo veremos. Decidimos irnos a dormir a **Leba**, que está en la costa, al lado del *Parque Nacional Slowinski.* Nos parece un sitio adecuado para desintoxicarnos de tan nefastas experiencias.

Koleinys a la salida de Gdansk

El trayecto hasta allí son poco más de 100 kilómetros y pensamos que no nos llevará mucho más de una hora. Pero una hora es lo que tardamos en cruzar la conurbación Gdansk-Gdynia: lo que en el mapa aparece como circunvalación es en realidad una vía urbana con semáforos cada doscientos metros. La desesperación hace mella en nosotros, y también en otros: nada más dejar atrás los 30 kilómetros de continuo urbano nos encontramos, aún calentita, la torta que se ha pegado un impaciente.

Seguimos por la nacional 6, sorprendentemente despejada de coches, hasta **Lebork**, y desde aquí a la derecha 29 kilómetros más hasta Leba. La carretera no es la peor que hemos tomado hoy, pero se nos hace eterna porque estamos hechos polvo. Finalmente llegamos.

El pueblo resulta ser un concurrido destino de vacaciones. Hay un par de campings que decidimos ignorar. Encontramos el parking del Parque Nacional (N 54º 45’ 13’’ E 17º 31’ 03’’), y esta vez me toca preguntar a mí. En la garita hay un chico joven que parece la viva imagen de Légolas. Es muy amable y encima habla inglés, la

repera. Me dice que la pernocta son 8 euros hasta las 11 de la mañana, hora en que empiezan a cobrar la tarifa ordinaria. Me pide que le pague por adelantado y lo hago.

El tiempo se ha vuelto desapacible, con viento y muchas nubes. Queda poco para que oscurezca, pero aun así entramos en el Parque (en el que, según los carteles, está prohibido permanecer después de las nueve) y buscamos la playa entre los árboles, siguiendo el rumor de las olas.

El viento y las corrientes han formado aquí una barra de arena y una laguna interior. A estas horas la playa, de una arena blanca y finísima, está desierta. Nos parece un sitio estupendo para descubrir y descansar, pero no nos queda tiempo.

Cuando volvemos, ya de noche, el parking está casi vacío. Doy mi preceptiva vuelta para ver si encuentro un grifo, pero tararí que te vi. Hay dos cabinas de water químico, pero deben ser para uso del personal, ya que están candadas, de modo que vacío el nuestro donde puedo. Tomo precauciones para que no me vean desde la garita de entrada, pero un poco más tarde comprobaré que no hacía falta: un quad ha entrado a hacer prácticas de conducción en el parking. Entonces me doy cuenta de que las barreras están subidas, y que no hay nadie vigilando, y que hemos pagado por nada.

Kilómetros etapa: 270
Kilómetros viaje: 7.316

27 de agosto, día 41.

En mi paseo matinal con Chandra topo con un nuevo personaje: es el trasunto del energúmeno de Gdansk, sólo que éste tiene pelo. Gasta pantalón de campaña y jersey con charreteras, imagino que para darse un aire policial. En cuanto me descubre soy sometido al minucioso examen visual a que empiezo a acostumbrarme en estas tierras.

Habíamos pensado en coger el trenecito que conduce a las dunas y marcharnos de aquí a media mañana, pero nuestro deseo es llegar a Alemania cuanto antes y salir de este laberinto. A las diez y media arrancamos. La barrera está levantada y no hay nadie fuera de la garita. El parking se encuentra en un caminillo sin salida que desemboca en la carretera, doscientos metros más allá. Justo en el cruce está el para-poli hablando por un *walkie*. Conforme nos aproximamos se planta en el medio y hace gestos para que me orille. Como la autoridad que emana de aparcar coches no da para tanto, paso de obedecerle y me detengo en medio de la calzada. Viene hacia mi ventanilla y por gestos

le digo que a la otra, que la de los idiomas es Bego. Esto parece molestarle. A la pregunta de que si hay algún problema responde que sí, con cara de que hubiéramos asesinado a alguien. Yo estoy harto de pamplinas e intento marcharme, pero el tipo, increíblemente rápido para su corpulencia, se coloca delante (es el segundo que tienta la suerte en menos de veinticuatro horas, al final voy a acabar cometiendo polaquicidio). Le preguntamos por las buenas y después por las malas, pero el colega como quien oye llover. Empieza a formarse una cola de coches que quieren entrar al parking. Al cabo de varios minutos en esta situación estrambótica aparece Légolas en bicicleta. En cuanto nos reconoce, le dice al otro que nos deje marchar. Por toda disculpa nos dice que *nos hemos marchado sin parar a la salida.* Pero bueno, entonces ¿para qué demonios cobran por adelantado? ¿Por qué la barrera subida y nadie al tanto? ¿Acaso todos los turistas somos ladrones y delincuentes? ¿Nos han visto cara de gilipollas? La suma de atropellos y humillaciones desborda ampliamente el vaso de mi paciencia, clavo el claxon y lanzo al pseudos-madero todo mi repertorio de insultos. Éste ya se ha desentendido de nosotros, que nos vamos de allí echando lumbre, tentados todavía de volver atrás y bloquear la entrada a estos infelices patanes sodomizados por su patológica desconfianza.

Tan alterado voy que acelero como un poseso (60 km/h) y estoy a punto de descarrilar por obra y gracia de unos enormes bultos que le han salido a la calzada. Tengo que serenarme: a este paso no llegamos de una pieza a la frontera.

De Leba retrocedemos hasta **Wicko** y luego a la derecha por la comarcal 213 hasta la onomatopéyica **Slupsk**. Aquí nos detenemos junto a un super. Mientras Bego compra algunas cosas yo me voy hasta una gasolinera cercana, a ver si hubiera grifo. Lo encuentro, pero sin gota de agua. De todos modos decidimos echar los últimos zlotys en gasoil. En ello ando cuando aparece un chico joven, amable y que sabe inglés. Cuando acabo de repostar, le pregunto si puedo conseguir agua, y él pregunta a su vez si es para mí o para el vehículo. Respondo que para el vehículo, pero no para el radiador, ni para el limpia, ni para lavarlo: necesito agua para *dentro*. Pido a Bego que venga en mi auxilio, a ver si con su inglés más preciso lo entiende mejor. Ni por ésas: un currante de gasolinera en una ciudad de cien mil habitantes, a 230 kilómetros de la frontera alemana, se muestra incapaz de entender que las autocaravanas usan agua *por dentro*. Pero al menos ha sido simpático y nos ha tratado bien lo cual, después de lo visto, es imprescindible reseñar.

A partir de aquí entroncamos con la nacional 6, que no abandonaremos ya hasta salir de Polonia. El firme mejora bastante, pero hay mucho tráfico y de lo más temerario, por cierto. Incluso nos adelanta un trailer de los que llevan remolque. (viniendo vehículos de frente, claro, que si no no tendría gracia). A propósito de los adelantamientos, conviene señalar algo importante: la línea blanca que delimita el arcén puede ser continua o discontinua. La continua significa que no puedes orillarte de ningún modo (bueno, esto es en teoría). La discontinua, por el contrario implica automáticamente que te *arrejagas* a un lado para dejar paso a los que vienen detrás. La contemplación de las variadas acrobacias que los polacos realizan a bordo de sus autos locos entretiene el camino hasta **Koszalin**. Cruzamos la ciudad, más o menos del tamaño de Slupsk**,** y nos detenemos un poco más allá para comer, a la entrada de un pueblecito de carretera, creo recordar que **Karlino**.

Los siguientes 100 kilómetros se transforman en una inesperada agonía: resulta que las autoridades polacas, con buen sentido, han dictaminado que los puentes de la nacional no están preparados para soportar el volumen/tonelaje que transita por ellos en estos tiempos modernos, y se han puesto manos a la obra para solucionarlo. La idea en sí parece estupenda, si no fuera por dos pequeños detalles: han habilitado un solo carril para las dos direcciones con semáforo alterno (y esto en la carretera principal que bordea la costa, las colas que se forman son de espanto). La segunda pega es que han decidido arreglar diez o doce puentes a la vez. Habida cuenta que cada semáforo permanece en rojo o verde una media de cinco minutos, el amable lector podrá deducir las infinitas demoras y la desesperación que va carcomiendo el ánimo de los autocaravanistas. Al final, una hora de viaje se transforma en tres.

Por fin (por fin) llegamos a la autopista que rodea a **Szczecin**, pronúnciese este nombre como se pronuncie. Dicha ciudad -420.000 habitantes- en alemán se llama Stettin, y era el puerto de Berlín hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial. Al igual que Danzig (Gdansk), fue botín de guerra al término de las hostilidades y repoblada con polacos de las regiones del Este, a su vez anexionadas por la Unión Soviética. Tal vez en este traslado masivo de habitantes –al fin y al cabo una deportación, y de eso hace apenas sesenta años- esté la raíz de ese malestar, *mal-à-l´aise, unrest*, que hemos percibido -y sufrido en propias carnes- en nuestro peregrinar por estas apartadas regiones.

Por fortuna, la salida de Polonia nos depara una grata sorpresa: paramos a descansar en un área de la autopista. Como el gasoil en Alemania es algo más caro,

aprovecho para llenar. Esta vez ni me atrevo a preguntar si tienen agua, pero en mi protocolaria y rutinaria visita alrededor de la estación de servicio descubro un grifo. Vuelvo corriendo a contarle a Bego la buenísima nueva. Llenamos a tope, y de este modo la amarguísima amargura de estos últimos días por Polonia se atempera un poco.

Entramos en Alemania. Un tramo de 6 kilómetros de firme infame nos recuerda que hasta hace poco esto era la RDA (¿o lo habrán dejado adrede, para que los conductores polacos levanten el pie del acelerador?)

Berlín cae a tiro de piedra de la frontera. No queremos meternos en su anillo, así que en la salida 10 tomamos dirección **Eberswalde**. Traemos en el TT la referencia de un área de autocaravanas (N 52º 50' 19'' E 13º 46' 01''). Se trata de un aparcamiento sin servicios cerca del *Familiengarten*. En las inmediaciones hay unos operarios montando una inmensa carpa. Montan el lógico ruido. Como han encendido focos, se acerca Bego a preguntarles si piensan trabajar toda la noche y ya de paso a practicar alemán. Respuesta: toda la noche no, pero se irán cuando terminen.

Bendita señal

Área de Eberswalde

La zona reservada para autocaravanas está recubierta de celosías de hormigón, de éstas que permiten que brote la hierba y dan al terreno una apariencia más *blanda*. Ha sido una suerte, porque en el enorme aparcamiento de al lado, que es de asfalto, aparece un ceporro a hacer trompos. Se va, vuelve y se vuelve a ir. Los montadores de la carpa desaparecen también a eso de las doce. Y se hace el silencio. Un silencio especial y diferente, porque por primera vez en muchos días descansamos tranquilos, y porque llegar a Alemania ha sido un poco como llegar a casa.

Kilómetros etapa: 375

Kilómetros viaje: 7.691

28 de agosto, día 42.

Eberswalde

Eberswalde

Cuando planificamos el viaje habíamos pensado en dedicar dos días a Berlín, donde no hemos estado nunca, pero a las alturas que estamos me temo que habrá que dejarlo para otra ocasión. Salimos a la A 11 y al poco desembocamos en la A 10, que rodea la ciudad por la parte Sudoriental. Encontramos menos tráfico del que esperábamos. Empieza a llover. Tomamos la A 9 y enfilamos hacia Leipzig, buscando el Sur.

Mañana sin historia en las autopistas alemanas. Ésta en concreto dispone en su mayor parte de tres carriles, pero a nosotros no es que nos hagan un gran servicio que se diaga, ya que el de la derecha está reservado para los camiones, y los otros dos son propiedad exclusiva de los velocísimos coches. Si permaneces un rato en el carril central, no tarda en llegar el que protesta porque no te arrimas a la derecha. Uno lo haría de buena gana si, cuando uno se topa con un camión, los que circulan por el carril intermedio te facilitaran el adelantamiento, pero en la práctica eso no ocurre casi nunca: el fardar de vehículos potentes y el *apartaisos que voy* son las dos principales similitudes entre los conductores alemanes y los españoles; en Francia, por ejemplo, es otro cantar.

A mediodía hemos dejado Chemnitz a un lado y Erfurt al otro. Se impone comer, pero nos gustaría hacerlo en algún sitio más tranquilo que las atestadísimas áreas de la autopista. Localizo en el TT lo que parece un área de autocaravanas a pocos kilómetros de la vía principal, así que nos vamos para allá. Lo encontramos: es un sitio precioso rodeado de bosque pero, oh sorpresa, resulta que se trata de un particular que te proporciona área si comes en su restaurante. Le decimos que la comida no nos interesa, que vamos en ruta y sólo queremos parar un rato, pero muy amablemente nos dice que no. En cambio insiste en que nos llevemos un folleto publicitario. Lo lleva claro, así van a hacer clientes por las narices.

Volvemos a la autopista y comemos en un área cualquiera. Como suele ocurrir, tampoco aquí hay un espacio específico para nosotros: las plazas destinadas a coches son demasiado pequeñas, y tenemos que aparcar donde los vehículos pesados. Eso, claro está, no agrada a todos los camioneros pero en algún sitio habrá que ponerse.

De nuevo en ruta. Ahora toca echar gasoil. Nos llama la atención las enormes distancias a las que se encuentran aquí las gasolineras: 60 y hasta 70 kilómetros. Entramos en reserva y nos vemos obligados a salir en busca de una que está a tope de coches y además tiene el acceso algo dificultoso, pero cualquiera se arriesga a quedarse tirado.

Seguimos hacia el Sur, rectos como una flecha. Parece mentira que Alemania sea un país de 83 millones de habitantes y bastante más pequeño que España, porque cuando lo cruzas apenas ves ciudades, sólo campo. A partir de Hof entroncamos con la ruta que trajimos al venir, y ya no la abandonaremos hasta bien entrada Francia.

Poco a poco nos acercamos a **Nürnberg**. De esta ciudad traemos como referencia un lugar de pernocta junto al parque de **Marienberg** (N 49° 28' 27.47'' E 11° 5' 37.83''), al Norte de la ciudad y descrito por el compañero Arsenio en el relato de su viaje por estas tierras. Guiados por el navegador, damos con el sitio sin dificultad, sólo que la entrada despista porque resulta un poco estrecha. Como es habitual en Alemania, al ser el área gratuita no dispone de instalaciones de carga y descarga, pero un water público permite vaciar las negras y, en caso de apuro, coger algo de agua.

Parque de Marienberg

Estamos contentos porque hemos llegado, pero sobre todo porque hemos llegado de día. Nos vamos de paseo por el parque, muy bonito y de considerables dimensiones (1 kilómetro por un 1 kilómetro). Imita tan bien una pradera natural que por momentos te olvidas de que te hallas en una ciudad de medio millón de habitantes. Incluso dispone

de zonas autorizadas en donde soltar a los perros para que corran libremente. Precisamente en una de ellas nos sucede el incidente que narro a continuación:

Taimado y astuto, se nos acerca por detrás un perro de tamaño regular. Como no lo hemos visto venir nos sobresaltamos, especialmente Chandra, a la que hay que coger en brazos. Los dueños se encuentran a unos cien metros y no hace ademán alguno de llamar al perro, pese a que ven que nos está molestando. Le grito amo en tres ocasiones que lo llame, pero ni por ésas. Yo me pongo frente al animal para evitar que se acerque a la perra, y éste empieza a mostrarse agresivo. Sólo entonces lo llaman.

Pensábamos que la cosa quedaría ahí y seguimos caminando, pero ellos nos siguen. Tan evidente resulta el gesto que nos detenemos. El tipo se crecer al ver que somos extranjeros y me espeta algo (en alemán claro); yo le replico (en español, claro está). No nos entendemos, pero con las miradas sobran. Según Bego, el tipo arguye *que su perro tiene derecho a blablabla.* La mujer de él se une a la filípica en plan sonco. Yo ya no digo nada, sólo los miro asesinamente hasta que se marchan con el perrito de los cataplines. Nos quedamos Bego, Chandra y yo retadores, manteniendo del campo. Es una pena que en ocasiones personas así puedan representar a un país entero.

Aún con el disgusto, volvemos al parking. Al llegar comprobamos que nos han rodeado: coche a un lado, furgoneta al otro, y enfrente una caravana. No son turistas, sino lituanos emigrantes en busca de trabajo, y en torno a nuestra auto han montado su patio de recreo. No tenemos ánimo para nada, así que nos mudamos al otro extremo del aparcamiento. Recibimos a cambio miradas recriminatorias, pero así es la vida.

El sol se pone en Nürnberg

Kilómetros etapa: 521

Kilómetros viaje: 8.212

29 de agosto, día 43.

La noche ha sido tranquila, mucho más de lo que esperaba. La dos familias lituanas siguen allí, pero faltan los cabezas de familia: habrán ido al trabajo o a buscarlo. Como en el área de Herrieden, se codean aquí la opulencia con la necesidad. Reflexiono sobre los miles de diminutos dramas humanos que pueblan y salpican este club de ricos denominado Unión Europea.

Hoy nuestro destino en **Friburgo**, a 387 kilómetros. En cualquiera de los países que dejamos atrás sería una locura plantearlo siquira, pero aquí pretendemos hacerlos en la mañana, y así reservar la tarde para visitar la ciudad.

Salimos de Nürnberg por donde entramos y, como Berlín, rodeamos la ciudad por el Este. Luego nos incorporamos a la A 6 desandando el camino que hicimos el 3 y el 4 de agosto, tan lejanos ya en el tiempo. Encontramos algunos atascos por obras, pero ninguno excesivamente largo, como ya nos pasó en otros viejes por Alemania. Como

esta vez vamos prevenidos, las obras del enlace con la A 81 las afrontamos sin mayor problema. No así los camiones, que, como tienen prohibido durante casi todo el día salirse del carril derecho, se adensan en kilométricas colas.

Esta mañana, al salir, había una especie como de neblina. A medida que avanzamos hacia el Oeste se despeja y empieza a brillar el sol con una intensidad que no recordábamos.

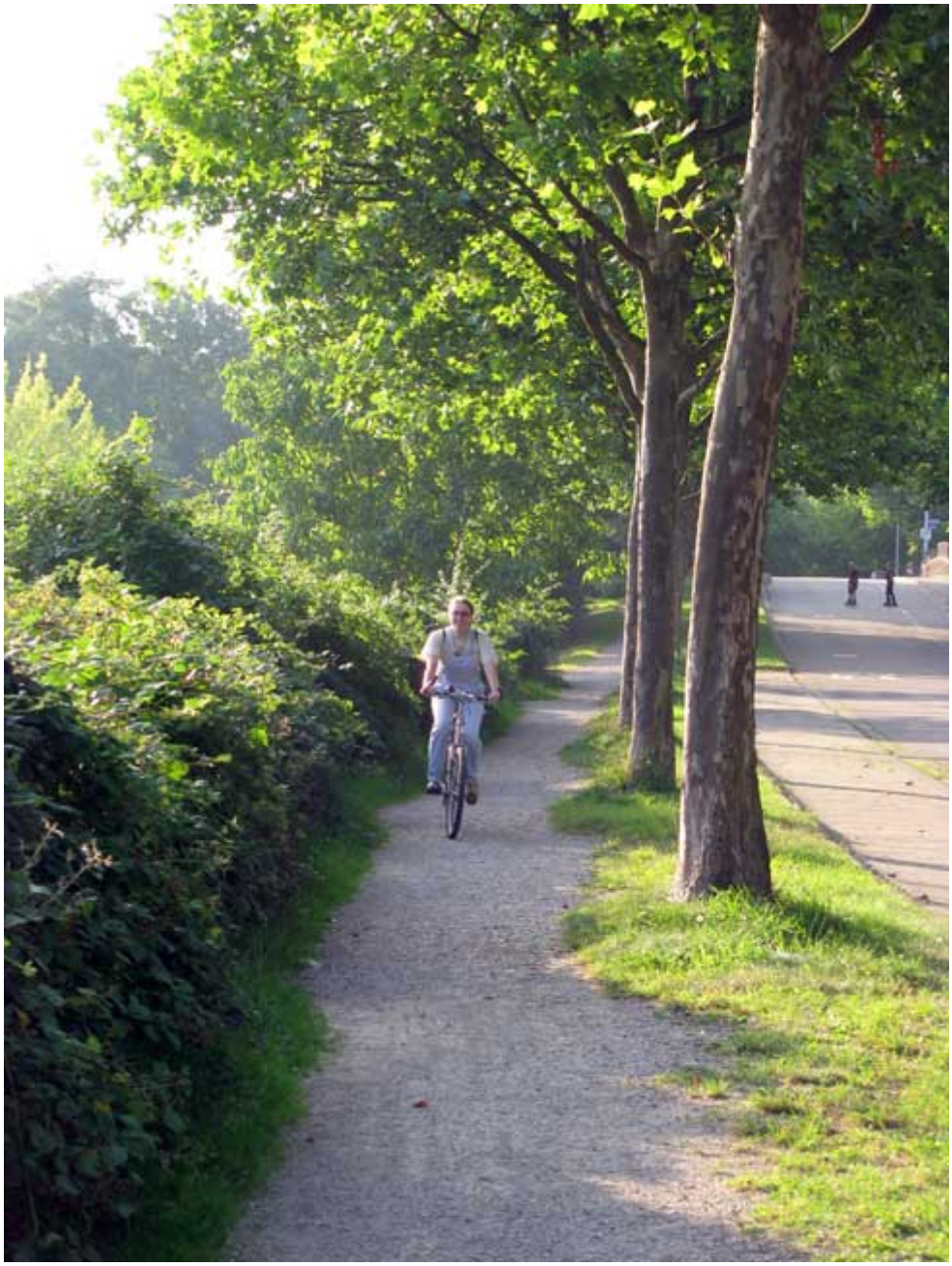
Durante una parada técnica se nos acerca una chica rusa. Señala su furgoneta, aparcada detrás de nosotros, y en un inglés muy bueno nos explica que se han quedado sin gasolina, que si les podemos ayudar. Trato de explicarle que nuestro vehículo es de gasoil, pero me parece que no lo entiende porque, según parece, en Rusia muy pocos vehículos gastan otra cosa que no sea gasolina. La dejamos preguntando a otro conductor y seguimos camino.

Siguiendo el consabido itinerario, giramos hacia el Sur por la A 5, la autopista que remonta el Rhin. No sé si es por la hora o por la fecha, pero hay bastante menos tráfico que cuando subimos. Discurren las horas paralelas al asfalto y llega la de comer, pero preferimos realizar un último esfuerzo hasta Friburgo. Notamos algo realmente extraño, y nos damos cuenta de que es calor.

Por Friburgo hemos pasado varias veces, pero nunca hemos entrado porque siempre caía demasiado lejos o demasiado cerca. Y sin embargo teníamos un gran interés en conocer la ciudad: no sólo por su estupenda área, sino por ser la capital de la ecología: varias instituciones medioambientales europeas y relacionadas con la energía solar tienen aquí su sede, más de la tercera parte de su término municipal es bosque, y además cuenta con una red de 400 kilómetros de carriles bici. Es hora de sacar las nuestras, que a estas altura deben de andar ya algo oxidadas.

El área de Friburgo (N 47º 59’ 59’’ E 7º 49’ 31’’) es para los autocaravanistas españoles algo así como la puerta de Alemania. Sin embargo, hoy sólo encontramos alemanes y franceses. No hay muchos sitios libres, pero hay. Por primera vez en mucho tiempo buscamos la sombra.

Después de comer sacamos las bicis, tarea que no resulta fácil por la cantidad de trastos que almacenamos en el garaje. Luego toca ajustar y poner a punto las ruedas, desinfladas tras la prolongada inactividad. Como va a ser visita corta, en bicicleta y de recorrido urbano, dejamos a Chandra vigilando.



Al centro sobre dos ruedas

Los responsables del área nos proporcionan un plano fotocopiado de la ciudad que sirve para arreglárselas. El centro urbano dista menos de 2 kilómetros. Vamos por Bissiertrasse y Engelbergerstrasse hasta que topamos con Eschholzsstrasse, donde se gira a la izquierda y después a la derecha para pasar sobre las vías del tren. Sorprende que en el puente que las atraviesa hayan construido una estación de tranvía. Y es que en el centro de la ciudad sólo es posible circular por este medio, o en bicicleta o andando. Y es que Friburgo lleva décadas trabajando en un proyecto de desarrollo social y ecológicamente respetuoso:

http://jumanjisolar.blogspot.com/2007/03/friburgo-capital-de-la-ecologa.html

Cartelería pensada para bicicletas

Amarramos las bicicletas en un aparcamiento junto a la Plaza del Ayuntamiento y nos vamos de paseo. De inmediato se percibe que falta algo a lo que, por desgracia, uno está más que acostumbrado: no hay humos, ni ruido, ni esa violencia latente asociada a las calles con intenso tráfico rodado. Y también resulta impresionante caminar por la avenida principal, la Kaiser Joseph Strasse, y percibir que aquí la ciudad ha vuelto a ser para las personas, que dedican su tiempo a las cosas importantes de la vida en lugar de rendir culto a ese Moloch moderno conocido también como Señor Automóvil.

El tranvía propicia zonas verdes…

…y calles descongestionadas

Martinstor

Martinstor

Vamos hasta la Martinstor, y entonces recordamos que Bego quería llevarse para casa alguna novela. La hora es mala, porque muchas tiendas estarán a punto de cerrar, pero lo intentamos. Damos con una librería especializada en comics. Le explicamos lo que buscamos, precisando que no queremos una traducción al alemán, sino una obra escrita originalmente en esta lengua. El dependiente, un tío estupendo, quiere indicarnos dónde están las grandes librerías de la ciudad. Se lo agradecemos, pero al mismo tiempo le hacemos ver la hora. Entonces busca por las estanterías y viene con dos títulos. No se limita a mostrarlos, sino que nos los explica con todo lujo de detalles. Uno de ellos versa sobre temática local. Según parece, hasta el siglo XIX la Selva Negra era Selva a secas, formadas por robles, castaños y demás, pero quedó por completo arrasada cuando Napoleón ordenó talar todos los árboles para construir barcos. Cuando décadas más tarde se iniciaron las tareas de repoblación, el árbol elegido fue el pino negro, y de ahí viene el sobrenombre. Trato de imaginar cuán sobrecogedora sería la visión de los mil y un matices del bosque caducifolio en otoño, allá por el siglo XVIII, antes de que la ambición y la estulticia humanas se lo llevaran por delante.

El placer de caminar por en medio de la calle

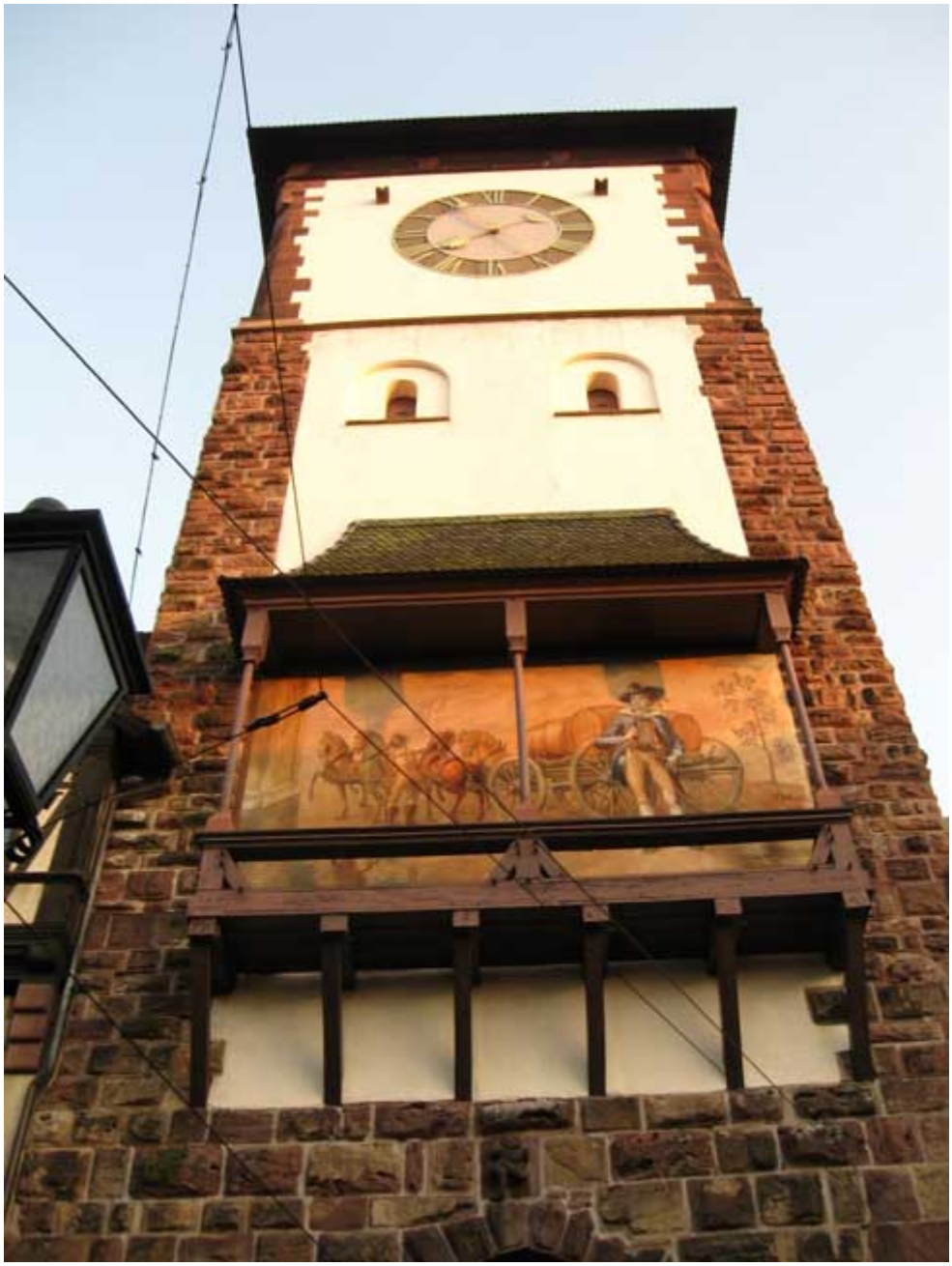
Nos despedimos del amable librero, con la novela recomendada bajo el brazo.

Volvemos sobre nuestros pasos y cruzamos de nuevo la calle del Kaiser Joseph. Nos internamos en un dédalo de callejuelas que invitan a la paz y al sosiego. Pequeñas terracitas de bares, un inesperado y precioso canal… Y ni un solo prepotente, pretencioso, humeante y maldito coche diciéndoles a los peatones que la calle es suya. Realmente, un aura mágica se respira en Friburgo.

El canal

El caimán

Así llegamos a la Schwabentor, la Puerta de Suavia, Desde aquí vamos a la Plaza de la Catedral. Una pena, porque ya se ha ido la luz casi por completo y casi no podemos sacar fotos, así que pian pianito volvemos en busca de las bicis. Todavía tenemos tiempo de sentarnos en una plazuela a saborear el intenso silencio que nos rodea, y a plantearnos que el futuro de la raza humana será así, o no será.



La puerta de Suavia

Catedral

Maravillosa plaza sin coches

Tranquila Kaiser Joseph Strasse

La plazuela de la reflexión

Kilómetros etapa: 387

Kilómetros viaje: 8.599

30 de agosto, día 44.

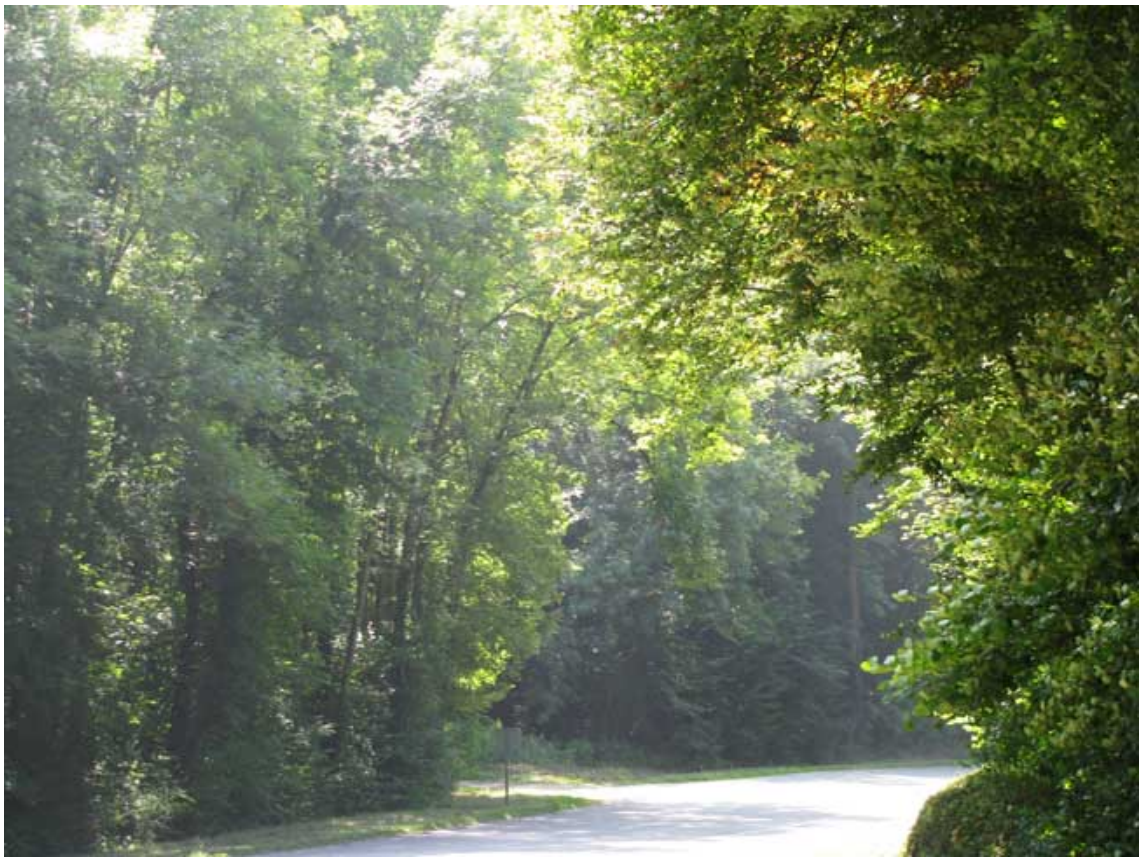
Nos vamos para Francia, pero antes toca hacer la *toilette* a la auto: llenamos y vaciamos en las instalaciones creadas al efecto, la primera vez ni se sabe en cuánto tiempo.

Rejilla para las grises, vertido para las negras (debajo del cono naranja), poste para las limpias (1 euro) y gran depósito con regadera (se llena con agua de río) para limpiar el Thetford.

Nos despedimos de nuestra amada Friburgo, recorremos hacia el Sur el tramo de autopista que nos resta hasta cruzar el Rhin a la altura de **Mulhouse** y, alehop, esto es Francia. Nos vamos derechos al primer hiper para repostar gasoil *barato*. Al entrar pasamos un poco de apuro, ya que hay un gálibo de 3 metros. Nosotros medimos 2,85 aproximadamente pero ¿y si la cadena de la que cuelga la barra se ha dado de sí? Baja Bego para cerciorarse de que no nos la llevamos con el enfriador.

Zanjado este trámite, continuamos hacia **Belfort**. Hoy le hemos dicho al navegador que no queremos pagar peajes, así que nos saca de la autopista y nos lleva por carreteras más o menos secundarias. El problema de las autopistas de pago francesas no es ya sólo el importe de las mismas (cuando llegas a casa y sacas números, te das cuenta de que no es tanto), sino lo reiterativo y entorpecedor de parar en tantas taquillas y sacar la bolsa con los euriscos, por no hablar del peligro que entrañan las llegadas y las salidas -con coches a toda pastilla rebasándote por ambos lados- o el miedo a equivocarte y meterte en una fila de las que tienen gálibo. Además, la región que vamos

a atravesar–El Franco Condado- es una de las que más nos gusta de Francia, y sería una pena perdérsela, con el día tan bueno que ha salido.



Carreteras del Franco Condado

Pasamos Belfort y llegamos a **Montbéliard**, cruzando idílicos paisajes y densos bosques. Seguimos el curso del río Doubs, imponente y magnífico, lo que garantiza una ración extra de curvas. Ésta que traemos parece ser la ruta oficial de las autocaravanas, pues nos cruzamos con mogollón de ellas. Casi duele la mano de tanto saludar.

Llegamos a un meandro del río en el que se enclava un pueblo de lo más pintoresco: L´Isle –sur-le-Doubs. Como su nombre indica, parte de la localidad se enclava sobre una isla, pero choca el nombre, ya que *isla* en francés se dice **île**. ¿Acaso se trata de una variedad lingüística local? Que yo sepa, la Occitania cae lejos de aquí.

Elucubraciones lingüísticas aparte, nada más ver el sitio recordamos haber pasado por aquí hace dos años, viniendo de Centroeuropa. Sólo que aquel era un día de lo más gris y caían chuzos; hoy en cambio lucen y reverberan los colores. Nos gustaría tanto parar, pero por desgracia no es el tiempo ni la ocasión.

Seguimos por la N 83, y cruzando **Baume-les-Dames** llegamos a **Besançon**. Es ésta una localidad grande pero, aunque se atraviesa por todo el centro, no encontramos demasiado tráfico, imaginamos que por ser sábado.

Las mansas aguas del río nos conducen hasta **Dole**, adonde llegamos a la hora de comer. Debe de ser día de mercado, porque está el pueblo de bote en bote. Hay un inmenso aparcamiento en la orilla opuesta –después descubriremos que en realidad se trata de una isla-, y para allá nos vamos (N 47° 5’ 25.34’’ E 5° 29’ 49.48’’). Hace más calor que ayer en Friburgo, y de nuevo toca buscar la sombra. Como siempre que volvemos de regiones nórdicas, impresiona la pureza y verticalidad de la luz, la nitidez mediterránea y casi dolorosa con que se perciben las aristas y las formas. Es como si, en vez de reflejarse, brotara de los objetos.

El Doubs

Esto en una isla

Francia de las flores

Dole. Canal

Dole. Catedral y río

Tras la comida, viene el paseo por la parte vieja. Dole tiene la misma disposición que Salamanca, Coria y otras tantas ciudades que conocemos: sobre una colina, en posición ventajosa, con el río a modo de parapeto y la enorme catedral rompiendo la línea del horizonte. Por cierto, nos enteramos de que ésta es la ciudad natal de Louis Pasteur, cuya casa natal está abierta al público.

Visita terminada, toca seguir cruzando Francia. Continuamos hasta **Chalon-sur-Saône** y después **Montceau-les-Mines,** empalmando una tras otra carreteras nacionales y departamentales**.** Por aquí, aunque quisiéramos, ya no es posible utilizar la autopista porque en Francia ocurre exactamente como en España, que las principales rutas son radiales (hacia la capi) y cuesta muchísimo realizar recorridos transversales. Nuestro destino es **Digoin**, donde tenemos una indicación de área y donde llegamos, como nos suele acontecer, a la puesta de sol. (N 46° 28' 57.96'' E 3° 59' 19.45''). El lugar en cuestión es el aparcamiento del *port de plaisance,* y viene a ser un tanto pequeño. Hay ya cinco autocaravanas y no nos queda claro si cabremos, pero un colega hace gestos de que sí, y otro cuyo remolque ocupa una plaza se ofrece gentilmente a apartarlo, pese a que ya íbamos a maniobrar para colocarnos en otro sitio.

Son todos franceses. Bajamos y saludamos. Preguntan de dónde venimos, y al saberlo ponen ojos como platos. Nos explican que en el área en realidad no se encuentra aquí, sino más cerca de la carretera, pero debido al ruido la gente viene a dormir aquí.

Digoin *la nuit*

Nuestros vecinos son gente tranquila, y tras un rato de charla a pie de auto dan las buenas noches y se recogen. No así los borrachos del pueblo, que pasan horas después alborotando y pegando berridos, por si no nos acordamos de que hoy es s*ábado la noche.*

Kilómetros etapa: 393
Kilómetros viaje: 8.992

31 de agosto, día 45.

Amanece, y a nuestro barquito le toca seguir surcando este denso océano llamado Francia. Es el antepenúltimo día del viaje, y para salir pasamos algún apuro ya que han llegado coches que han aparcado sin miramientos para con las autocaravanas.

Digoin *le jour*

Por la mañana

Nos despedimos con la mano de nuestros vecinos de esta noche y reemprendemos ruta por la N 79. Hoy es domingo, se nota porque la carretera está saturada de tráfico y por los numerosísimos radares móviles que tiene instalados la Gendarmerie. Hay gente que ha salido realmente de paseo, pues vamos prácticamente en caravana hasta **Montamarault**. Aquí todo el mundo se va por la autopista de peaje. Nosotros, que no conocemos el truco, seguimos hacia **Montluçon**, y nos cuesta Dios y ayuda atravesar el continuo urbano que se nos viene encima, y eso que el centro de la ciudad se evita. Cuando ya estamos casi fuera del meollo, El TT se equivoca y pretende que efectuemos un giro prohibido. Una autocaravana francesa que llevamos delante debe de tener los mismos mapas en el navegador, pues se les ve en el mismo brete. Así que no queda otra que seguir en dirección opuesta y buscar otro sitio para realizar el cambio de sentido.

El tiempo se tuerce camino de **Guéret.** y comienza a llover. Aquí están construyendo una autopista que al parecer será gratis. También son gratis, y esto sí que nos parece insólito, los 37 kilómetros de la A 20 que recorremos hacia el Sur, hasta la entrada de **Limoges**. De esta ciudad tampoco vemos nada, teleportados por sabias carreteras de circunvalación. Encontramos la N 21 y por ella seguimos bajando hacia

nuestro destino del día, **Périgueux**. La hora de comer se nos echa encima, pero preferimos hacer un último esfuerzo y esto hace que lleguemos un poquito hechos polvo, sobre todo porque nos pasamos una carretera directa que han habilitado a partir de **Sorges** y, como en Montluçon, tenemos que tragarnos un rosario de pueblecitos y polígonos industriales. El área no la encontramos a la primera, ya que la indicación del navegador no está bien ubicada. Dudamos unos instantes, hasta que localizamos el amplio *quai* junto al río en el que estacionan las autocaravanas (N 45° 10' 56.93'' E 0° 43' 24.98''). Encontramos un sitio, comemos y descansamos, que falta nos hace.

Área de Périgueux

Por la tarde cursamos la visita reglamentaria a la ciudad, que por ubicación y morfología guarda un extraño parecido con Dole, aunque la catedral se ve más moderna, al menos lo que es la torre. Da un cierto aire al *Sacré-Coeur* de Montmartre, y posteriormente un cartelito nos confirma que ambas son obra del mismo arquitecto.

Catedral de Périgueux

Catedral por dentro

Ciudad medieval

El edificio más curioso

Idílica orilla del río

El casco antiguo es bonito, pero se nos acaba enseguida y regresamos antes de que se haga de noche. Nos sentamos en un banco a la orilla del río, siempre me maravillará lo limpios y bien cuidados que los tienen estos franceses. Lo mismo con el área: debe de haber unas cuarenta autocaravanas, pero la gente comparte el espacio como buenos compañeros sin molestar a nadie. Hay cosas que me gustaría que mi país tardase menos en aprender.

Kilómetros etapa: 378
Kilómetros viaje: 9.370

1 de septiembre, día 46.

Antes de salir vivimos idéntica situación que ayer en Digoin, pero aumentada en consonancia con el tamaño de la ciudad: el aparcamiento de autocaravanas no se considera específico para este tipo de vehículos (anoche, a eso de las doce, un hombre estacionó su automóvil entre nosotros para que se lo *vigiláramos*). Esta mañana, a medida que transcurre el tiempo necesario para asearse, desayunar y disponer lo necesario para la partida vemos cómo el espacio disponible se va colmatando progresivamente de automóviles a cuyos dueños les importa un bledo si puedes salir o no. La inquietud ante la posibilidad de quedarnos atrapados en el crítico momento de la partida es tal que arranco y desplazo el morro unos metros hacia adelante. Un autocaravanista jovencillo viene todo simpático a preguntar si podemos apartarnos para que salga él. Su cara refleja estupor elevado al cubo cuando Bego le responde que no, pero se vuelve a relajar cuando ésta añade que nosotros también nos vamos *dans un minute*.

Necesitamos echar gasoil y vamos para un Intermarché, pero debe de ser el único en toda Francia que no tenga surtidor. Buscamos entonces el Carrefour, que está algo más lejos, desandando el camino que nos trajo hasta aquí ayer.

Nuestra idea originaria era bajar por Bergerac y Mont-de-Marsan buscando la frontera, pero de carreteras secundarias esta vez hemos hecho ya el cupo, así que nos dirigimos hacia **Burdeos** por la autopista de peaje. Luce un sol maravilloso, y los kilómetros discurren plácidamente. Circunvalamos la ciudad sin ningún problema y enfilamos hacia las Landas. El tráfico, tanto de subida como de bajada, no recuerda ya nada a los grandes tráfagos del verano. Y es que estamos ya a uno de septiembre, a las puertas del otoño.

Justo donde empieza el peaje dejamos la autopista, y por secundarias nos acercamos a la costa y a **Ondres**, que conocimos el año pasado. Como entonces, pretendemos parar a comer a la sombra de un pinar muy cerquita de la playa; hay una señal nueva de prohibido autocaravanas pero no le hacemos mucho caso, al fin y al cabo vamos a estar aquí un par de horas.

No han pasado ni diez minutos cuando aparece un coche de la Policía Municipal y se para. El agente, un tipo joven muy serio, baja y se acerca a nosotros. Le pregunto si hay algún problema, y me replica que si no he visto la señal. Respondo que sí, que claro, pero que vamos de paso, y que por eso no nos hemos acercado al área (de pago) que está un poco más allá. Me dice entonces que si vamos de paso no cuesta nada, que sólo cobran la pernocta. Me gustaría decirle a este hombre que transija un poco, que tenemos la comida en el fogón, pero parece que no ha lugar para alegaciones, así que optamos por la postura dócil: conduciendo yo y sujetando Bego los cacharros, nos vamos detrás del poli hasta el susodicho aparcamiento. Aquí se han propuesto segregar definitivamente las autocaravanas de los turismos (no es posible invocar ignorancia: para acceder hay que pasar delante de un cartel donde lo pone clarito, y además bajarse del vehículo para retirar una valla de obras). Pese a todo, un coche se ha colado en el área, y nuestro ínclito policía le estampa una multa en todo el parabrisas.

Ley del embudo del aparcamiento: coches en el de coches; en el de autocaravanas, autocaravanas y coches

Comemos, reposamos, y tras reposar, como hace calorcito, nos acercamos a la playa. Es conmovedor oír de nuevo el rugir del Atlántico.

Como la arena está bastante concurrida, no podemos entrar en ella con Chandra, así que Bego y ella se quedan en la zona de dunas y yo, que soy el que tiene más ganas, bajo a darme un chapuzón. El mar está picadillo y rompen unas olas de espanto: al segundo revolcón se me quitan las ganas de baño y, con el bañador repleto de grava, vuelvo donde mis chicas.

Playa de Ondres

Monumentales olas en Ondres

Fue en Ondres precisamente donde dio inicio nuestra aventura bretonaescocesa el año pasado, y es en Ondres donde termina la de este año. Obvio resulta que los viajes tienen un comienzo y un fin, lo que pasa es que llevamos tanto tiempo fuera de casa que cuesta pensar que mañana estaremos otra vez de vuelta.

Antes de salir decido vaciar el Thetford en los servicios del área. Al enjuagarlo, la trampilla de cierre se sale de los raíles. Como en la Garrotxa, como en Trento, como en Marruecos el día que cruzamos el Atlas, me veo ante esa extraña tesitura de desolación y rabia que produce el tener un problema serio que en teoría debería tener una solución fácil. Durante un rato intento recomponer el infausto puzzle: los padres del invento, al parecer, no han previsto que se pueda dar esta circunstancia y han termosellado las dos mitades, de manera que toda manipulación ha de realizarse al tacto y a través de la exigua abertura circular. Al no visualizar el mecanismo, de una vez para otra se me olvida cómo encajan las piezas, y esta vez no lo consigo: lo dejo, pues nos quedan aún muchos kilómetros por recorrer esta tarde.

Volvemos a la autopista y acometemos el via crucis de las cabinas de peaje: resulta increíble que en tan poco tramo haya tantas concentradas. Luego, casi sin darnos cuenta, cruzamos la última frontera. Como es habitual desde que pasamos con la auto por aquí hace cuatro años, las obras nos dan la bienvenida.

Cruzar Guipúzcoa me produce siempre una sensación extraña: primero está la periferia de San Sebastián con sus túneles, sus *scalextric* y sus curvas. Después, la sucesión de pueblos y su apabullante densidad humana: realmente la sensación es de que no cabe absolutamente nadie más. Los caseríos de las laderas parecen asistir entre horrorizados e impotentes a la brutal transformación del territorio en los últimos cien años, y hablan de una realidad bien distinta de la que ahora transcurre bajo ellos.

La ascensión del Puerto de Etxegarate da un respiro y hace recordar a los atribulados viajeros que aún queda espacio verde en el mundo. A Juanma parece haberle sentado bien el baño, pues ha conducido desde un tirón (y sin cansarse) desde la playa de Ondres hasta Vitoria capital. Una vez aquí encuentran sin dificultad el área (N 42° 51’ 55.71’’ O 2° 41’ 8.30’’), aunque dar con la entrada resulta otro cantar: hay que cruzar primero toda la zona de aparcamiento destinada a los coches. Al principio esta disposición desconcierta un poco, pero luego alaban el acierto y la previsión de los urbanistas gazteitarras, ya que al colocar el área al fondo del todo evita el trasiego continuo de todo tipo de vehículos junto a las autocaravanas.

Como este tipo de infraestructuras se hallan en ciernes en España, a los viajeros les parece de lo más curioso encontrar aquí una tan bien organizada y pertrechada, y eso les anima y pone de buen humor pensando que en esta vida todo se andará.

Aún les separan de casa 500 kilómetros pero, como ya dijo alguien, ese detalle carece de importancia cuando se lleva -repleta de ilusiones- la otra casa a cuestas.

Fin de trayecto: luz y estepa castellana

Kilómetros etapa: 497

Kilómetros viaje: 9.867

EL VIAJE EN CIFRAS		
Gasoil	Litros	1.160
	Importe	**1.513 €**
Peajes	**133 €**	
Otros	**840 €**	
Total money	**2.487 €**	
Total kilómetros	10.370	

BIBLIOGRAFÍA

Polonia Guía total. Editorial Anaya

Estonia, Letonia y Lituania. Editorial Lonely Planet

CARTOGRAFÍA

Atlas Europa 2007. Michelín

Polonia nº 720 escala 1:700.000. Michelín

Baltic States 1:600.000. Editorial Reise Know-How